



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

CENTRO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA

TESIS

HACERSE GORDA. UNA AUTOETNOGRAFÍA FEMINISTA

PRESENTA

María Magdalena Aranda Delgado

PARA OBTENER EL GRADO DE

DOCTORA EN ESTUDIOS SOCIOCULTURALES

TUTORA

Dra. Silvia Marcela Bénard Calva

INTEGRANTES DEL COMITÉ TUTORAL

Dra. Mónica Adriana Luna Blanco

Dr. Miguel Ángel Sahagún Padilla

Aguascalientes, Ags., 16 de mayo de 2022

MTRA. MARÍA ZAPOPAN TEJEDA CALDERA
DECANA DEL CENTRO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

P R E S E N T E

Por medio del presente como TUTORA designada de la estudiante **MARÍA MAGDALENA ARANDA DELGADO** con ID 147870 quien realizó la tesis titulada: **HACERSE GORDA. UNA AUTOETNOGRAFÍA FEMINISTA**, un trabajo propio, innovador, relevante e inédito y con fundamento en el Artículo 175, Apartado II del Reglamento General de Docencia doy mi consentimiento de que la versión final del documento ha sido revisada y las correcciones se han incorporado apropiadamente, por lo que me permito emitir el **VOTO APROBATORIO**, para que ella pueda proceder a imprimirla así como continuar con el procedimiento administrativo para la obtención del grado.

Pongo lo anterior a su digna consideración y sin otro particular por el momento, me permito enviarle un cordial saludo.

ATENTAMENTE

"Se Lumen Proferre"

Aguascalientes, Ags., a día 13 de junio de 2022.


Dra. Silvia Marcela Bénard Calva
Tutora de tesis

c.c.p.- Interesado
c.c.p.- Secretaría Técnica del Programa de Posgrado

MTRA. MARÍA ZAPOPAN TEJEDA CALDERA
DECANA DEL CENTRO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

PRESENTE

Por medio del presente como ASESORA designada de la estudiante **MARÍA MAGDALENA ARANDA DELGADO** con ID 147870 quien realizó la tesis titulada: **HACERSE GORDA. UNA AUTOETNOGRAFÍA FEMINISTA**, un trabajo propio, innovador, relevante e inédito y con fundamento en el Artículo 175, Apartado II del Reglamento General de Docencia doy mi consentimiento de que la versión final del documento ha sido revisada y las correcciones se han incorporado apropiadamente, por lo que me permito emitir el **VOTO APROBATORIO**, para que ella pueda proceder a imprimirla, así como continuar con el procedimiento administrativo para la obtención del grado.

Pongo lo anterior a su digna consideración y sin otro particular por el momento, me permito enviarle un cordial saludo.

ATENTAMENTE
"Se Lumen Proferre"

Aguascalientes, Ags., a día 13 de junio de 2022.



Dra. Mónica Adriana Luna Blanco
Asesora de tesis

c.c.p.- Interesado
c.c.p.- Secretaría Técnica del Programa de Posgrado

**CARTA DE VOTO APROBATORIO
INDIVIDUAL**


MTRA. MARÍA ZAPOPAN TEJEDA CALDERA
DECANA DEL CENTRO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

P R E S E N T E

Por medio del presente como ASESOR designado de la estudiante **MARÍA MAGDALENA ARANDA DELGADO** con ID 147870 quien realizó la tesis titulada: **HACERSE GORDA. UNA AUTOETNOGRAFÍA FEMINISTA**, un trabajo propio, innovador, relevante e inédito y con fundamento en el Artículo 175, Apartado II del Reglamento General de Docencia doy mi consentimiento de que la versión final del documento ha sido revisada y las correcciones se han incorporado apropiadamente, por lo que me permito emitir el **VOTO APROBATORIO**, para que ella pueda proceder a imprimirla así como continuar con el procedimiento administrativo para la obtención del grado.

Pongo lo anterior a su digna consideración y sin otro particular por el momento, me permito enviarle un cordial saludo.

A T E N T A M E N T E
"Se Lumen Proferre"
Aguascalientes, Ags., a día 13 de junio de 2022.


Dr. Miguel Ángel Sahagún Padilla
Asesor de tesis

c.c.p.- Interesado
c.c.p.- Secretaría Técnica del Programa de Posgrado

Fecha de dictaminación dd/mm/aaaa: 15/06/2022

NOMBRE: María Magdalena Aranda Delgado **ID** 147870

PROGRAMA: Doctorado en Estudios Socioculturales **LGAC (del posgrado):** Procesos Socioculturales

TIPO DE TRABAJO: (X) Tesis () Trabajo Práctico

TÍTULO: Hacerse gorda. Una autoetnografía feminista

IMPACTO SOCIAL (señalar el impacto logrado): Con esta investigación es posible observar los procesos socioculturales que permiten la interiorización de la opresión por cuestiones de gordura. Comprender esto favorece a la toma de acciones tanto de políticas públicas como individuales para hacerle frente a la discriminación gordofóbica.

INDICAR SI NO N.A. (NO APLICA) SEGÚN CORRESPONDA:

Elementos para la revisión académica del trabajo de tesis o trabajo práctico:	
SI	El trabajo es congruente con las LGAC del programa de posgrado
SI	La problemática fue abordada desde un enfoque multidisciplinario
SI	Existe coherencia, continuidad y orden lógico del tema central con cada apartado
SI	Los resultados del trabajo dan respuesta a las preguntas de investigación o a la problemática que aborda
SI	Los resultados presentados en el trabajo son de gran relevancia científica, tecnológica o profesional según el área
SI	El trabajo demuestra más de una aportación original al conocimiento de su área
SI	Las aportaciones responden a los problemas prioritarios del país
SI	Generó transferencia del conocimiento o tecnológica
SI	Cumple con la ética para la investigación (reporte de la herramienta antiplagio)
El egresado cumple con lo siguiente:	
SI	Cumple con lo señalado por el Reglamento General de Docencia
SI	Cumple con los requisitos señalados en el plan de estudios (créditos curriculares, optativos, actividades complementarias, estancia, predoctoral, etc)
SI	Cuenta con los votos aprobatorios del comité tutorial, en caso de los posgrados profesionales si tiene solo tutor podrá liberar solo el tutor
SI	Cuenta con la carta de satisfacción del Usuario
SI	Coincide con el título y objetivo registrado
SI	Tiene congruencia con cuerpos académicos
SI	Tiene el CVU del Conacyt actualizado
SI	Tiene el artículo aceptado o publicado y cumple con los requisitos institucionales (en caso que proceda)
En caso de Tesis por artículos científicos publicados	
N.A.	Aceptación o Publicación de los artículos según el nivel del programa
N.A.	El estudiante es el primer autor
N.A.	El autor de correspondencia es el Tutor del Núcleo Académico Básico
N.A.	En los artículos se ven reflejados los objetivos de la tesis, ya que son producto de este trabajo de investigación.
N.A.	Los artículos integran los capítulos de la tesis y se presentan en el idioma en que fueron publicados
N.A.	La aceptación o publicación de los artículos en revistas indexadas de alto impacto

Con base a estos criterios, se autoriza se continúen con los trámites de titulación y programación del examen de grado:

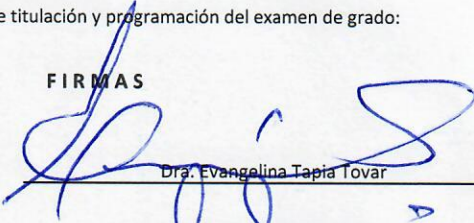
Sí X

No

FIRMAS

Elaboró:

* NOMBRE Y FIRMA DEL CONSEJERO SEGÚN LA LGAC DE ADSCRIPCIÓN:


Dra. Evangelina Tapia Tovar

NOMBRE Y FIRMA DEL SECRETARIO TÉCNICO:


Dr. Salvador De León Vázquez

* En caso de conflicto de intereses, firmará un revisor miembro del NAB de la LGAC correspondiente distinto al tutor o miembro del comité tutorial, asignado por el Decano

Revisó:

NOMBRE Y FIRMA DEL SECRETARIO DE INVESTIGACIÓN Y POSGRADO:


Dr. Alfredo López Ferreira

Autorizó:

NOMBRE Y FIRMA DEL DECANO:


Mtra. María Zapopan Tejeda Caldera

Nota: procede el trámite para el Depto. de Apoyo al Posgrado

En cumplimiento con el Art. 105C del Reglamento General de Docencia que a la letra señala entre las funciones del Consejo Académico: Cuidar la eficiencia terminal del programa de posgrado y el Art. 105F las funciones del Secretario Técnico, llevar el seguimiento de los alumnos.



María Magdalena Aranda D. <magda.aranda0109@gmail.com>

Publicación de artículo

6 mensajes

Revista, La ventana <revista_laventana@csh.udg.mx>
Para: "magda.aranda0109@gmail.com" <magda.aranda0109@gmail.com>

7 de febrero de 2020, 12:26

Estimada autora:

Nos es muy grato comunicarle que su artículo ha sido aceptado para publicación, sin embargo, debido a la gran cantidad de artículos que recibimos en esta convocatoria, nuestro número 52 ya está completo. En caso de que usted esté de acuerdo, su artículo sería publicado en el número 53 correspondiente a enero/junio de 2021. Le pedimos por favor nos envíe su confirmación por este medio para poder continuar con los siguientes procesos editoriales.

Sin más por el momento le envío un saludo cordial y quedamos en espera de su atenta respuesta.

Alejandra López Pérez
Coordinadora editorial
Revista de Estudios de Género, La Ventana
Juan Manuel 130, primer piso, zona centro, Guadalajara, Jalisco
CP 44280 México. Tel. 52+33 36132603
Visita nuestra nueva página: <http://revistalaventana.cucsh.udg.mx>

Ma. Magdalena Aranda D. <magda.aranda0109@gmail.com>
Para: "Revista, La ventana" <revista_laventana@csh.udg.mx>

8 de febrero de 2020, 20:06

Buenas tardes.
Por este medio me doy por enterada y confirmo mi interés por continuar con el proceso de publicación de artículo que envíe. Quedó a la espera las indicaciones para continuar con los procesos editoriales.
Agradezco las atenciones.
[El texto citado está oculto]

Revista, La ventana <revista_laventana@csh.udg.mx>
Para: "Ma. Magdalena Aranda D." <magda.aranda0109@gmail.com>

10 de febrero de 2020, 11:04

Acusamos de recibido su correo de aceptación. Muchas gracias por el envío.

Saludos cordiales y seguimos en contacto con los siguientes procesos editoriales.

Alejandra López Pérez
Coordinadora

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por promover la investigación en las Ciencias Sociales y Humanidades.

Al Centro de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Mi reconocimiento al Doctorado en Estudios Socioculturales por todo el cuidado y atenciones que pusieron durante el curso de mi formación dentro del posgrado.

Mi gratitud a cada docente e investigadores con quienes compartí aula y saberes.

Aprecio tremendamente la compañía redentora de Mariely Acosta Álvarez en todas las noches de estudio arduo, días aciagos y momentos de celebración.

Gracias, querida.

Agradezco a mi comité tutorial, la Dra. Mónica Luna y el Dr. Miguel Sahagún por sus comentarios, preguntas, desacuerdos y observaciones tan francas, brillantes y afectuosas, su trato siempre me hizo sentir valiosa.

A la Dra. Silvia Bénard mi tutora de tesis, mi cariño y admiración profunda, por tantas horas de calidad intelectual y de escucha que compartió conmigo, por toda la atención a mis textos y correcciones, por todas las lecturas que me mostró sin reparo. Gracias infinitas porque me enseñó otras maneras de hacer investigación sociocultural, por su generosidad que atesoraré para toda la vida.

A mis hermanas y hermanos mi amor incesante.

*Para **Sara Aranda Delgado** †*

tú vida importa hermana bella.

La tuya y la de todas las gordas como nosotras.



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 7

I. Cuerpo gordo femenino. Ensayo socioantropológico encarnado 10

 I.1 Punto de fuga. 10

 I.2 El estigma y la opresión: algunas mujeres son gordas, pero ninguna quiere serlo. 14

 I.3 Esto no sólo me pasa a mí. Hacia un estudio sociocultural sobre el cuerpo gordo femenino. 22

 I.4 Identificaciones gordas. Haciendo escuela. 26

II. Vereda y desvíos académicos. Carta de motivos 29

 II.1. Para quien quiere encontrarle tres pies al gato. Proyecto de investigación 44

III. Confabulario gorde. Análisis dialógico con los itinerarios corporales 63

 III.1 Teoría socioantropológica feminista encarnada 67

 III.2 Tratamiento general y usos sociales del cuerpo gordo femenino 72

 III.3 Resistencias gordas. De la expropiación corporal al declive del estigma ... 76

IV. Relatos de campo. Descripción carnosa 81

 IV.1. Baile jugueteón 82

 IV.2 Desobediencia. Un acto materno de autoestima 83

 IV.3 De monaguillos y catecismo 84

 IV.4 A ti sólo se te mueve la panza 86

 IV.5 El mago 87

 IV.6 ¿Saben qué vendría excelente para acabar con la discriminación hacia las personas gordas? 89

 IV.7 Esta nota es mía 89

IV.8 Jacarandas.....	90
IV.9 No todos los hombres son violentos.....	90
IV.10 Jimmy Bombón.....	94
IV.11 39	95
IV.12 Don Toño.....	95
IV.13 Soy ancha	95
IV.14 Fallé.....	96
IV.15 Malandra	96
IV.16 Exvoto	96
IV.17 Nos mirarán en una	97
IV.18 La cruz de mi parroquia.....	97
IV.19 El sueño	97
IV.20 Herida.....	98
IV.21 Mandamientos.....	98
IV.22 Soy gorda y muchas cosas más.....	98
IV.23 Hija de Malinche	98
IV.24 Tristeza de mecha corta	99
IV. 25 Sobre todas	99
IV. 26 Saber cómo estás.....	99
IV. 27 Gris.....	100
IV. 28 Cociné	100
IV.29 Canela y chilaquiles.....	101
IV. 30 Todo está bien.....	101
IV.31 Esta es una descripción carnosa.....	102
V. Otras gorduras son posibles. Crónica sobre gordoridad.....	105

V.1 Episodio “La vergüenza es tuya”	105
V. 2 Episodio “Carnitas”	106
V.3 Episodio “Rumiando Alianzas”	107
V.4 Episodio “Krudas Cubensi”	108
V.5 Episodio “Gordas sin chaqueta”	109
V.6 Episodio final	110
VI. Entremés voluptuoso	115
VII. Gorda en disputa. Prosas poéticas de afectaciones alegres	123
VII.1 Afectación 1. Niña perfecta, gorda que puede.	123
VII.2 Afectación 2. Educación física	124
VII. 3 Afectación 3. De gorda a gorda	127
VII. 4 Afectación 4. Verse el ombligo.	128
VIII. Tarta de jamón. Cuento para investigadoras en desacato	131
IX. La cocina de las Flores. Pertenencia, alimentación y goce.	139
IX.1 Gorda bien hecha	139
IX.2 Gorda grave	141
IX.3 Gorda fiesta de frutas cítricas y café	145
X. Para hacerse gorda. Algunas rutas zanjadas	147
REFERENCIAS.....	161
ANEXOS	170

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Itinerarios corporales

66



ÍNDICE DE IMAGENES

Imagen 1. Portada del # 9 ¡Carnitas!	112
Imagen 2. Flyer de taller con Lucrecia Masson	112
Imagen 3. Foto luego del taller Rumiando Alianzas con Lucrecia Masson	113
Imagen 4. Luego del taller/conversa con las Krudas Cubensi	113
Imagen 5. Flyer para la proyección del documental “Mujeres con los gordos bien puestos” de las Gordas sin chaqueta	114
Imagen 6. Mamá y yo	148
Imagen 7. Sara y yo en sus XV años, nuestra única foto juntas	155

RESUMEN

La investigación que aquí se presenta pretende describir el proceso de interiorización de la opresión por gordura, la experiencia del estigma y sus efectos. En cada capítulo se ha utilizado la estructura y las características de diferentes géneros literarios que permiten observar detenidamente el proceso de hacerse gorda en extenso. Se aplican las herramientas teóricas de la socioantropología encarnada y de los feminismos. La metodología utilizada es la autoetnografía.

En esta sucesión capitulada de autoetnografías es posible identificar el problema investigado, ahondar en la experiencia vital de la investigadora, así como en otros itinerarios corporales, mostrar el despliegue teórico metodológico utilizado y examinar las epifanías que dan cuenta de la resistencia y la agencia de la gordura encarnada.

ABSTRACT

The research presented here aims to describe the process of internalizing the oppression of fatness, the experience of stigma and its effects. In each chapter, the structure and characteristics of different literary genres have been used to take a close look at the process of becoming fat at length. The theoretical tools of embodied socioanthropology and feminisms are applied. The methodology used is autoethnography.

In this capitulated succession of autoethnographies it is possible to identify the problem under investigation, to delve into the life experience of the researcher, as well as into other bodily itineraries, to show the methodological theoretical deployment used and to examine the epiphanies that account for the resistance and agency of embodied fatness.

INTRODUCCIÓN

Hacerse gorda, una autoetnografía feminista es una investigación sociocultural en la que se tejen intereses teóricos de la socioantropología, los feminismos, la experiencia personal y la acción política. Como el mismo título lo señala, en la indagación que aquí se presenta el método utilizado ha sido el autoetnográfico cuyo tratamiento fue en sí mismo proceso y producto. Es decir, fue proceso porque puso en marcha la búsqueda y evocación de experiencias autobiográficas, se las observó etnográficamente para luego así generar análisis que dieran cuenta de un fenómeno sociocultural, en este caso la opresión que sobrellevan los cuerpos de mujeres gordas. Es producto en el sentido de que la presentación y el análisis del fenómeno se configuró gracias a la exposición escrita de ensayos, una carta, algunos relatos, poemas y prosas poéticas, una crónica, un cuento y una pieza dramática breve. Cada uno de los capítulos es una autoetnografía presentada con la estructura y características de diversos géneros literarios.

En el apartado inicial "*Cuerpo gordo femenino. Ensayo socioantropológico encarnado*," se formula el planteamiento del problema de investigación. Se parte del relato de la experiencia que puso nombre a la inconformidad por el maltrato social que se vivió al crecer siendo gorda. Luego se avanza hacia la exposición de la vivencia del estigma y la transformación de esa zozobra personal en una inquietud intelectual a medida que se fueron encontrando referencias teórico políticas de otras mujeres gordas

"*Vereda y desvíos académicos. Carta de motivos*," es el capítulo II donde se introduce a la teoría y metodología empleada en esta indagación, es una misiva que cuenta los caminos que previamente modelaron las inclinaciones teóricas y metodológicas que posibilitaron este proyecto de investigación y la consecuente afinación de las herramientas para observar el fenómeno de la opresión por cuestiones de gordura.

El capítulo III *“Confabulario gorde. Análisis dialógico con los itinerarios corporales,”* deja asentadas las claves teórico-metodológicas para observar las vivencias de mujeres gordas contadas por ellas mismas en textos ya publicados. Se evidencian además las cercanías interpretativas que hacen sobre el estigma, de los usos sociales del cuerpo gordo femenino y sus inspiradoras resistencias.

En el apartado IV titulado *“Relatos de campo. Hacia una descripción carnosa”* se exponen alternadamente narraciones, poemas, prosas poéticas y reflexiones sobre hitos que se suceden para mostrar en detalle la experiencia vital de quien escribe, ya que todo lo que socioculturalmente se infiere de las mujeres gordas, casi nada ha sido relatado por ellas.

Los siguientes tres capítulos abordan temáticas reivindicativas que al ser rememoradas consintieron a descolocar la visión victimizante. Esta última que se presenta comúnmente cuando se habla sobre opresiones, aquí se propone dar un viraje. *“Otras gorduras son posibles. Crónica sobre itinerarios corporales espejo”* es el capítulo V, en el cual se disponen cronológicamente los encuentros entre quien escribe con otras mujeres gordofeministas que sucesivamente proveyeron de elementos teóricos, metodológicos, políticos y experienciales para resignificar la gordura.

El episodio VI *“Entremés voluptuoso”* trata sobre un encuentro erótico que propició el repensar en las posibilidades de goce del cuerpo gordo femenino. Se presenta como una pieza dramática breve, para luego reflexionar desde la sexualidad gorda sobre el mito del amor romántico, la heterosexualidad obligatoria y la monogamia.

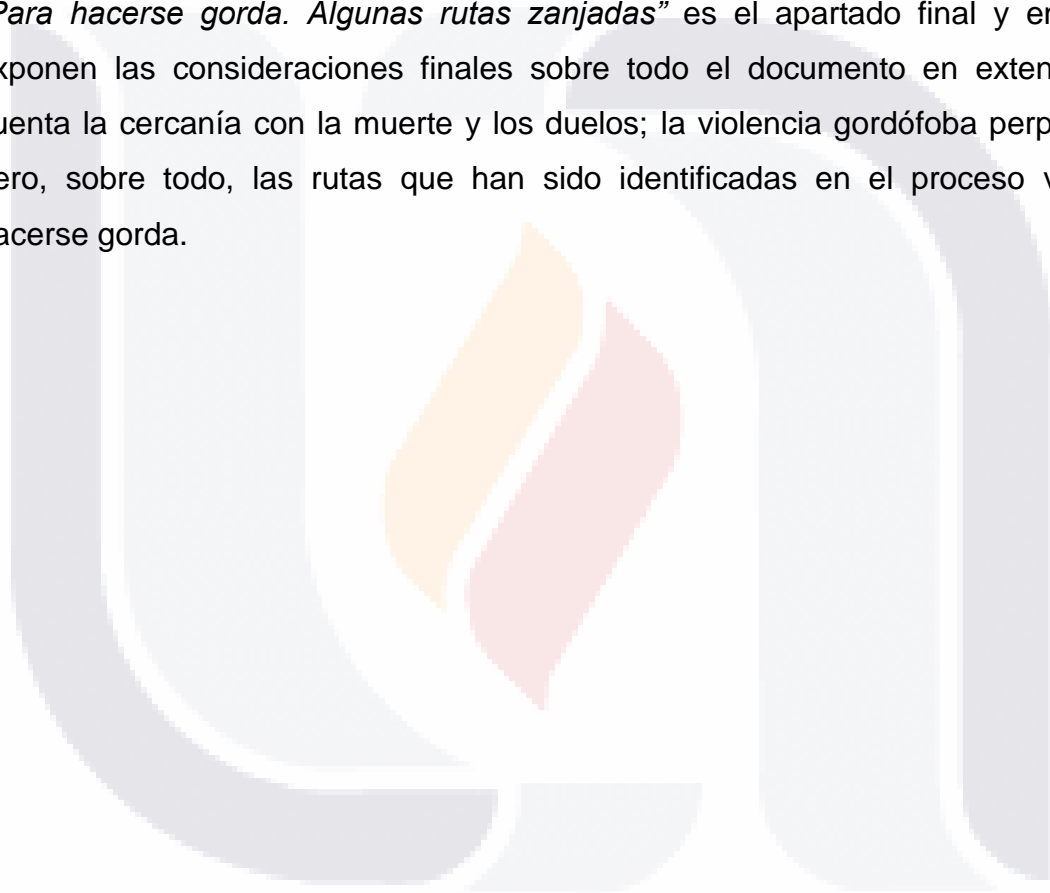
Sobre el capítulo VII *“Gorda en disputa. Prosas poéticas de afectaciones alegres”* se disponen de manera concreta cuatro episodios que reseñan experiencias de lucha y sus afectaciones positivas, las cuales, al ser rescatadas de la memoria, permiten observar momentos alegres aún durante la vivencia de la opresión.

El apartado VIII se titula *“Torta de jamón. Cuento para investigadoras que desacatan,”* en él se despliega una narración breve de sucesos no del todo

ficcionalizados que ponen sobre la mesa discutir sobre ética y la desobediencia como técnicas metodológicas para adentrarse al análisis de la gordura.

El capítulo IX *“La cocina de las flores. Pertenencia, alimentación y goce,”* habla sobre los lazos entre la relación materna con la comida y la alimentación, así como la cultura de la dieta y la figura paterna; aspectos que se problematizan para asimilar la pertenencia y la forma en que se aprende a disfrutar.

“Para hacerse gorda. Algunas rutas zanjadas” es el apartado final y en él se exponen las consideraciones finales sobre todo el documento en extenso. Se cuenta la cercanía con la muerte y los duelos; la violencia gordófoba perpetrada, pero, sobre todo, las rutas que han sido identificadas en el proceso vital de hacerse gorda.



I. Cuerpo gordo femenino. Ensayo¹ socioantropológico encarnado

*Soy gorda,
en la cuna
de la tortura estética,
de la anorexia y de la bulimia.
Soy pobre,
en un planeta
en donde comen migajas
tantos millones de pobres.
Soy feminista,
en una tierra hostil
a la palabra mujer...
Estoy aquí.*

Karina Vergara Sánchez

Estoy aquí, contando historias que merecen ser escuchadas.

I.1 Punto de fuga.

Hace algunos años asistí a un círculo de lectura feminista, uno de los compañeros me preguntó: Magda, ¿eres lesbiana? Apacible atiné a responder: No, pero soy gorda, comprendo cómo se siente ser tratada con menosprecio, como si no fuera del todo una mujer valiosa. Hasta ese momento ni yo fui consciente de la potencia de mi respuesta, había llegado accidentalmente a nombrar aquella inconformidad que durante años no supe verbalizar.

Mi respuesta fue detonante para observar la forma en que mi vida había sido configurada sobre la creencia normalizada de que mi cuerpo grande debía de ser modificado tendiendo a la desaparición; reducir la grasa, la talla, el espacio que ocupaba públicamente. Gran parte de mi vida pensé que si adelgazada podía

¹ En el texto *Ensayar el ensayo*, Fernando Savater apunta sus características: “Hay una implicación personal directa del ensayista, ese protagonismo es fundamental porque los ensayos siempre tienen rostro. Además, pretende aportar conocimientos sobre la realidad, pero desde una perspectiva personal individual. La comprobación del ensayo no es una comprobación con la objetividad sino con la experiencia. El ensayo no pretende decirlo todo. Porque pretende ser leído por personas que no tienen obligación de leer ese texto”. (Savater, 1995, pp. 95-100)

hacer cosas como: correr sin preocuparme por cuáles partes de mi cuerpo que se sacudían y temblaban; jugar voleibol sin la terrible espera de ser escogida en algún equipo; disfrutar las albercas en traje de baño sin recibir opiniones, miradas desagradables o cuchicheos sobre mi cuerpo; ponerme la ropa de moda porque había de mi talla; salir de fiesta sin la demanda heterosexual que ser elegible para bailar; subirme al carro de mis amigos sin la pena por el espacio que ocupaba. Durante todo ese tiempo creí que sólo era yo quien padecía por todas estas preocupaciones.

Con mis amigas gordas no hablaba de eso; conversábamos sobre las dietas que conocíamos, de lo lindas que seríamos si bajáramos algunos kilos. Nos contábamos quién nos gustaba, si lo habíamos visto desde lejos, cuál chica era su novia en turno. Durante la preparatoria y la universidad no tuve amigas gordas, por lo que el deseo de delgadez creció y la soledad a la que me remitía el tema también. Me enfoqué en las dietas extenuantes para gustar, principalmente a los chicos. Logré varias veces bajar de peso, tontear con algunos, pero no sentirme ni delgada ni aceptada.

La foto de la boda del hermano de una querida amiga es fiel recordatorio de que el auto aprecio en mi vida no figuraba. La noche que tomaron esa foto llegué al salón donde se celebraba la fiesta y me encontré con mis amigas, estaban tan hermosas y elegantes que inmediatamente el tiempo y el gusto que había invertido para sentirme arreglada (sí, me sentía descompuesta) los anulé sin más. Luego de la fiesta, un chico que tenía meses insistiéndome para salir con él, nos alcanzó en el lugar donde seguiríamos la fiesta. Mientras persistía para que aceptara, recelosa reaccionaba con sarcasmo a la lista de virtudes que me atribuía, el que hiciera referencia a mis características físicas me inspiraba sería desconfianza y malestar. Sí, había adelgazado, estaba a un par de kilos de los que señalaba idóneos la famosa tablita que correlaciona estatura y masa corporal, pero no le creí, estaba segura de que en algún momento terminaría mofándose de mí. Salimos, era yo la que no se sentía cómoda consigo misma, decidí no volver a verlo ni contestar sus llamadas. Hoy veo la foto y compruebo lo alejada que estaba de mirarme con

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

justicia, me gusta muchísimo cómo me veo. Con la distancia que el tiempo regala, pienso que el tipo no estaba tan equivocado después de todo, lo digo sin nostalgia.

Debieron pasar los años, terapias, lecturas sobre feminismo y muchas reflexiones para acabar por comprender que, si bien la gordura me orillaba a la soledad, eso no quería decir que al aislamiento y la exclusión sólo a mí se me confinaba. Le pasaba a mis amigas lesbianas, a las personas indígenas, a las personas con discapacidad. Comencé a atisbar las semejanzas, me preocupé por observar a otras mujeres gordas, a reconocer en sus comportamientos mis propias angustias, comprendía qué motivaba a taparnos la panza al sentarnos, usar ropas holgadas que disimularan nuestra figura o usar fajas, a jalarnos constantemente la ropa para que no se marcaran las lonjas, evitar hablar de la gordura o hacerlo con sorna. Mientras mi cuerpo se desarrollaba, fue para mí común señalar que mis senos se confundían con mi panza haciendo reír a mis amigas.

Decirme gorda sin sarcasmo en aquel círculo de lectura entre amigas lesbianas y gays fue el principio del asentamiento de una inquietud que terminó siendo intelectual. ¿Cómo era posible que me asumiera feminista, llevara años pensando en la desigualdad de género y cómo esta nos afectaba a las mujeres y nunca sino hasta ese momento, había podido apreciar la conexión entre el sexismo y la mala opinión que tenía sobre mi propio cuerpo?

Entendía que históricamente las mujeres habíamos sido puestas en una condición de subyugación (Lagarde, 1996, 2003), que habíamos librado batallas para gozar de ciertos derechos, que miles de antecesoras feministas habían puesto el cuerpo y vida para alcanzarlos (Lamas, 1996), pero no fue hasta mi respuesta y las reflexiones subsecuentes detonadas por ella que identifiqué, que los estándares de belleza y salud que imperan son otra sistemática forma más de control sobre los cuerpos de las mujeres. (Wolf, 1991)

Mi primera comparación fue entre las lesbianas masculinas y mi gordura; ni ellas ni yo cumplíamos con el deber ser de las mujeres que el sistema heteropatriarcal² nos había impuesto. No satisfacíamos los estándares de feminidad. Dice Virginie Despentes (2007) que la feminidad es el arte de ser servil, que ser seductora y hacer de ello algo glamoroso, es simplemente de acostumbrarse a comportarse como alguien inferior. Y lo creo. Todo el discurso para la construcción de la identidad femenina tiene que ver con “arreglarnos” como si estuviéramos descompuestas, perfumarnos, maquillarnos, usar zapatos altos, depilarnos, teñirnos el cabello cuando está gris o para exotizarnos, sentarnos con las piernas cerradas, “aliviarnos” porque claro ser madres nos mitiga la pena de ser inservibles para la reproducción de todo el sistema, putas o solteras, ponernos a dieta y podría seguir y seguir. Quiero apuntar que, sin el feminismo y los encuentros con personas con identidades sexuales diversas, ni siquiera hubiera podido acercarme a pensar que ser gorda podía tener una connotación positiva, que solamente es un atributo físico, un descriptor. Que eran los condicionamientos sociales en torno a mi gordura los que jerarquizaban peyorativamente mi cuerpo; que no volvería a asumirlos así nada más sin cuestionarlos profundamente hasta subvertirlos. La cita famosa de Naomi Wolf (1991) fue fundamental en un principio, el recordatorio del banderazo contra el odio interiorizado por ser gorda:

Una fijación cultural por la delgadez femenina no es una obsesión por la belleza de las mujeres, sino una obsesión por su obediencia... La dieta es el más potente de los sedantes políticos de la historia de las mujeres. Una población con una locura mansa es una población manejable. (p. 241 y 242).

² Aquí se comprende al régimen heteropatriarcal discutido por diversas teóricas feministas quienes apuntan que este pensamiento apunta la diferencia de los sexos como dogma filosófico y político (Wittig, 2006), que la heterosexualidad gobierna la esfera sexual; se nos enseña que nos deben gustar los hombres, aprender a satisfacerlos, ordena no sólo las relaciones humanas si no también la producción de conceptos. (Rich, 1996)

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

Sin todo ello no hubiera alcanzado a observar con claridad que mi gordura es revolucionaria porque destrona la docilidad, pasividad, silencio y sumisión a la que socialmente se me obliga a obedecer. Mi gordura es puro desacato.

I.2 El estigma y la opresión: algunas mujeres son gordas, pero ninguna quiere serlo.

El estigma, expone Goffman (2010), es un atributo profundamente desacreditador, que necesita de lenguaje de relaciones y cuyo rasgo central de la situación vital para quien lo ostenta es la no aceptación. Desde que tengo uso de razón soy gorda, por tanto, mi estigma es tener un cuerpo gordo y se configura vinculado a los estereotipos de género y clase. Pero el que desde niña me haya sabido gorda, no implica que siempre supiera que eso era algo de lo cual avergonzarse.

A los seis en pleno recreo escolar su tentáculo me alcanzó. Jugaba con mis compañeritos y al niño que perdió le impusieron de castigo me besara, se echaron a reír. El chico se aprontó a simular una arcada. La confusión entre sonrojo y su desprecio entorpecieron por segundos a mi instinto más salvaje que se rehusaba a ser burlado: ¿no son los besos algo lindo?, pensaba ¿tengo algo malo? No lo sabía, pero por las burlas y su expresión supuse que sí. Suspiré altanera devolviéndole la mueca y hui.

Callada pero insatisfecha, me enfoqué a buscar reconocimiento en los espacios que me eran comunes. Crecí en una colonia popular, en una familia tradicional y numerosa; temprano advertí que sacar buenas calificaciones y aprender rápido las oraciones en el catecismo, me confería de alguna clase de preferencia paternal y distinción social. Frente a mi gordura me asía de algo para sobrevivir.

Asimismo, como toda persona estigmatizada, intenté corregir mi condición dedicándome afanosamente a adelgazar y a destacar en actividades que no suponían que una gorda debía participar. Recuerdo mis esfuerzos físicos por no fallar cuando los profesores de deportes me ponían ejercicios extenuantes, jamás

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

dije que no a estas imposiciones. Durante la preparatoria tuve un grupo de amigas y amigos vivaces, su actividad favorita era jugar voleibol. Los recesos y horas libres las pasábamos en las canchas del plantel, no era precisamente mi afición, pero acudía a pasar el rato ahí por ellos. Mi parte favorita de habitar ese escenario era el usar ropa deportiva holgada que aminoraba mi angustia por no usar la de moda que me quedara y que tampoco tenía. En una ocasión en la clase de deportes, nos habían puesto a dar vueltas corriendo a la cancha de fútbol extensa y polvorienta. El profesor, un tipo de mediana edad y cuerpo atlético, con actitud petulante, había indicado que, si aguantábamos sin descanso durante los cincuenta minutos de la clase, pasaríamos la materia. En ese entonces creía que su jerarquía le dotaba de alguna confiabilidad, ni cuestioné, asumí que él sabía lo que hacía, además la que estaba mal era yo, él no tenía por qué haber pensado en que yo no podría cumplir con lo que había dispuesto. Corrí, corrí durante largo tiempo y corrí sin condición ni entrenamiento, bajo el sol inclemente de la una de la tarde en plena primavera. Sudaba en medio de la polvareda que levantábamos, bofeaba pero intentaba disimular el sonido sosteniendo la respiración, me dolían el pecho y las piernas, me temblaba el cuerpo, proseguía corriendo en automático pero concentrada mentalmente repitiendo que al final todos dirían que la gorda había aguantado.

Al ser estigmatizada una comprende las prácticas discriminatorias, incluso las más sutiles. Vivir el estigma le confiere a una tener conciencia de la condición de inferioridad social donde te colocan frente a la normalidad. Hace un par de años en los pasillos de la universidad donde trabajo, me topé con una amiga que hacía tiempo no veía, efusivamente nos aprontamos a fundirnos en un abrazo, acarriadas luego de un par de segundos sólo la escuché decir: prométeme que no te vas a morir. Me devastó. Ni siquiera la famosa frase de Marilyn Wann que utiliza en sus talleres de *Fat Studies* y que circula en los medios del activismo gordo me consoló: “La única cosa que alguien puede diagnosticar con algo de certeza al mirar a una persona gorda es su propio nivel de estereotipos y prejuicio en contra de la gente gorda.” (2009: p. xiv). Aún continúo retóricamente preguntando por qué

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

las personas que dicen amarme perpetúan prácticas y creencias que me confinan a un lugar inferior, sigo preguntándome, pero conozco la razón.

Las prácticas sociales cotidianas de desventaja, exclusión, menosprecio, injusticia o descrédito de las personas gordas tienen su origen en lo que Magdalena Piñeyro (2015) llama “El tripartito gordofóbico”: estética (delgadez), ciencia médica hegemónica (salud) y moral (obediencia). Grosso modo, el cuerpo normal en oposición favorable frente a un cuerpo estigmatizado es uno delgado, sano y disciplinado, no son extraños los discursos sobre la relación entre simetría corporal, sanidad y ejercicio que se reproducen la mayoría del tiempo sin que se observen las perversiones que encierran. Siguiendo aún a Piñeyro, concuerdo cuando define a la gordofobia como:

La discriminación a la que nos vemos sometidas las personas gordas por el hecho de serlo. Hablamos de humillación, invisibilización, maltrato, inferiorización, ridiculización, patologización, marginación, exclusión y hasta ejercicio de violencia física ejercida contra un grupo de personas por tener una determinada característica física: la gordura. (p. 48)

Some girls are bigger than others,³ reza la canción de 1985 de The Smiths, las activistas gordofeministas la han completado como consigna: ¡Algunas chicas somos más grandes que otras, supéralo! Decir las cosas le impregna un sentido de posibilidad. Reconocer mi gordura fue la fuga del lugar de la injuria y del insulto, el espacio para comenzar a hacerme gorda. Pero como investigadora social entiendo que la conformación de cualquier fenómeno sociocultural lleva años para fraguarse y su disolución no es un mero acto enunciativo. Me reconocí gorda, pero todas las configuraciones opresivas en torno a serlo no desaparecieron.

La opresión por cuestiones de gordura tiene la función de ordenamiento social, de ahí que resulta complejo erradicarla o modificarla en el imaginario social, sus prácticas y agenciamientos. No ayuda tampoco que no se tomen en cuenta las

³ En este enlace se puede escuchar la canción <https://www.youtube.com/watch?v=C906lbcYug>

demás opresiones que intervienen para su existencia y perdurabilidad; me refiero al capitalismo, sexismo, racismo, capacitismo y clasismo. Cuando hablo, y conmigo las gordas feministas politizadas,⁴ de la gordofobia como sistema de opresión, nos referimos a que existe todo un entramado de ordenamientos, ideas, creencias y prácticas que funcionan sin descanso para mantenernos en el lugar de la no aceptación, no importan los esfuerzos que individualmente hagamos, en cada esquina, en cada espacio personal y del mundo social habrá algo o alguien que irremediablemente nos recuerde que no somos normales, que nuestro cuerpo no es estético, ni salubre, ni beneficioso. Como gorda es habitual sentirme sin tregua, aun cuando creo olvidarme del maltrato sistemático, sucede algo que me regresa la consciencia sobre mí gordura, puede ser desde una mirada intensa a mis lonjas hasta la cotidiana expresión “me cae gordo”, para referirse a algo deplorable, desde la observación inquisidora de cualquier extraño en un restaurante sobre lo que como, hasta que los chicos me griten en el autobús que debo pagar doble porque ocupo más espacio; desde el refrán “con esta gordita y una jarra de atole” hasta “se fue como gorda en tobogán”. El etcétera es largo.

La palabra gorda sigue funcionando como insulto, muchas mujeres tienen miedo a tener un cuerpo gordo. Dice Laura Contrera (2016) que

“Gorda es LA palabra. EL insulto. LA herida. Y nos deja sin palabras la mayoría de las veces. El insulto es una manera de estigmatizar y humillar... La operatoria reiterada de la ofensa hiriente nos ata a una historia que nos precede y que no elegimos del todo, puesto que la injuria es el sedimento de las intrincadas elaboraciones del sexismo, racismo, cissexismo y la fobia a las corporalidades disidentes, gordura incluida”. (p. 24)

⁴ Son aquellas que activan políticamente desde diversos espacios para poner de relieve una condición de opresión. Creen (creemos, porque me incluyo) que dentro del feminismo se debe reivindicar y dismantlar las condiciones de inferioridad corporal y las normas que nos han desprovisto para hacernos un cuerpo. Son aquellas que realizan Fat Studies o Estudios de la gordura, del cuerpo gordo o estudios de la grasa, que como característica diferenciada a quienes estudian la obesidad, es que no se admite considerar la gordura como una enfermedad o como una condición que debe ser “mejorada”. Todas las mujeres investigadoras, escritoras y activistas que se analizan en los itinerarios corporales y la autoetnografía comparten esta visión de la gordura. Criticamos la industria de la dieta y cuestionamos profundamente el mandato de belleza, delgadez y salud.

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

Los estereotipos que siguen funcionando para designar a las personas gordas como perezosas, sucias, huelen mal, sin aspiraciones. Se nos suele achacar no hacer el suficiente esfuerzo para dejar de ser gordas, se nos culpabiliza por tener ese cuerpo, se nos confiere el estatus de enfermas con sólo vernos.

Tenía diecinueve años cuando la tía abuela de mi madre le llamó para preguntarle si alguna de sus hijas podía trabajar para su hijastro médico, le había renunciado la secretaria y le urgía alguien de confianza. De mis hermanas yo era la única disponible, pensé que ese trabajo era fácil y podría combinarlo con mis estudios. Me apresté a acudir a la cita por el empleo. En cuanto el médico me miró supe que no obtendría el trabajo. Suspiró saludándome y me ofreció asiento, también se apresuró a decirme que necesitaba una secretaria diligente y rápida, que él atendía a mujeres que buscaban verse bien y saludables, y que yo (apuntándome con la mano) no le daría buen aspecto a su consultorio cuando entraran sus pacientes. Que había pedido expresamente a alguien con buena presencia. De todos mis suspensos vergonzosos ese fue el más largo que viví. Me quedé pasmada, sin dar crédito a que sin el menor tapujo el tipo me había dicho fea y enferma en mi cara. Atiné a levantarme, apocada le extendí mi mano y agradecí. Debía ser educada, mi madre adoraba a su tía. Desde la salida de su consultorio hasta que llegué a casa lloré desconsolada. Me recibió mi madre desencajada y asustada, me ahogaba de dolor, no podía explicarle, lloraba sin poder hablar. Me sentía saqueada, como si me hubiera desprovisto de mi dignidad. Mamá me sacudía pidiéndole que le dijera qué me había hecho el tipo, no sé cuánto tiempo pasó, pero pude decirle lo que había pasado. La vi rabiosa caminar hacia el teléfono y marcarle a su tía, defenderme con su habitual elegancia sin gritos, pero ecuánime. Mientras tanto para mí, el doctor había expedido su lapidario diagnóstico.

Soy gorda y ninguna mujer gorda que conozco podría ser descrita con los adjetivos que arriba se nos gravan. Cecilia Weller, activista argentina contra la gordofobia, me ha comentado que uno de los rasgos distintivos de las opresiones es que no se nos cree a las personas que las vivimos. La reflexión se dio luego de

que le contara que durante uno de los congresos a los que acudí, una antropóloga ponía en duda mi afirmación de que la gordura es una forma de opresión muy poderosa. Intentando ejemplificar el argumento, dije que la naturalización de los chistes y bromas sobre el peso de las personas perpetuaban esta condición de inferioridad; que a estas alturas nadie dentro de la academia osaría hacer una referencia chusca sobre las personas pobres o racializadas, pero tampoco se incomodaban en reflexionar sobre las habituales hilarantes mofas sobre personas gordas. Ella me miraba suspicaz sonriendo.

El episodio me remitió a otro ocurrido años antes. Un colega me increpaba serios problemas metodológicos en una investigación sobre violencia de género, me decía que era muy complicado corroborar empíricamente la violencia que decíamos las feministas vivir cotidianamente, que cómo comprobaría que el fenómeno no era más bien era una cuestión voluntariosa y de sobre interpretación o animosidad de algunas mujeres. En esos momentos el tema no estaba tan presente en el discurso social y mediático, aunque ya había investigaciones al respecto. Ahora lo escucho hablar o escribir sobre ese mismo asunto y es bien escuchado. De lo anterior deduzco que quizá sólo sea cuestión de tiempo para que se comience a tomar el asunto de la gordura seriamente dentro de la academia. Mientras tanto sin sorna afirmo ser sociológica, feminista y gorda, y desde ahí puedo pensar sobre el tema. Aunque parece no ser suficiente, constantemente, sobre todo cuando escribo me topo con la exigencia casi maniática por la evidencia. Comprendo la importancia de manejar información confiable, de discutir con autores y remitirme a otros textos; de observar críticamente lo que han dicho otras personas sobre lo que intento exponer, pero esa manía impuesta justificada en la rigurosidad metodológica, muchas veces me hace sentir que lo que digo no es creíble, que no es suficiente con que sea yo quien lo diga. Me hace preguntar si ¿no es aceptado porque lo dice una mujer gorda de clase trabajadora? Si lo que digo se mira con los prejuicios del sexismo, la gordofobia y el clasismo; si tengo que buscar referencias de cada cosa que sé porque he vivido, porque pienso con mi cuerpo y que quiero expresar ¿dónde

queda mi voz y mi palabra? ¿qué lugar ocupan mis experiencias? ¿por qué son así desprovistas de verosimilitud si no hay una cita que las avale?

Yo también durante mucho tiempo creí que debía demostrar lo que decía, hasta que me fui adentrando a la autoetnografía. Un texto significativo durante este proceso fue el editado por Phiona Stanley y Greg Vass llamado *Questions of Culture in Autoethnography* (2018), por las diversas problemáticas planteadas y la forma en que la autoetnografía metodológicamente las resuelve y porque ahí además en el texto de Robert E. Rinehart *Local and global “mate” culture* tuve otra revelación. Aunque el objetivo de ese texto es exponer algunas experiencias sobre relaciones y prácticas de amistad masculinas dentro de la cultura del deporte, utiliza una escritura de ficción que pone de relieve a la autoetnografía como método se centra en cuestiones que nos invitan a involucrarnos en la comprensión significativa de aquello que se está investigando. Discute que la autoetnografía nos compromete a cuestionar historias más que a comprobar su veracidad, allí lo fundamental es que sean verosímiles para hacer comprensible lo estudiado. Luego de leerlo me percaté que como investigadora no era únicamente la *veracidad* o demostración de los hechos lo que me interesaba que debía prevalecer en el fenómeno sociocultural de opresión por cuestiones de gordura que quería problematizar. Mi preocupación era y es, en primer término, que sea fácilmente identificable, asimismo, interesa la *verisimilitud*, la cualidad de credibilidad de los hechos narrados con los que quien lee se puede relacionar.

Teniendo claro lo anterior, tuve otro golpe de buena fortuna. Gracias a los algoritmos en internet me topé con un video de una filósofa que exponía un concepto que explicaba esa desazón mía relacionada a la idea de que no se me consideraba fidedigna para explicar las opresiones que encarnaba. El concepto que exponía era el de “injusticia epistémica”. La filósofa Miranda Fricker (2017) para explicarlo parte de la idea de que en la epistemología y en la ética se habla mucho sobre justicia pero poco de la injusticia, que la primera suele ser considerada la norma y la segunda su lógica contraparte negativa, que para entender las injusticias hay que comprender primero a la justicia. Contradice esta

idea argumentando que quizá la ruta que favorezca la comprensión pueda ser al revés: poner atención a la injusticia, puesto que, hay espacios sociales donde la norma es la injusticia. La vía que propone es a través de introducir los conceptos: injusticia testimonial e injusticia hermenéutica. A grandes rasgos, “la injusticia testimonial se produce cuando los prejuicios llevan a un oyente a otorgar a las palabras del hablante a un grado de credibilidad disminuido.” (p. 17) Por otra parte la injusticia hermenéutica “se produce en una fase anterior, cuando una brecha en los recursos de interpretación colectivos sitúa a alguien en una desventaja injusta en lo relativo a la comprensión de sus experiencias sociales.” (p. 18) Un ejemplo de lo primero sería tener el prejuicio que, por ser gorda mis observaciones críticas sobre la salud o la belleza no sean consideradas con suficiente validez. He podido comprobar la diferencia de credibilidad que se me confiere cuando en una charla ya sea informal o académica, me presento sólo con mi nombre o cuando externo mis credenciales académicas.

Sobre injusticia hermenéutica, lo que permite su existencia, dice Fricker, es el vacío de conceptos analíticos, por lo que la credibilidad disminuye porque estructuralmente se carece de recursos colectivos para interpretar al fenómeno. Ejemplos de ello pueden ser los efectos jerarquizantes de creencias tales como: son “los pobres lo son porque quieren,” “las personas gordas no se quieren,” “las mujeres no son tan racionales como los hombres.” Respecto al fenómeno de la opresión por cuestiones de gordura que estoy exponiendo en este documento, si bien ya se puede echar mano de una numerosa literatura al respecto, de conceptos como la gordofobia, aún hay serios huecos de comprensión en amplios sectores de la sociedad que favorecen la perpetuación de maltratos hacia las personas gordas. Finalmente, aun siguiendo a Fricker, señala que “toda injusticia epistémica lesiona a alguien en su condición de sujeto de conocimiento y, por tanto, en una capacidad esencial para la dignidad humana.” (p.23) No hay prejuicios objetivos ni inocentes después de todo, y como personas que buscan saberes dentro de la academia pasar por alto estas discusiones éticas y

epistemológicas nos priva por inadvertencia de una amplia gama de conocimientos.

En lo que respecta a mi comprensión y vivencia del fenómeno considero que son imprescindibles las evidencias empíricas, el hablar desde nuestra experiencia como mujeres con cuerpos gordos, todo ello para aportar analíticamente al desmantelamiento del estigma; algunas mujeres son gordas, pero aún, muchísimas no quieren serlo. Por lo pronto que baste recordar que la gordura es política porque necesita ser dicha, explicada por quienes la encarnan, más que iniciar el camino desde lo abstracto, mi apuesta es al revés, desde lo que vivo. ¿Qué teoría socioantropológica no empieza desde ahí?

I.3 Esto no sólo me pasa a mí. Hacia un estudio sociocultural sobre el cuerpo gordo femenino.

Las feministas gordas tenemos una doble tarea: rastrear a las mujeres gordas en la historia, reclamar nuestro lugar en ella y, además apuntar la opresión colateral auspiciada por el rechazo social a nuestro cuerpo gordo. Desde hace relativamente poco, en las Ciencias Sociales nos hemos dado a la tarea de rescatar la historia de las mujeres, su participación política y social. Cada vez somos más quienes abordamos desde la academia o el arte, las visiones y experiencias de las mujeres. Soy socióloga de formación y el feminismo desde hace tiempo me dotó de elementos teóricos y prácticos para explicarme mi condición de género. Durante gran parte de mi vida la gordura fue la gigante sombra intencionalmente ignorada, como herida latente sabía que me encarnaba, pero al mismo tiempo la negaba. De las corrientes feministas que conocía, aunque estupendo conjunto de saberes, de mi gordura no hablaban.

Si a lo largo de la historia las mujeres no habíamos sido nombradas, mucho menos las gordas. Cuando era niña no tuve heroínas, ninguna con quien físicamente me pudiera relacionar. No había niñas gordas y preguntonas en los programas de televisión abierta a los que tenía acceso. Las gordas mayores que

conocía eran siempre motivo de burla o pretexto fisgón en la feria o el circo. Crecida en familia numerosa con cinco hermanas y más de una docena de primas, aprendí rápidamente a destacar mis logros académicos, carácter y simpatía sobre mi aspecto. Me resultaba bien disimular así el malestar por mi físico.

A falta de referentes gordas, temprano apareció el deseo por ser delgada, tan temprano que parecía normal desde siempre. Anhelando disminuir/desaparecer mi gran cuerpo. La paradoja que esto encierra es motivo de indagación feminista: mujeres aprendiendo a ser como dicta la convención social, niñas sin referentes femeninas que admirar, mujeres jóvenes en batalla dolorosa consigo mismas para ser sexualmente atractivas, adultas asumidas como inservibles para los imperativos patriarcales y capitalistas. Si al análisis de la construcción sociocultural de las mujeres, le adherimos la categoría gorda, obviamente el problema se complejiza. Me topé tarde con el libro de Naomi Wolf, *El mito de la belleza* (1991), donde analiza la forma en que las condiciones estéticas que se esperan irremediamente de las mujeres son fundamento para la perpetuación del poder patriarcal. Supongo que esta demora se debe a que mis tempranas mujeres referentes feministas cumplían con los estándares de delgadez imperantes, por lo que problematizar sobre ello no parecía apremiante. Durante mi juventud creí que adelgazando alcanzaría el estándar de belleza sin problemas.

Escudriñar sobre nuestras identificaciones gordas es tarea iniciada eficientemente por numinosas compañeras feministas, pero continúa siendo imprescindible complejizar los análisis. Cuando descubrí el activismo gordo, me apresuré a buscar a otras compañeras feministas gordas cercanas, pero me topé con que más que la opresión por su corporalidad les interpelaba discurrir sobre su identidad sexual. Sentí que mi visión era corta, así que busqué fuera y fui encontrándome con gordas antirracistas, más lesbianas, veganas antiespecistas y *queers*, hoy me resulta imposible separar análisis entre mi cuerpo gordo y las demás opresiones. Las gordas encarnamos varias opresiones a la vez, de ahí que resulta necesario buscar más historias y voces, hablar de lo que sabemos, de nuestra experiencia como gordas, de nuestros reconocimientos corporales y

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

deseo. Creo que hay mujeres gordas que se resisten a pensar o desear desde un saber que es ajeno.

Es preciso apuntar que también a lo largo de mi experiencia política como feminista son muchas las compañeras que no ven la opresión que enfrentamos las personas gordas, que nos alejan acriticamente de la vieja consigna “este cuerpo es mío”. Que siguen considerando la gordura como una situación poco importante que se desvanece si acordamos adelgazar, achicarnos, que apelan a la autodisciplina y fuerza de voluntad para acomodarnos en la normalidad. Al interior de los feminismos se debe comprender que, así como se cuestiona el orden estructural de géneros, desarticular la jerarquización de los cuerpos también es indispensable para contrarrestar el *gordo-odio* que impera. Entender los elementos opresivos en torno a la gordura favorece a la creación de nuevas maneras de ser y estar: hacerme gorda con otras gordas para evidenciar otra forma más que alimenta la maquinaria sexista, que contribuye fuertemente a perpetuar con ahínco la internalización de un sentimiento de inferioridad en las mujeres. En el proceso de identificaciones, he aprendido a rechazar ser reducida a la patologización de mi cuerpo, soy gorda no una enferma. A seguir la crítica iniciada por el grupo de activistas *Fat Underground* que, aunque desaparecido ya, según Cooper (1998), desde los años setenta sus análisis feministas sobre la gordura retoman un modelo similar al del activismo de la discapacidad. Dicha crítica me permitió comprender que no soy yo quien debe cambiar mi cuerpo para adaptarme socialmente, sino activar para que sea la estructura social la que se adapte a las todas las diferentes corporalidades.

Hacerse gorda, tiene la potencia política de advertir y mostrar las infinitas posibilidades de armonía, deleite y goce de nuestro cuerpo gordo que han sido negadas históricamente. Es romper con la normalización del menosprecio, del silencio sobre nuestras gorduras, existir materialmente majestuosas y eróticamente deseantes. Hacerse gorda, implica inexorablemente, explicar la experiencia, diría Joan Scott (2001), más que simplemente relatarla. Ello se realiza primero al desarticular las narrativas hegemónicas miopes sobre la gordura, a

través de ver la experiencia directa de mujeres gordas ¿no es acaso dicha evidencia la que solemos buscar cuando intentamos comprender un fenómeno sociocultural? Hacerse gorda tiene menos que ver con realizar un análisis riguroso del funcionamiento del sistema que configura la opresión gordófila, no porque no sea importante sino porque en estos momentos y para fines de esta indagación es central problematizar la experiencia de mujeres gordas, para aportar al derribo de prácticas que son funcionales a ese mismo sistema. Hacerse gorda va de hacer evidente la experiencia, su lógica interna, las gordas sabemos que vivimos los consecuentes maltratos de la opresión, pero reparamos poco en cómo ésta se constituye relacionamente con otras identificaciones: nuestras geografías, identidades sexuales y de género, contextos culturales o ascendencias raciales. De ahí que resulta imperioso recoger los discursos en primera persona.

“No son los individuos los que tienen la experiencia, sino los sujetos los que son constituidos por medio de la experiencia. En esta definición la experiencia se convierte entonces no en el origen de nuestra explicación, no en la evidencia definitiva (porque ha sido vista o sentida) que fundamenta lo conocido, sino más bien en aquello que buscamos explicar, aquello acerca de lo cual se produce el conocimiento. Pensar de esta manera en la experiencia es darle historicidad, así como dar historicidad a las identidades que produce.” (Scott, 2001, p. 50)

Hacerse gorda no tiene relación con el reclamo por un lugar en una sociedad patriarcal, explotadora, sexista, racista y capacitista. Hacerse gorda tiene todo que ver con explicar las experiencias que muestran el entramado de identificaciones, opresiones y resistencias que apelan a la evocación, a la escucha, a la elaboración y creación de lugares donde ser gorda no tenga que ser padecido.

I.4 Identificaciones gordas. Haciendo escuela.

La primera vez que fui a un taller sobre gordura, viajé a Guadalajara, lo impartía Lucrecia Masson. Ya había leído un par de sus artículos: *El cuerpo como espacio de disidencia* (2014) y *Un rugido de rumiantes. Apuntes sobre la disidencia corporal desde el activismo gordo* (2014) y estaba ansiosa de encontrarla. Para mí esa experiencia fue un parteaguas. Aprendí que ninguna de las mujeres que estábamos ahí, podríamos ser consideradas normales. Todas teníamos múltiples defectos a la luz de los convencionalismos estéticos y sociales sobre nuestros cuerpos, salud, intelecto y sexualidad. Sentí alivio. Fui consciente hasta hace poco, pero antes de ello jamás pude evitar que esa impuesta normalidad inalcanzable explicara, señalara y definiera mañosamente mi cuerpo. Hay múltiples maneras de ser gordas; nos reconocemos rechazadas, grasosas, inmensas pero invisibles. No hay una forma única de ser gorda, por eso no hablo de identidad, hablo de identificación.

Considero importante señalar que gran parte de los saberes sobre la corporalidad gorda de mujeres los he abrevado de los espacios del activismo gordofeminista. Son encomiables los esfuerzos por sistematizar la información sobre los cuerpos gordos. Por supuesto estas apreciaciones tienen alto contenido político, lo cual es meritorio y un estupendo aporte intelectual.

De mis primeras fascinaciones gordas, atesoro las reflexiones y poemas de Magda Piñeyro y su activismo en la página de Facebook *Stop gordofobia*, desde ahí confirmaba mis intuiciones más tempranas: mi cuerpo tenía la potencia de ser mío. Cuando me llegó el artículo *Hacer cuerpo: gordura femenina y empoderamiento* de Paz Moreno (2014), pude esbozar algunas articulaciones teóricas, imaginar cuál era el tipo de cuerpo que me quería hacer, sentí la urgencia de asumir mi gordura y apreciarla finalmente; ansiaba dejar de definirme por el cuerpo que la cultura de la dieta me prometía en el futuro. El artículo fue tremendamente revelador.

De manera más rotunda caí deslumbrada por la propuesta rumiante de Lucrecia Masson (2017); me regaló luego del taller que tomé con ella, *Epistemología rumiante* en fotocopias, aún no lo publicaba, recuerdo haberlo devorado en el autobús de regreso a casa; me atrajo su desafío a los límites impuestos sobre su cuerpo, asumí su texto como una invitación a pensarnos juntas y construir herramientas colectivas que activaran políticamente nuestros cuerpos no normativos; podía sentirme acompañada en este camino, otras también tentaban retozando nuevas maneras de ser y estar gordas en tiempo presente. Casi al mismo tiempo descubrí el *Manifiesto Gordx* de Constanza Álvarez y Samuel Hidalgo (2014) y *La cerda punk. Ensayos desde un feminismo gordo, lésbiko, antikapitalista & antiespecista*, también de Constanza Álvarez (2014). El manifiesto fue para mí el llamamiento a salir de mis lugares de silencio, la resistencia que alentó apretar el paso para llegar a ser la gorda que finalmente dejaba ver sus incisivos cuando era necesario; desde ahí el pudor, el asco y los buenos modales perdieron su resonancia en mí cuerpo. Con la cerda punk aprendí que tenía experiencias que escribir; de ahí podría concretar mi propiedad corporal.

Esperé con muchas ganas tener en mis manos *Cuerpos sin patrones, resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne*, un libro de textos sudakas y traducciones compiladas por Laura Contrera y Nicolás Cuello (2016); lo leí de tirón y vuelvo recurrentemente a él, siento que no lo agoto, me continúa disparando preguntas o responde indirectamente otras planteadas con anterioridad. Puedo decir que lo hice mío con total deleite. Son muchos los textos sobre feminismo y activismo gordo, significativos para mí, hasta aquí he mencionado los que considero imprescindibles para comprender el proceso de creación de mi cuerpo propio. No quiero olvidar *Tienes derecho a permanecer gorda*, de Virgie Tovar (2018), *fatshionista* chicana feminista gorda que acepta que ha bebido del activismo *queer* para profundizar en la reflexión sobre los cuerpos gordos femeninos; a lo largo del libro hace un análisis de la cultura de la dieta y sus perversiones, es un texto que me interpeló y azuza al ingenio. Apunta experiencias que podría jurar son las mías; escribió mis pensamientos de niña gorda,

inventamos artimañas similares para sobrellevar nuestra realidad inmediata repleta de personas gordo odiadoras.

Cada vez somos más a quienes nos interesa escudriñar socioculturalmente este fenómeno, debo aceptar que he llegado a este tema de investigación a partir de mi experiencia de vida como mujer gorda. Considero que hay asunciones sobre las mujeres que como yo entramos en esta intersección de opresiones; como analista social, también me interesa desentrañar el origen de estas violencias.

Como la gran mayoría de quienes hacen investigación cualitativa, el factor comprensión es lo que motiva este análisis; no concibo a la investigación social fútil, considero que debe servir para dar alternativas a las relaciones y prácticas sociales. Quiero investigar sobre lo que sé, de mi experiencia como mujer gorda. Imagino con Lucrecia Masson (2014) un:

“feminismo gordo en el que nadie duda en ser feliz en los desbordes y en las extrañezas y nadie teme a los espejos...Creo en las búsquedas, en pasiones y en fricciones agonistas de mis propias carnes que, dadas al encuentro con otras, tienen el enorme potencial de hacer de nuestras existencias un lugar más habitable y feliz, dando lugar a indómitas formas de habitar nuestros cuerpos”.

II. Vereda y desvíos académicos. Carta⁵ de motivos

*El sentido y el valor de mi escritura se miden por el riesgo que corro yo y la desnudez que logro...
Escribe lo que más nos une a la vida, la sensación del cuerpo, las imágenes vistas, la extensión de
la psique tranquila: momentos de alta intensidad, su movimiento, sonidos, pensamientos.*

Aunque pasamos hambre no somos pobres en experiencias...

*Tira lo abstracto y el aprendizaje académico, las reglas, el mapa y el compás. Tantea sin tapaojos.
Para tocar más gente, las realidades personales y lo social se tienen que evocar no a través de la
retórica sino a través de la sangre y la pus y el sudor.*

Gloria Anzaldúa.

Extractos de *Hablar en lenguas. Una carta a escritoras tercermundistas*.⁶

Queridas gordas del Abya Yala, yonkies de la teoría y metodología sociocultural, compañeras feministas:

Quiero ser escuchada, como socióloga, me interesa hacer observable la forma en que la opresión por cuestiones de gordura se encarna en las mujeres; pero no soy Foucault ni Weber. Ya quisiera todo su capital cultural. Tengo un título universitario que de alguna forma me avala para hablar desde la academia, aun siendo éste un lugar que aprecio, vengo desde hace tiempo pensando que las herramientas teórico metodológicas de las que disponemos para acercarnos a una comprensión más consistente sobre la realidad social, necesitan de algún tipo de ajuste o innovación. Recientemente acudí a un encuentro de activismos gordos en Bogotá, Colombia, me encontré con otras gordas, que activan políticamente desde el arte, la educación y la calle propuestas reivindicativas para desmontar la matriz de

⁵ Utilicé este formato puesto que me interesa su función epistolar, que haya una correspondencia entre quien la lee y yo. Todo esto también, para continuar la idea de la autoetnografía como proceso y producto. (Cfr. Ellis, et. al 2010)

⁶ El texto se publicó como parte de la compilación de textos Moraga Cherrie, Castillo Ana (Editoras). (1988) Esta puente, mi espalda: Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos. San Francisco, Estados Unidos. Editorial Ismo. P.p. 219-227.

opresiones que vivimos las mujeres. Observándolas, buscaba yo esperanzadas resonancias que permitieran crear un proyecto común mayor: el sueño de todo activismo. Aunque formada como investigadora, me resultó complicado en primera instancia identificar categorías comunes para analizar. Hubo un momento en que simplemente dejé de intentarlo, me fue imposible. Más que asumir una identidad de género y corporalidad, la diversidad racial, sexual, prácticas, de clase, latitud y ejercicio político, hicieron mella. Para una mirada cándida, esta reunión sería el paraíso feminista gorde ensoñado, pero fueron evidentes las diferencias. Recordé a Audre Lorde (1984) diciendo a las feministas blancas:

“Lo que nos separa no son nuestras diferencias, sino la resistencia a reconocer esas diferencias y enfrentarnos a las distorsiones que resultan de ignorarlas y malinterpretarlas. Cuando nos definimos, cuando yo me defino a mí misma, cuando defino el espacio en el que soy como tú y el espacio en el que no lo soy, no estoy negando el contacto entre nosotras, ni te estoy excluyendo del contacto – estoy ampliando nuestro espacio de contacto.”
(1984)

Así que, por el momento, frente a mi incapacidad analítica por teorizar, he decidido seguir esta dirección lordiana: definirme, hablar por mi diferencia, como diría Pedro Lemebel⁷ en su famosísimo manifiesto de 1986; mientras expongo mi experiencia para abrir el espacio, con la intuición de que tenemos algunos en común.

Antes de entrar a estudiar en la universidad escribía poesía. Llegué muy pequeña a ella, de forma casi intuitiva. En mi casa no había poemarios, sí libros sobre historia, política, el periódico y las novelas del puesto de revistas que leía mi mamá. Mi abuelo paterno era un aficionado cuenta cuentos, es una lástima que no recuerde ninguno ahora. Desde que nació él ya era viejito, nació en 1898, vivió su

⁷ Extracto de Manifiesto (Hablo por mi diferencia):

Aquí está mi cara / Hablo por mi diferencia / Defiendo lo que soy / Y no soy tan raro / Me apesta la injusticia /Y sospecho de esta cueca democrática /Pero no me hable del proletariado/ Porque ser pobre y maricón es peor.

infancia y juventud durante la Revolución Mexicana, se casó a escondidas en plena rebelión Cristera y podía contestarme todas las preguntas que yo le hacía sobre lo que iba aprendiendo de la Historia de México. Todavía pesan en mí sus apreciaciones personales sobre varios personajes próceres de la historia nacional. Acercándose el Día de Muertos, me dictaba de memoria versos que se inventaba para las calaveritas literarias que me pedía la maestra de primaria año con año. Él me enseñó qué era un verso sin que lo supiéramos.

Me gustaba jugar a que escribía poesía, no tengo claro cuando lo aprendí, pero me recuerdo encerrada en el ropero grande de mi mamá o mientras obligada tendía mi cama, redactando en mi memoria versos, sobre lo injusto de la vida, mis peleas escolares y familiares y mis afectos. No los escribía en papel, no quería dejar vestigios de mi cursi afición.

Creo que recurrí temprano a la poesía por la mera necesidad de hablar de lo que vivía, explicarme el mundo, intentar comprenderlo, exponer mis emociones. Nuevamente pienso en Audre y con ella sé que para la niña gorda que albergo, la poesía no fue ni es un lujo:

“Es una necesidad vital. Ella define la calidad de la luz bajo la cual formulamos nuestras esperanzas y sueños de supervivencia y cambio, que se plasman primero en palabras, después en ideas y, por fin en una acción más tangible. La poesía es el instrumento mediante el que nombramos lo que no tiene nombre para convertirlo en objeto del pensamiento. Los más amplios horizontes de nuestras esperanzas y miedos están empedrados con nuestros poemas, labrados en la roca de las experiencias cotidianas”
(Lorde 1984, p. 4)

A los dieciocho caí enamorada de la sociología como adolescente enardecida. El profesor Javier Gallegos Gallegos fue el primero con quien tomé clase. Lo recuerdo enérgico pero entusiasta para compartírnos sus conocimientos. Desde la secundaria no tenía un profesor que me pareciera interesante o digno de escuchar

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

con atención. La primera lectura que nos dio para analizar fue *La circulación de las élites*, de Wilfrido Pareto, con ella surgió una pasión nueva. Fue una lectura tardada, accidentada. Llené las fotocopias de borrones y anotaciones, la repasé varias veces, subrayaba, buscaba en el diccionario, leía despacio, intentando comprender qué decía, no era una lectura habitual para mí. Había pasado la preparatoria en un Centro de Bachillerato Tecnológico Industrial y de Servicios (CBTis) con sobrepoblación estudiantil y ninguna formación en ciencias sociales y humanidades. Ahora que recuerdo esa etapa de mediocridad educativa, veo claramente la correlación entre mi baja autoestima, mis calificaciones regulares y el nulo interés por lo que ahí ocurría. Nada de lo que pasaba en ese lugar me parecía mínimamente interesante. La materia del profe Javier se llamaba Autores Sociológicos I, y si Pareto me había volado la cabeza, ni les cuento cuánto mi fascinación por Durkheim, Weber y Marx me hizo feliz.

A la par, también se iban agregando más capas a mis angustias sociales. Llegué a un espacio donde me sentía estimulada intelectualmente, con personas muy diferentes a mí; hablaban de ateísmo, música latinoamericana, revueltas sociales o esoterismo; había músicos, poetas, libres pensadores y una maestra feminista: me parecía el paraíso. También eran personas que hablaban con libertad sobre sexualidad y drogas. No tuve un choque identitario, acepté gustosa lo que el mundo de la licenciatura en sociología me ofrecía. A mí familia católica, por decir lo más sencillo, no le gustó el cambio. Si siempre había sido una hija desobediente y respondona, a medida que avancé en mis lecturas me fui convirtiendo en persona no grata para la mayoría de los miembros de mi familia. Este ambiente me proveyó de nuevas amistades, que me invitaban a salir por la noche, a lugares que me parecían deliciosos pero tugurios a los ojos de mi madre y toda mi educación anterior. Comencé a relacionarme con chicos, y con ello se puso de manifiesto mi problema de auto apreciación corporal. El interés sexual por algunos acrecentó mis inseguridades por mi cuerpo gordo. Me sabía gorda, pero de eso no se hablaba. A esa edad ya estaba enganchada en las dietas, tenía el objetivo inamovible de adelgazar. Aunque tenía varios obstáculos: no tenía dinero para ir a

un nutriólogo, ni comprar los alimentos que señalaban los regímenes, no me atraía hacer ejercicio y me chocaba sudar, no cocinaba y mi madre se aseguraba de llamarme a comer con toda la familia, todos los días. Antes que aprender a contar calorías, aprendí a dejar de comer. Cuando podía burlar la atención de mi madre, pasaba largos periodos sin comer, luego me laxaba a escondidas, finalmente me daba atracones y volvía a empezar cada semana. Pensar en mi futuro, delgada y hablar de dietas, consumía gran parte de mi tiempo.

La universidad fue el remanso de libertad que tanto precisaba de la rigurosa cotidianidad familiar, me permitía pasar mucho tiempo sin la atención de mis padres, la excusa era perfecta: estudiaba. Y en mi casa esa era mi única obligación.

Arropada por los satisfactorios vericuetos de la teoría y metodología sociológica, fui perfilando con mayor claridad mis intereses epistemológicos y políticos. Durante mis años de licenciatura pensé en problemas sociológicos que tenían que ver con opresiones: mujeres indígenas, pobreza, migrantes, campesinos, mujeres en la política. Estos los analizaba a la luz de las teorías sociológicas que iba aprendiendo o los cursos de metodologías que iba cursando. Rápidamente me di cuenta que las corrientes teóricas que me atraían tenían que ver con destacar la individualidad, subjetividad o agencia de quienes integran las estructuras o sistemas sociales. Sin embargo, me resultaban importantes las problemáticas que tendieran al análisis de la modificación de las estructuras, que hablaran de cambio o de alterar los sistemas sociales. Respecto a la metodología, llegué a la conclusión que las cuantitativas me resultaban poco significativas; graduar, tabular, comprobar, validar, con ecuaciones y números la realidad social que me interesaba reivindicar a la luz de la sociología, no me parecía fidedigna. Supe diferenciar entre medir un hecho y comprender un fenómeno. Weber guiñándome el ojo.

Me incliné por la metodología cualitativa. La antropología social y sus etnografías daban cuenta de otros grupos, los salvajes, originarios, sus ritos, leyendas y

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

sistemas de parentesco. Podía observar la cultura cociéndose: la configuración de los mitos fundantes del heteropatriarcado y opresión femenina; el incesto y el don, leía que el sexo es un constructo. Podía comprender. Me interesó más el fondo de los fenómenos, que la forma. Más su consistencia que la generalización. Más observar las relaciones sociales de poder que su abstracción.

Así que, cuando llegó el feminismo a mi vida, toda yo era terreno fértil. Comenzando el doctorado, por exigencias de una materia, retomé una lectura sobre perspectiva de género de Marcela Lagarde, la cual, me disparó muchas emociones y recuerdos. Tenía 19 años cuando la leí por primera vez. La única maestra feminista de toda la universidad durante los años en que cursé la licenciatura, nos la había dejado para leer. Impartía la materia de metodología cualitativa. El texto se llama *Identidad de género y feminismo* (Lagarde, 1996) lectura que me explotó en el cuerpo. Lo que ahí aborda, me atravesó, hablaba de las zozobras que desde niña experimentaba y jamás había podido nombrar; me acercó a la comprensión del trato de crianza diferenciado entre mis hermanos y mis hermanas y yo, los mandatos de género exigidos para nosotras y las libertades y privilegios para ellos. Jamás el mundo volvió a ser el mismo. Fue como si todas las desigualdades que observaba estuvieran ahora alumbradas por esta perspectiva; si “la historia del hombre, es la historia de la explotación del hombre por el hombre”, las mujeres la habríamos tenido aún peor.

La lectura, me hizo repensar también cómo ha sido mi evolución como feminista. La profesora me dio otras lecturas más sobre opresión de género e identidad y secretamente las amé. Con tiento me hice feminista. Así silenciosamente porque tampoco comprendía de bien a bien la ambigua fama de la maestra. Si hoy existe una desinformación tremenda sobre lo que es el feminismo, imaginen cómo era veinte años atrás. Para mí, ella era una mujer joven llena de sí, con el vigor que da la juventud, el conocimiento y el erotismo. Ella fue la primera mujer en la que atisé el poder del cuerpo. Mis referentes femeninos eran bien pobres y por mi propia inocencia y condicionamiento patriarcal les creía a los machitos cuando la tildaban de pesada. Aunque no la recuerdo así, la veía hermosa caminar

sonriente, con suficiencia, garbo y sensualidad. Había quien decía que era soberbia, pero a mí me causaba admiración. Todavía, cuando me hablan del poder de las mujeres, mi primera imagen es ella, con su pasear flotado por los pasillos, en falda vaporosa o huipil, cabello corto y andar salvaje. Instintivamente quise ser como ella, recuperar ese poder arrebatado y negado por mi estricta educación cristiana. Luego la escuchaba en clase y todo cobraba sentido, había una relación estrecha entre sus caderas y cerebro, entre sus palabras libres tan llenas de goce y el recelo que suscitaba entre profesores y compañeros. Oír su opinión, me hizo comprender que si perseguía lo que admiraba en ella, no tendría aprobación masculina, aspecto importante en la construcción de la identidad femenina heteronormada. Luchar para bajar de peso, hacer dietas, era suficiente como para echarme otro asunto a cuestras. Entonces no tenía consciencia ni del sexismo ni de la gordofobia interiorizados que operaban en mí.

Durante muchos años, discretamente me anunciaba feminista, hablaba tímidamente de ello, no había leído lo suficiente. Luego del curso con mi profesora feminista, me enfraqué en otros asuntos, aunque a partir de ella, las investigaciones que emprendí tuvieron que ver con mujeres y el género: mujeres indígenas en Aguascalientes; mujeres en la política; historia de vida de mi abuelo paterno, ese viejito revolucionario y cristero; análisis del cambio del concepto de masculinidad en tres generaciones, investigación por demás ingenua, pensaba que se podían observar históricamente cambios en el privilegio masculino.

Desde entonces, la perspectiva de género ha estado presente en mis análisis, en mi visión del mundo y la cultura. Pasó el tiempo y ahora, a donde vaya se me identifica como feminista, primero por mis acciones, luego porque me atreví a anunciarme abiertamente como tal. Toda mi existencia tiene que ver con ello. Más que ser una identidad o una forma de vida, con bell hooks (2004) creo que el feminismo es un acto político y así lo vivo. No es posible desmontar estructuras de desigualdad y opresión, sirviéndolas.

Son años de tanteos, de lecturas, de prácticas hechas y rehechas, de renunciaciones, de construcciones, de afinidades, desamores y alianzas. No ha sido fácil, ni siempre gozoso, pero sí, liberador. Liberador a pedazos chiquitos, porque creo que, como dice Audre (Lorde: 1984), ninguna mujer puede ser libre mientras las otras no lo sean, aun cuando nuestras cadenas sean diferentes. Liberador cuando he dejado de aspirar a un lugar en el orden patriarcal, cuando he visto en su totalidad la perversión de la obligatoriedad de la maternidad, de la captura del matrimonio y del amor romántico (Millett: 1995), de lo dañinas y desiguales que son las relaciones heterosexuales y el régimen heterosexual (Rich: 1996).

Desde hace 15 años soy profesora. Luego de hacer investigación, dar clases es mi actividad profesional favorita en el mundo. Después de graduarme pasé un par de años como espalda mojada/frijolera en Estados Unidos, deseaba aprender el idioma, distanciarme del duelo familiar por la muerte de mi madre y ver el mundo. Lo vi desde abajo, sin *green card*, explotada y discriminada. Regresé y rápidamente encontré trabajo como docente en una preparatoria privada. En esa escuela invertí mis deliciosos años veinte, aunque me pesa recordarlo, admito que ahí me formé como profesora. Durante todos mis años frente a grupo, sí de algo tengo certeza es que la mejor estudiante debe ser la maestra. Aprender de las y los jóvenes es una experiencia gratificante y tremendamente divertida, mi mantra para dar clases es primero, *la que se tiene que divertir, soy yo*. Además, este ha sido mi principal espacio para activar políticamente los feminismos, la visión crítica de la historia y la economía, y el disfrute de la literatura. Hay momentos en que con arrebatos me autoproclamo activista académica, luego en otros, me avergüenza un poco. Me gusta pensar que las escuelas son las únicas instituciones dentro del sistema que posibilitan transformaciones sociales, pero también tengo presente el saqueo de saberes que desde la academia se han extraído de diversos grupos vulnerados.

En octubre de 2019 acudí a un congreso a presentar adelantos de esta investigación en curso, hablé de la gordura y de afectaciones alegres para resistir políticamente. Horas antes, en la misma mesa, que era sobre Gordura, expusieron

sus estudios cuatro investigadores cuya corporalidad me parece, entra en los cánones de normalidad. Les escuchaba hablar sobre las personas obesas, patologizando, sobre interpretando y elucubrando teóricamente sobre una realidad que les es ajena. Me sentí muy mal, pensé que esas personas investigadoras, aun siguiendo las reglas del método científico, de mi realidad corporal gorda, decían bastante poco, tergiversado y mal entendido. Replicando prácticas opresoras, gordóforas y prejuiciosas. Me remitieron a los reclamos de diversos grupos originarios cuando ven los reportes de los antropólogos que les fueron a estudiar. Si estoy hablando de mi cuerpo gordo, no es para vanagloriarme, vivir una opresión no es para nada *chic*.

Yo quisiera que desde la academia nos replanteáramos si nos gusta el conocimiento, y si es así, preguntarnos para qué: si es solamente para alimentar el ego por acumulación de capital cultural o también para generar conocimiento con utilidad social y compartirlo. Espero que, desde la academia, comencemos más a tomarnos seriamente el investigar profundamente sobre lo que nos es cercano y lo que nos alcanza y afecta, más que ir a quitar saberes y expropiarlos.

El feminismo blanco hegemónico no me dio para comprender mi gordura. Mi cuerpo gordo no ha sido durante mucho tiempo, motivo de reivindicación feminista. Haber participado de organizaciones de mujeres de la sociedad civil, me hizo replantearme el tipo de feminismo que practicaba. Me topé con un feminismo que homogeniza, que deja de lado las diferencias de raza, etnia, clase social, identidad sexual, diversidad funcional y corporal. Conviví con feministas a quienes les interesa hacer carrera dentro del estado que dicen cuestionar, las vi pactar con partidos políticos para obtener beneficios, las sentí inquisidoras con mi cuerpo y poco reflexivas sobre los excesos del sistema económico. Me identifico con el epígrafe del fanzine *Desmontar la lengua del mandato, criar la lengua del desacato* de la deslenguada, val flores⁸ (2014) que reza:

⁸ Ella escribe su nombre con minúsculas. El fragmento es leyenda no paginada en el fanzine. En las referencias pongo el sitio electrónico para su consulta.

“demasiado intelectual para el activismo, demasiado activista para la academia, demasiado feminista para la poesía, demasiado radical para la pedagogía, demasiado política para ser maestra, demasiado disidente para la política de identidad, demasiado tortillera para ser maestra, demasiado maestra para la jerarquía del saber, demasiado tímida para la oratoria política, demasiado provinciana para la capital, demasiado prosexo para un feminismo que aún teme hablar de sexo, demasiado teórica para ser trabajadora.”

En el famoso ensayo *La gordura es un asunto del feminismo pero... ¿de qué feminismo?*, Charlotte Cooper (Contrera, 2016) cuestiona la famosa frase de Susan Bordó, adhiriendo la interrogación sobre cuál feminismo se hacía cargo de la gordura. La pieza me interpela porque si bien me he movido entre feministas, ninguna se ha preocupado por construir sobre el tema conmigo.

Advierto que hablar de diversidad corporal es un asunto urgente en mi contexto. Hace casi dos años, con un grupo de estudiantes universitarias armamos la proyección del documental *Fat Underground*. El evento tuvo una gran acogida y se propició una discusión muy interesante. He participado en la activación de eventos que permitan este tipo de reflexiones y sé que no soy la única que está pensando sobre ello, pero aún me siento poco acompañada.

Este feminismo gordo al que aspiro es uno alejado de la hegemonía médica y su lógica patologización, y desmarcado del movimiento *body positive*, que sólo aboga por la aceptación corporal, sin cuestionar profundamente sobre el juego que le hace al sistema capitalista, sexista, cosificador y happycrático.

Creo preciso hacer cuerpo, gordo y empoderado como expone Paz Moreno (2014) en su artículo *Hacer cuerpo, gordura y empoderamiento femenino*:

“Asumir que se posee un cuerpo gordo, disfrutar de él sin desear cambiarlo, ser gorda y asumir esto no como un agravio o menosprecio, ser gorda y no

querer –necesariamente– bajar de peso; es decir, que este no sea un constituyente más que físico, es hoy una irreverencia. La aceptación de mi propia gordura me convierte instantáneamente en activista.”

Todas estas activaciones políticas permitieron que me reconectara ideológicamente con el zapatismo. La campaña de recolección de firmas para la candidata del Congreso Nacional Indígena, María de Jesús Patricio me convocó. Una amiga cercana desde siempre al zapatismo me invitó a participar. Acepté porque me sentí atraída desde jovencita por la visión política zapatista, además porque tenía desesperanza del teje y maneje de la novela partidista del país. Sentía, y siento aún que es imposible construir algo diferente desde los cimientos políticos que hoy existen. Probablemente se me tache de anarquista, y está bien, no creo que desde las cúpulas de poder se generen situaciones que beneficien a la sociedad en general. Creo en la sociedad civil organizada y en mis vecinas; en mis compañeras de trabajo; en las redes de alianzas inmediatas. Acepté y salí a pedir firmas para Mari Chuy. Con ello, el regreso a escuchar atenta, a informarme sobre lo que habían hecho en los años que, siguiendo acriticamente medios *mainstreams* creí que el zapatismo había muerto. No es así, está vivo y palpitante.

Estas reflexiones y alianzas me han llevado a profundizar en la ecofeminismo, la explotación de recursos naturales indiscriminada y el maltrato animal. Si bien tengo muchos años siendo vegetariana, estas discusiones han ampliado mis preocupaciones para accionar. He profundizado en las repercusiones del capitalismo, su estrecha relación con el patriarcado y la opresión femenina; el racismo y capacitismo;⁹ dispositivos funcionando conjuntamente en pro de la

⁹ Es aquella discriminación ideológica y material y consecuente opresión de las personas discapacitadas (sea esta física, mental, neurodiversidad o de desarrollo); es decir, se refiere a los prejuicios y los estereotipos que llevan a menospreciar a estas personas, considerándolas como personas rotas, incompletas y/o erróneas con base en lo que socialmente se considera la normalidad. Se expresa en la forma en la que nos referimos y cómo tratamos a las mismas, rechazándolas en la sociedad y no permitiéndoles disfrutar de los mismos derechos que el resto, en lugar de aceptar que simplemente tienen una funcionalidad diferente. Así, las personas discapacitadas terminan siendo etiquetadas por sus características biológicas, siendo sus

opresión gorda. Gracias al patriarcado y su fundamento, la jerarquización de géneros, es que se comprende el sexismo y cosificación al cual, las personas que al nacer somos asignadas como mujeres, somos confinadas (Rubin en Lamas 1996). Luego del desarrollo de las teorías marxistas y feministas, hoy no se cuestiona el que una parte considerable de la acumulación de capital o plusvalía, se genera gracias al trabajo “por amor” realizado por las mujeres (Engels: 2017, Federeci: 2015). El racismo y sus valoraciones sobre las personas (Espinosa, et al: 2014; Curiel: 2013) cuyas discusiones han puesto sobre la mesa cuáles son los cuerpos que importan (Butler: 2002) y cuáles pueden ser explotados o desechados políticamente (Mbembe: 2011) cuáles son los óptimos para que se perpetúe el sistema de producción y todos sus dispositivos hegemónicos (Silvestri: 2017). Los cuerpos de mujeres deben ser delgados (no gordos, porque así importan menos), de cualquier manera, pueden usarse (como los de todas las mujeres, incluso con un estándar inferior, son todavía mejores para el desecho), cosificarlos (son objetos, incluso fetichizados) y desaparecer. Qué es esto si no necropolítica y eugenesia.

Los feminismos, el zapatismo y mi gordura me han permitido posicionarme epistemológicamente un tanto al margen de las teorías hegemónicas. En mi visión de la realidad social están imbricadas las cuestiones de género, raza, clase y corporalidad (Davis: 2004, 2005)

También las escritoras tercermundistas y afroamericanas le dieron sentido a mis intereses políticos, intelectuales y literarios. En los últimos años, uno de los libros que han sido fundamentales es *Esta puente, mi espalda: Voces de mujeres*

opiniones y pensamientos minimizados o entendidos únicamente como consecuencia de su condición, convirtiéndolos en sujetos infantilizados y condenándolos a ser subestimados en sus habilidades, o viendo estas últimas únicamente como “**ejemplos de superación**”, lo que en el activismo disca se denomina como “Porno de Automotivación” y no es más que una forma de decir que, si alguien que es erróneo (discapacitado) puede, tú también.

El capacitismo, en consecuencia, es tanto ideológico como institucional, porque se expresa a través de pensamientos y palabras, pero también mediante diseños y formas de organización fijadas y legitimadas, plasmándose en leyes y estructuras materiales (arquitectónicas, urbanismo, sistemas educativos segregadores, etc) que terminan por suponer una barrera para este colectivo. Texto tomado de: <https://rebelionfeminista.wordpress.com/2018/07/06/capacitismo/>

tercermundistas en los Estados Unidos, compilado y editado por Norma Alarcón, Cherríe Morgara y Ana Castillo en 1988; ese texto contiene no sólo un complejo entramado teórico, sino también narrativo, erótico y altamente político. Una compilación de mujeres con las cuales me identifiqué; pobres, marginales, agudas, combativas, con un gran sentido de comunidad, contando su experiencia desde cada una de sus fronteras.

Me atravesó, desde el chakra corona hasta mi primer ancestra. Yo también me he sentido la extraña o excluida de los lugares a los que parece que debía pertenecer. Por supuesto, tengo mis fronteras. Amo a mi familia, pero reniego de los convencionalismos, el matrimonio, la monogamia y la heterosexualidad; disfruto la academia, pero no me agrada su carácter de superioridad, el extractivismo de saberes y la sobre intelectualización fatua. Adoro ser mujer, pero rechazo la maternidad y constantemente cuestiono mi propia feminidad. “Soy una chica güera vuelta morena por el color sangre de mi madre” (Moraga: (1988, p.16), y “estoy harta, enferma de ver y tocar ambos lados de las cosas, enferma de ser la condenada puente de todos” (Rushin, en Moraga op citp. p. 15i). Creo que mi visión personal es la base para la acción política, y que la casa del amo no se desmantela con las armas del amo (Lorde, en Moraga op cit p. 92). Esas son razones de fondo, por las que escribo esta autoetnografía.

Cuando Silvia Bénard me presentó la autoetnografía le hice mala cara. Tenía el mismo prejuicio de todos los que sólo miran por encima. Me propuso escribir desde mi experiencia gorda, cómo se interiorizaba y termina encarnada la opresión gordófoba. Me dio dos semanas para leer y tomar una decisión. Dudé, pero quise cumplir la promesa que me había hecho al ingresar al doctorado: esta vez no pondría resistencia, me dejaría orientar, en serio quería aprender algo nuevo. Me dio a leer dos textos que se han convertido en mis fundamentales: *Múltiples reflexiones sobre el abuso sexual infantil: Un argumento para una narración en capas* (Rambo: 1995) y *Ya es hora: narrativa y el yo dividido* (Bochner: 1997) De ambas lecturas me quedó la nitidez con que aprecia la estructura social, cómo se encarna y sus efectos cotidianos. Desde Weber aprendí

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

a apelar a la comprensión para discurrir sobre los fenómenos sociales, por tanto, cuando leía a Carol Rambo, pude penetrar en la experiencia del abuso sexual, hasta donde recuerdo yo no he sido abusada, pero leer su narración en capas me permitió observar con claridad las condiciones de exclusión social, capacitismo, pobreza y sexismo que son terreno fértil para que este fenómeno sea cotidiano. Como feminista en activo, pude conectar emocionalmente con la autora. Dice Brené Brown (2010) que sólo a través de la vulnerabilidad se puede conectar con otras personas. Y sin dicha conexión no se puede generar conocimiento que trascienda.

Tengo años dando talleres sobre violencia de género, hablando sobre las cifras de la violencia sexual padecidas por las mujeres, pero observar el fenómeno desde un ángulo íntimo, facilitó ver las correlaciones entre lo personal y lo político; sobre todo comprenderlas con el cuerpo. Por primera vez pude pensar con mis entrañas. Al leer a Carol Rambo sentí sus angustias, preocupaciones, goce o miedo, la vergüenza y su resiliencia ¿no son todas estas, parte de la condición humana? Luego de leer a Arthur P. Bochner no pude dejar de pensar en la escasa imaginación sociológica que puede caracterizar a aquellos argumentos que cuestionan la metodología autoetnográfica ¿en verdad sabrán sobre condiciones humanas? ¿cuál es su idea de colectividad?, ¿quiénes creen que integran al cuerpo social? ¿lo sociológico es sólo lo que se puede contabilizar? ¿no era esa ya una discusión superada para la teoría sociocultural? ¿más de cuántos casos de abuso sexual ya es un fenómeno social? Lo digo con sorna, ¿no había yo, aprendido ya de Audre Lorde que la casa del amo (conocimiento adusto) no se desmantela con sus herramientas?

Ando tanteando posibilidades, ya lo dije, no soy Foucault, me aproximo y busco lo que mi intuición sociológica me dice. Luego me jala lo aprendido desde la validez, confiabilidad metodológica; lo aprendido y valorado sobre las teorías sociológicas eurocentristas. Sigo en la frontera.

Recientemente me encontré un artículo donde le hacían una entrevista a Eduardo Punset, escritor español, e intentando sostener el uso del pensamiento racional, que en el contexto contemporáneo rige a la ciencia y al *conocimiento verdadero*¹⁰, señaló: "Y la posibilidad de error, usando la intuición es mil veces menor que usando la razón". Y Audre, siempre Audre y su poesía tan íntima que termina siendo mía también:

“Los padres blancos nos dijeron “pienso, luego existo”. La madre Negra que todas llevamos dentro, la poeta, nos susurra en nuestros sueños: “siento, luego puedo ser libre”. La poesía acuña el lenguaje con el que expresar e impulsar nuestra exigencia revolucionaria, la puesta en práctica de la libertad” (Lorde, op cit. p. 4)

La autoetnografía ha estado todo este tiempo pelándome los dientes.

Me dijeron que era la autoetnografía era verse el ombligo, que era muy poco para un doctorado, que no hablaría bien en mi currículum. Que no era importante hablar de una sola historia. Que no era sociológicamente válida. Que no generaría conocimiento confiable.

Ante la duda, procuraré ser prudente. No creo estar descubriendo nada nuevo. Pero sí considero que estoy rescatando saberes que fueron borrados, que aún son negados. Saberes que causan burla, desconfianza o aversión. En este tiempo y desde este cuerpo de mujer gorda, sostengo que han sido mal interpretados.

Me gusta pensar en la autoetnografía con una metáfora de Laurel Richardson:

“Propongo que el imaginario principal para “validar” los textos postmodernos no es el triángulo –uno, rígido, fijo, objeto bidimensional- Nuestro imaginario central es el cristal, que combina la simetría y la sustancia con una infinita variedad de formas, sustancias, transmutaciones, multidimensionalidades y ángulos de aproximación. Los cristales crecen, cambian y son alterados, pero no son amorfos. Los cristales son prismas que reflejan externalidades

¹⁰ Cursivas propias

y se refractan entre ellos mimos, creando diferentes colores, patrones y arreglos de *fundición* en diferentes direcciones. Lo que vemos depende de nuestro ángulo de posición. No triangulación, cristalización. Los textos que utilizan procesos analíticos creativos han pasado de la geometría plana a la teoría de la luz, donde la luz puede ser a la vez ondas y partículas.” (Richardson 2005).

Espero que aquí se encuentren con una autoetnografía que expone contra-saberes feministas gordos.

II.1. Para quien quiere encontrarle tres pies al gato. Proyecto de investigación

Definición del problema

Desde el siglo pasado se viene acrecentando aceleradamente el número de investigaciones que avalan la necesidad de hablar, explicar y comprender problemáticas de las mujeres. Existen innumerables estudios académicos que dan cuenta de la construcción cultural de la diferencia sexual¹¹, de cómo un cuerpo sexuado, desde su identificación prenatal y durante la socialización va aprehendiendo a construirse genéricamente; ser una mujer es un proceso que se enseña, se aprende y asume. Dicha necesidad revela por tanto atender al cuerpo como elemento material de su existencia.

Desde la premisa filosófica “una mujer no nace, se hace” de Simone de Beauvoir (1949), pasando por la crítica de Betty Friedan (1963) al sometimiento del trabajo doméstico al que se confinaba a las mujeres; la amenaza violeta con sus

¹¹ Para tener un panorama del recorrido histórico sobre los feminismos y su inserción al ámbito académico, consultar Serret, Estela, et. al. (2008). *¿Qué es y para qué es la perspectiva de género?* México: Instituto de la Mujer Oaxaqueña, Buenas prácticas.

reivindicaciones sobre anticoncepción y aborto; las escritoras tercermundistas como Gloria Anzaldúa (1987), Audre Lorde (1984) que nos hablan de sus cuerpos y experiencias como mujeres racializadas, lesbianas y pobres; Angela Davis (1981), bell hooks (1984) que manifiestan su condición de mujeres negras en una sociedad que las desconoce e infravalora; Judith Butler (1990) y Beatriz, hoy Paul B. Preciado (2002) exponiendo la violencia de la categoría género¹² y poniendo de manifiesto el gran abanico de posibilidades de identidad sexual y de género, hasta las investigaciones de feministas autónomas, comunitarias y anticoloniales como Silvia Federecci (2010), Silvia Rivera Cusicanqui (2015), María Lugones (2008) y Ochy Curiel (2013), con su urgencia de reconstruir epistemológicamente los saberes de las mujeres que no son europeas, blancas y de clases sociales privilegiadas, para todas las autoras mencionadas el cuerpo es el lugar donde se vive la opresión, se intuye la injusticia y se resiste.

La identidad de género y la sexualidad, la reproducción, la raza, la clase social; son categorías de análisis sociocultural encarnadas. Los cuerpos de las personas dan cuenta de ello. Tales categorías de forma recurrente coinciden en cuerpos que de forma colectiva e individual, vuelven manifiesto el sistema social imperante. Los cuerpos son importantes en la medida que su funcionalidad e intersección, configuran sujetos específicos, con experiencias de vida concretas.

Con la posmodernidad, se apareja la necesidad de representatividad; las corporalidades disidentes, entre ellas las de las personas gordas, han ido apareciendo como fenómenos plausibles de estudiar en las ciencias sociales. Sin duda, la preocupación actual al respecto está relacionada con el avance y los aportes analíticos desde los feminismos. Como se observa más arriba, en cada reivindicación por la que han luchado estos movimientos; el cuerpo ha sido el lugar donde cada una de las opresiones se ha materializado. Con especificidad, cuando se habla del cuerpo gordo, la atención se fija en aquellos cuyas formas

¹² Preciado (2002) considera la categoría de género como violenta en sí misma al obligar a identificarse binariamente sí o sí. La propuesta es a destruir el género como masculino y femenino, que no exista, de ahí que lo *queer* sea un espectro amplio de posibilidades de expresión identitarias, sexuales.

desmesuradas, grandes, grasosas, les catalogan diferenciadamente a aquellos que su apariencia se ciñe al estándar de normalidad que impera en el sistema sociocultural corriente. Esta condición de forma corporal, trae consigo experiencias simbólicas también diferenciadas; así como el cuerpo generizado explica la posición de las mujeres en el mundo, el cuerpo gordo es otra categoría que también sitúa y dota de significados específicos a quien lo vive. Tanto el género, como la corporalidad van delimitando experiencias, posibilidades, negaciones, estigmas, disciplina, emociones y deseos. ¿Qué de todas estas son descritas y comprendidas por mujeres gordas?

El orden social heteropatriarcal capitalista¹³ que impera, favorece, reproduce y alienta las condiciones de desigualdad en que viven las mujeres. El control sobre su cuerpo se ejerce para sostener los índices de natalidad, la maternidad obligatoria, pornografía, trabajo infravalorado o no remunerado, cuidado de la infancia y personas enfermas o ancianas, prostitución, trabajo de caridad, social y organización civil. El neoliberalismo necesita cuerpos de mujeres cansadas, enfermas, inseguras económicamente que perpetúen el ritmo de sus mercados farmacéuticos y estéticos, principalmente. Las mujeres al no poseer los mismos medios para producir que los hombres, se ven obligadas a hacer uso de su capital erótico: vender su cuerpo por tiempo, para disfrute sexual de otros; a poner su cuerpo para obtener los medios mínimos para sobrevivir: vientres subrogados, empleos pauperizados. La pobreza es femenina y los modelos económicos de crecimiento y desarrollo no hacen más que seguir ofertando desigualdad sustantiva para las mujeres. Si a esto se adhiere el hecho que hay gente pobre que es gorda también, se precisa observar detalladamente una comparación entre sueldos a nivel mundial entre hombres y mujeres, además de identificar el tipo de alimento al que tienen acceso las personas por sus condiciones materiales de vida.

¹³Me refiero a lo ya expuesto por feministas como Monique Wittig (2006), Adrienne Rich (1996) y Silvia Federici (2015) respecto a la existencia de un sistema ideológico que organiza, controla y soporta el sometimiento y la **opresión** de las mujeres a niveles emocional, sexual y económico.

En las coordenadas analíticas: género y cuerpo, la intersección: mujeres y gordura, necesita instrumentos metodológicos que permitan cavar profundo y buscar la abundancia del detalle, baste recordar que el propósito que aquí motiva es describir cómo se interioriza la opresión por cuestiones de gordura, cómo opera, que efectos produce, si hay agenciamientos en respuesta a ello, cuál es la acción social de estos cuerpos femeninos y gordos. Para satisfacer la lectura panorámica de estas dichas coordenadas, se utiliza la autoetnografía. Dicha intersección importa cuando se observa el mundo actual donde las fronteras impuestas al cuerpo por su género (existe una gran diversidad de identidades genéricas, orientaciones sexuales, expresiones de género) y peso (las identificaciones corporales) están en constante movimiento y reestructuración. Estamos en un momento en el que se percibe, más que en cualquier otro momento de la historia occidental, el control de los cuerpos, explícito: salud y estética, con su respectiva urgencia de generación de ganancias. De ahí el boom de productos y servicios que manejan discursos de aceptación a las “nuevas formas de ser mujeres” y a la diversidad corporal; haciendo de ello un plusvalor.

De acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) en 2015, en México el 51.4% de la población son mujeres, un poco más de la mitad de la población. También según la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición de Medio Camino 2016, se estimó que la obesidad en mujeres adultas tiene una prevalencia de 73% y en mujeres jóvenes de 12 a 19 años, del 39.2%.

Dadas estas cifras, no cabe duda de que este sector de la población, aparentemente invisible, tiene experiencias significativas desde el punto de vista sociocultural. Falta puntualizar ¿Quiénes hablan por las mujeres gordas? ¿Quiénes las explican?

En esta investigación, ha resultado fundamental escuchar voces de mujeres gordas, en primera persona, que expongan todo aquello *que sus cuerpos pueden*. Pensemos en las gordas que están cómodas en sus cuerpos, que no necesariamente están enfermas, las gordas veganas, las gordas atléticas; las

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

gordas tienen vidas profundas, creativas. El estigma conforma para todas, mandatos con sus correspondientes efectos sociales y psicológicos, casi siempre adversos, les (nos) ha expropiado la posibilidad de ser otras cosas que no sean cuerpos enfermos, tristes, rencorosos, envidiosos, perezosos, glotones. Haber subjetivado el estigma lleva a perseguir la normalidad corporal sintiéndonos siempre excluidas y erróneas. Las potencialidades de sus (nuestros) cuerpos sólo se advierte si escudriñamos en la experiencia, sus prácticas y empiria. Pensar en las potencias de los cuerpos de mujeres gordas, es contribuir al desmantelamiento del estigma, ampliar el campo vital para las gordas.

Hasta este momento el conocimiento generalizado sobre la gente gorda proviene de las ciencias médicas. Situación que no ha sido funcional para profundizar en la comprensión de este grupo poblacional, incluso gran parte de este discurso médico contribuye a la perpetuación de la opresión, el estigma y la exclusión. La gordura como situación de riesgo para la salud (de la misma forma que lo son, fumar, beber alcohol etcétera) no es condición concluyente para discriminar. Tratar con menosprecio a las personas gordas, viene principalmente amparado en estos discursos sobre salud. De ahí que resulta urgente hacer esta indagación que permita enlazar la experiencia personal con la experiencia sociocultural, que dé cuenta de estas condiciones.

Cada una de las acciones que se realizan en la vida cotidiana; desde públicas como trabajar, ir a al cine, hasta las íntimas e imperceptibles, como decidir qué comer o qué personas erotizan o no, implican la intervención del cuerpo. Toda existencia es corporal. El cuerpo es el lugar que alberga los aprendizajes y desde donde se colectiviza todo aquello que tiene sentido socialmente. Dice la filósofa autodidacta argentina Leonor Silvestri, en sus charlas y talleres, que no hay manera de ir al cuerpo, somos cuerpo. Por lo dicho hasta aquí, considero que es relevante estudiar el cuerpo gordo femenino, como *el* objeto de análisis sociocultural.

Planteamiento

Dice Virginie Despentes (2007) que la feminidad consiste en aprender a comportarte como un ser inferior. Por su parte, Naomi Wolf (1991) expuso en su *Mito de la belleza* que la dieta es un sedante político muy potente, que tienen poco que ver con la belleza y todo con la obediencia. Cuando se está en un estado de adormecimiento, se es dócil. La feminidad y la belleza exigen estar contenidos en un cuerpo delgado. La delgadez como dispositivo de control, opera eficazmente para todas las mujeres, independientemente de cuál sea la forma de su cuerpo; es el ideal a alcanzar, el pase a la aceptación social, a la cosificación sexual y a la elegibilidad.

El problema de investigación que aquí se desarrolla apunta a desentrañar lo que socioculturalmente opera en los cuerpos generizados como mujeres, cuya forma gorda no entra en el canon de normalidad imperante, que son considerados enfermos, además prejuiciados y estigmatizados por su aspecto; y que bajo ciertos condicionamientos determinan a su vez, experiencias corporales.

La conveniencia de realizar esta investigación radica en la necesidad de exponer de primera mano condicionamientos socioantropológicos encarnados. No se puede asumir sin más, al estigma como verdad que explica a las mujeres gordas. ¿Qué dicen y hacen de sí mismas las mujeres gordas dentro de una cultura que busca su desaparición simbólica y material? Este mandato de la feminidad, belleza y delgadez está íntimamente relacionado con una ocultación o cese de existencia; gran parte de este mandato se basa en perder peso, quitar las canas, el vello corporal, desaparecer las arrugas, los granos, las estrías, la celulitis, hacerse pequeñas, ocultarse. Ser vista sólo y solo si se cumple con el ideal. Lograr todo esto, a su vez es posible a partir de la disposición mercantil a la que las diferentes mujeres tienen acceso. Mujeres de estratos altos recurren a la medicina, a la industria médica de la “belleza” para alcanzar el mandato. Las mujeres de estratos bajos, recurren a tés milagrosos, fajas, por señalar algunos ejemplos.

Para acceder a una comprensión profunda del problema de investigación esbozado, es pertinente ir desentrañando o despejando cuestionamientos desde los más generales hasta los más concretos: ¿En qué consiste la opresión por cuestiones de gordura?, ¿cómo funciona dicha opresión?, ¿cuáles son los dispositivos que posibilitan su funcionamiento?, ¿qué del control corporal, del sistema de salud, sexismo/patriarcado/amor romántico heterosexual, de la religión, del mercado: farmacéuticas, moda, belleza?. ¿Cómo se explica y describe el estigma?, ¿cómo se configuran socioculturalmente la opresión por ser una mujer gorda?, ¿cómo se experimenta esta opresión?, ¿qué elementos en su historia de vida (epifanías, itinerarios, afectaciones alegres) ocurren y permiten resistir a la opresión y acuerparse?

Así se plantea el acercamiento a despejar estas cuestiones desde la autoetnografía, puesto que como señala Carolyn Ellis (2010), esta permite describir y analizar sistemáticamente experiencias personales para entender la experiencia cultural.

Los itinerarios corporales, por su parte, dice Mari Luz Esteban se entienden como:

“procesos vitales individuales, pero que nos remiten siempre a un colectivo, que ocurren dentro de estructuras sociales concretas y en los que damos toda la centralidad a las acciones sociales de los sujetos, entendidas éstas como prácticas corporales. El cuerpo es considerado, por tanto, un nudo de estructura y acción, el lugar de la vivencia, el deseo, la reflexión, la resistencia, la contestación y el cambio social, en diferentes encrucijadas económicas, políticas, sexuales, estéticas e intelectuales” (2004: 54)

En esta investigación ha sido fundamental el encuentro con otras gordas que resisten políticamente al mandato de infravaloración social, las he encontrado en muy diversas geografías y con procesos avanzados que dan cuenta de la experiencia de vivir su cuerpo gordo.

Lo más interesante de haberlas encontrado ha sido corroborar que su subjetividad está configurada en gran parte porque viven sistemáticamente actos opresivos por su gordura.

Desde sus propios itinerarios nos podemos dar cuenta que la opresión opera de forma semejante, en ellas también observamos la matriz de opresiones (las intersecciones se dan entre el sexismo, racismo, capitalismo, heterosexualidad obligatoria y capacitismo) que sostiene la que aquí se investiga. Para todas, el estigma sobre nuestros cuerpos ha permitido ser definidas por los demás; masculinidad, el sistema de salud hegemónico, infravaloradas, excluidas, vista y usadas como mercancías. Todas sentimos que no podemos existir en el mundo, porque no cabemos, porque la única invitación es a achicarnos a pasar desapercibidas.

Utilizar la metodología de los itinerarios corporales posibilita acercarnos a sus experiencias, mirarnos reflejos, hacer zoom para luego comenzar a tejer ese cuerpo gordo colectivo y plural que ansiamos.

Para efectos de esta investigación he observado los siguientes itinerarios corporales¹⁴:

1. Virgie Tovar, *Tienes derecho a permanecer gorda*. Estadounidense, chicana.
2. Magdalena Piñeyro, *10 gritos contra la gordofobia y Stop gordofobia y las panzas subversivas*. Uruguay emigrada a Islas Canarias, España.
3. Roxane Gay, *Hambre. Memorias de mi cuerpo y Confesiones de una mala feminista*. Afroamericana.
4. Phiona Stanley. *Walking to heal or walking to heel? Contesting cultural narratives about fat women who hike and camp alone*. Europea.
5. Saharrell D. Lockett, *Young gifted and fat. An autoethnography of size, sexuality and privilege*. Afroamericana.

¹⁴ En este apartado sólo señalo los itinerarios analizados.

6. Lucrecia Masson, *Epistemología rumiante y El cuerpo como espacio de disidencia*. Argentina, autodefinida como sudaka, radicada en Europa.
7. Constanza Álvarez, *La cerda punk. Ensayos desde un feminismo gordo, lésbiko, antikapitalista y antiespecista*. Chilena.
8. María Luisa Jiménez Jiménez, *Lute como uma gorda: gordofobia, resistências e ativismos*. Brasileña.
9. Gabriela Contreras, *Humedales*. Chilena.
10. Erika Bülle, *Cuerpa*. Mexicana.

A medida que avanzaba esta investigación, me percaté que sería interesante retomar a las diversas mujeres que había leído y que escribieron ya sobre sus experiencias desde el cuerpo gordo, me pareció que ellas de forma desordenada han ido alimentando la discusión sobre mi propio cuerpo, poniendo en jaque o engordando mi propia autoetnografía, de ahí que considero importante retomarlas y espejarnos. Finalmente las siento cercanas.

Sí, todas ellas son cuerpos singulares, concretos, individuales, así dispersas yo las he ubicado en este colectivo gordo que me permite hacer un marco sociocultural de su subjetividad, opresión y resistencia.

Justificación

La relevancia o trascendencia social versa en torno al hecho de que este análisis toca a un considerable número de la población, y aun siendo así, hay aún pocas investigaciones que aborden el fenómeno desde la profundización autoetnográfica, la socioantropología del cuerpo y los feminismos, al mismo tiempo. Es decir un acercamiento teórico que permita observar más detalladamente cómo están tejidas la opresión de género y la gordura, el funcionamiento interiorizado, casi imperceptible del estigma, las desventajas y avatares de la normalización de la burla, el menosprecio y la exclusión; la forma en que operan simultáneamente para su perpetuación.

A medida que ha avanzado la investigación, se han advertido prácticas corporales que anudan estructura y acciones individuales que son alternas a las normativas (mujeres hiper visibles, pero socialmente invisibles, mujeres alejadas corporalmente del deber ser femenino), que son ricas en contenidos culturales y que simplemente no se han visibilizado porque hay un discurso hegemónico que las castiga y omite.

Ha contribuido también, a poner de manifiesto otras formas de ser mujer, ampliando el abanico de libertades sustanciales para el ejercicio de la soberanía de las mujeres. Analizar la realidad cotidiana de un cuerpo gordo femenino, ha permitido además comprender la existencia social y cultural de ese tipo de corporalidades.

El aporte a nivel teórico proviene del análisis conjunto desde los feminismos, la socioantropología encarnada, la metodología autoetnográfica y los itinerarios corporales. El primero dota de herramientas para identificar que en la actualidad es imposible hablar de una sola identidad, las mujeres no son una masa homogénea, y en esa multiplicidad de identificaciones lo importante no es incrementar en plan victimario las opresiones que las atraviesan, sino observar de esa intersección entre ellas, las experiencias sustancialmente diferentes. La segunda provee un campo epistemológico extenso para indagar en la estructura y acciones sociales de las mujeres gordas en este lugar y tiempo, puesto que este cuerpo es culturalmente operante y está inserto en la trama de prácticas, se construye el cuerpo por su pertenencia y ejercicio social. Finalmente, el método autoetnográfico y los itinerarios corporales, facilitan la penetración y discernimiento comprensivo al enunciar desde las experiencias individuales, los actos políticos que sitúan la invisibilización o agencia de este tipo de mujeres.

Los beneficios de esta investigación son de utilidad teórica, académica y social, ya que pretende la intelección de los contenidos socioculturales opresivos que hacen operativas las desigualdades por condición de género y corporalidad.

Objetivo

El objetivo de esta indagación ha sido describir los elementos socioculturales estructurales y los procesos vitales individuales que encarnan las mujeres gordas.

En el proceso se ha investigado autoetnográficamente el trayecto en la interiorización de la opresión por cuestiones de gordura, la vivencia del estigma y sus efectos cotidianos, para identificar en dicho andar personal y subjetivo, elementos que den cuenta de la reevaluación, resistencia y agenciamiento de la gordura encarnada.

Se habla de opresión cuando se presenta una situación de desventaja o exclusión al que está sometido algún grupo. Las mujeres gordas experimentan limitaciones estructurales relacionadas con el menosprecio por su apariencia, prejuicios sobre sus hábitos de salud, conocimientos tergiversados sobre su psicología, mitos respecto a su identidad. Dicha opresión estructural es visible en la escasa representatividad en el arte, en la industria de la moda, en el descarte laboral por la forma en que lucen, en la falta de estudios socioculturales sobre este grupo de la población, alejados de la investigación médica que perpetúa el estigma (la gordura como enfermedad, una epidemia, por malos hábitos alimenticios y carencia de voluntad para “ser una mejor versión”), poca autoestima y rechazo social.

Las gordas reconocemos la mirada de reprobación sobre nuestros cuerpos, el juicio inmediato sobre nuestros cuerpos, vida y emociones. Hay una creencia de lo que somos con solo echar un vistazo. Estoy segura de que un alto porcentaje de las personas cree que una gorda es irremediamente una persona enferma. Las gordas así somos silenciadas. Nuestra presencia social siempre es explicada por otros, asumida como poco relevante. Recientemente una página de activismo gordo en redes lanzó la campaña #gordxscelebres para contradecir la creencia de que las vidas de las personas gordas no son importantes ni existen.

Hay un descarte naturalizado de nuestra existencia, de descrédito instalado en el imaginario social. Hemos aprendido a sentir vergüenza de nuestro cuerpo,

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

pensamientos y deseos. En este momento histórico resulta pertinente atender y descolonizar los preceptos sobre la gordura. Desestructurar el epítome de la belleza blanca, delgada, fitness. Repensar y redefinir los conceptos de salud, belleza, aceptación corporal o destruirlos.

Las gordas politizadas estamos creando nuevas historias de deseo y presencia social, fugándonos de los mandatos de género, sexuales, normativo corporales. Debe haber y hay otras maneras de ser gordas; la autoetnografía y los itinerarios que en esta investigación se retoman dan cuenta de ello.

Se precisa apuntar a la opresión por cuestiones de corporalidad gorda, aquí se registran experiencias, se piensa sobre ellas, se plantean alternativas de relación de diversidad corporal con el mundo, no de forma perniciosa. Se escribe aquí, esgrimiendo que el mundo de los saberes sociales, culturales y humanísticos conoce bastante poco de las mujeres gordas, puesto que nos han hecho, inventado, colonizado, desde lugares que nos son ajenos, mirados con desdén. Desde lugares que *no son el lugar/cuerpo de las mujeres gordas*.

Este estudio es un contra saber, porque es necesario acuerpar las experiencias invalidadas por la vulgar (en el sentido de simpleza y análisis poco profundos) patologización de la gordura, porque hay historias aún no contadas, de las que se desconoce su posible aporte, que enriquecen la diversidad corporal y desmontan cánones de apariencia nocivos. Espero que este trabajo pueda contribuir a anunciarlas, a que aparezcan en el mapa social, alejadas del estigma médico, el fetiche sexual y la broma segura.

Metodología

El cuerpo es una situación, nuestra comprensión del mundo, el boceto de nuestro proyecto.

Simone de Beauvoir.

La investigación que aquí se presenta es sociocultural, cuyo enfoque analítico proviene de la socioantropología del cuerpo y los feminismos. Es un estudio

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

sociocultural, puesto que interesa describir las conexiones estructurales y personales encarnadas en el cuerpo gordo femenino. Siguiendo a Rosana Reguillo:

“se reconoce a la cultura como una dimensión co-constitutiva del orden social, esto lleva a pensar a la sociedad como un movimiento continuo donde los sujetos desde distintas posiciones (por ejemplo de clase, de género, de etnia) van apropiándose, produciendo y transformando distintos significados sociales”. (Reguillo 1998, p.21)

Aquí interesa justamente observar cuál es ese proceso y dónde coloca a este tipo de mujeres. La importancia de observar este problema de investigación desde la socioantropología encarnada, tiene que ver con el hecho poco estudiado de que cada aspecto de la vida cotidiana conlleva la intervención del cuerpo. Observar al cuerpo como fenómeno sociocultural permite trazar semánticamente su relación con el mundo. En concreto, si se advierte analíticamente, será posible observar la encarnación de todo aquello que lo configura estructuralmente; el cuerpo de las mujeres gordas como *EL* lugar objeto central de investigación. El cuerpo por sí mismo explica la existencia social. Dice Mari Luz Esteban:

“el cuerpo no es un objeto de estudio más ni un mero signo, símbolo, significado, o espejo y mediador de la cultura, si no *el* objeto central de la investigación: un cuerpo huérfano epistemológicamente, prisionero de un dispositivo de dominación (citando a Foucault) pero al mismo tiempo libre del mismo, un cuerpo agente, sujeto.” (2008, p.137)

Por otra parte, la perspectiva de análisis feminista dota de una visión crítica de larga tradición sobre cuestiones referentes a las opresiones vividas por las mujeres a lo largo de la historia. Gracias al conocimiento generado desde esta perspectiva, en la actualidad podemos hablar de cómo el género configura a los grupos sociales y las relaciones entre sus integrantes; cómo el reconocimiento de los cuerpos sexuados define la forma en que se experimenta el mundo; cómo la condición biológica de los cuerpos determina la posición de privilegio o desventaja

en las sociedades; la manera en que el control sobre el cuerpo de las mujeres continúa siendo la herramienta primigenia de dominación. Es fundamental el pensamiento feminista para seguir la observancia de elementos de opresión que persisten operativamente en los cuerpos de las mujeres. No se puede pensar la opresión sobre los cuerpos gordos femeninos sin el conjunto de relaciones que la configuran, es decir, sin buscar en los análisis feministas sobre el colonialismo, el patriarcado y el capitalismo que se interseccionan para su existencia.

Hacer autoetnografía sirve para observar, exponer y explicar empíricamente con mayor cercanía y profundidad la experiencia de vivir la opresión por tener un cuerpo gordo. Carolyn Ellis, Tony E. Adams y Arthur P. Bochner (2010) citan una entrevista personal realizada a Mitch Allen: “Lo que hace tu historia más válida es que tú eres un investigador. Tienes un conjunto de herramientas teóricas y metodológicas, y bibliografía que puedes usar. Esa es tu ventaja” (p.8) Hacer autoetnografía no implica sólo contar tu historia sino explicarla, ejercer la reflexividad sobre ella con las herramientas que las ciencias sociales y humanas han dispuesto. En palabras de Guber (2001) la reflexividad; es decir, “la conciencia de quien investiga sobre su persona y los condicionamientos sociales y políticos” (p. 48), equivale aquí al posicionamiento epistemológico expuesto.

Todos los cuerpos dan cuenta de su situación en el mundo, de la forma en que se comprende y vive. Las categorías género y gordura apuntan a ello. Se encarnan cuando se asigna un género al nacer y toda la construcción sociocultural en torno al respecto; cuando se crece aprendiendo a controlar lo que se come, exigiendo cumplir con la forma aceptable del cuerpo, según las normas hegemónicas; cuando la ropa que se viste o los productos (de higiene personal, por señalar ejemplos de los que se usan sobre el cuerpo) que se consumen definen correlativamente el estrato económico al que se pertenece.

Para esta investigación sociocultural desde la autoetnografía, ha sido importante desentrañar lo que opera en *este tipo de cuerpos*; escudriñar en aquello que les configura y determina, en todo eso que anuncia su experiencia corporal.

A las mujeres gordas se les ha hecho el cuerpo. Se ha definido a partir de las carencias, de lo que no se es respecto al cuerpo delgado normativo. La definición de estos cuerpos está tan cargada de estigmas, prejuicios y adjetivos peyorativos que puede resultar difícil que se piense alternativamente en una definición positiva. En ese sentido las gordas no son dueñas de su cuerpo; el sexismo y la discriminación por el peso van de la mano y operan de la misma forma sobre las corporalidades femeninas. Tampoco son propietarias de sus deseos, se les conmina siempre a guardarse sus aspiraciones, se les considera poco inteligentes, perezosas; se les impone la vergüenza y culpa, mejor ocultas tras la ropa, responsables por no tener el cuerpo que se exige, el normal/delgado/sano/bello/deseable.

En este análisis autoetnográfico, se consideró importante, toda vez identificada la cotidiana carga patologizadora y de infravaloración, comenzar a preguntar, indagar cómo se autoaprecia una mujer gorda, más allá de lo que se dice que es o por aquello de lo que cree que carece, por lo que ha experimentado, por las reflexiones que traban sobre el cuerpo. La corporalidad y género, entendidas como potencias: *qué hacen*, no sólo qué son.

Que esta investigación sea una vía que permita esclarecerlo, ponerlo de manifiesto. Urdir desde la experiencia cotidiana lo impuesto socioculturalmente. Trazar las conexiones entre estructura y procesos vitales individuales, su agencia, panorama que se observa profundamente rico gracias al método autoetnográfico. Es, por tanto, útil académica y socialmente, ya que pretende la identificación y comprensión de los contenidos que hacen operativas las desigualdades de género y corporalidad.

En esta investigación se ha partido además de un fundamento de interés socio antropológico; toda persona tiene derecho a compartir su historia (Ellis; 2010, Benard Calva; 2014). La autoetnografía es un acercamiento entre la investigación y la escritura; un proceso y producto, perspectiva que reconoce la subjetividad. (Ellis; 2010)

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

Las mujeres gordas hemos sido silenciadas, lo aprendido sobre nuestro cuerpo viene desde la exclusión y la invisibilidad. Ha sido primordial registrar experiencias de opresión, de vergüenza, de vulnerabilidad, de marginación social. Son más convincentes y confiables las experiencias conectadas por las emociones; más que recurrir únicamente a una verdad intelectual, con la autoetnografía se tiene la concreción de la aceptación de una realidad compartida.

He querido investigar sobre mujeres gordas no porque deseé apuntar solamente lo mal que se siente cuando nos menosprecian, sino para que se pueda identificar cómo funciona la opresión, qué la soporta, cuáles elementos de nuestra cultura la alimentan. La autoetnografía ha sido estupenda para ello. Es manía sociológica que se vea en la vida cotidiana la función de las estructuras sociales, la forma en que opera y sus estragos en la vida de este grupo de personas. Lo que caracteriza/identifica a estas personas, va más allá de su talla o sus kilos. Se pretende que al leer una experiencia cotidiana concreta, recuperada de la memoria, se sepa qué constituye o forma a la vergüenza, que se vea cómo se ha internalizado, qué elementos de la vida social fomentan que tan frecuentemente se vea con pena y desprecio a una gorda.

Con la autoetnografía se logra que otras mujeres puedan identificar lo artificioso de la opresión, que a partir de ello puedan resistirla y comenzar a construir un aprecio por sí mismas, comenzando por su cuerpo gordo, de ahí que la considero un elemento metodológico excepcional.

Gracias al registro de experiencias personales, alumbradas por datos y teoría, se pueden poner de manifiesto el contenido subjetivo y de prácticas corporales que las mujeres gordas comprenden a la perfección pero que no se habla sobre ello. Por ejemplo, las reacciones físicas de vergüenza por usar trajes de baño o ropa que muestre el cuerpo grande; es común ver a las gordas ponerse la bolsa, el cojín y el suéter para tapar la panza cuando se sientan en algún lugar público; las gordas suelen aparecer en las fotos grupales hasta detrás; se aprende a estirar disimuladamente la ropa todo el tiempo para que no se marquen las lorzás.

La que escribe aquí no recuerda ser gorda, tener una panza protuberante, sino hasta que alguien la mira con asco, desprecio o asombro. ¿Sabrán las personas delgadas lo que es y los sentimientos de inferioridad que cultiva esa mirada? Hay que hablarlo con contundencia.

Sabemos poco sobre estas experiencias corporales, es preciso que se discorra sobre ellas, sus significados y relación con el mundo. Espero que esta investigación, contribuya a anunciar dichas estructuras, que aparezcan en el mapa sociocultural, ojalá se pueda lograr que lo hagan en algún momento próximo sin cargas patologizantes, fetichizadas o hilarantes.

Con Sarah Corona (2012) sostengo que la utilización de métodos horizontales tiene su razón de ser cuando la pretensión de quienes investigan es hacerlo a partir de la igualdad, con una mirada autónoma. Se advierte desde el planteamiento de la investigación, que aquellas a las que se investigará no son *otras*, vistas desde la mirada hegemónica y académica de quien las estudia; previamente se intuye que una posición jerárquica entre quien investiga y quienes son investigadas, conlleva una discriminación, que, a su vez, obstruye lo que se pretende descubrir. Se parte también de la idea que práctica política, experiencia de vida y teoría son difíciles de separar y que es posible generar conocimiento desde ahí. “Llevar al ámbito de la investigación el principio de la praxis como generadora de conocimiento modifica la dirección que toma el proceso. Partir del sujeto¹⁵ en el trabajo de campo, pero reconocer su agencia y su discurso, considerarlo político, exige una forma distinta de enfrentar el proceso investigativo” (p. 89). Entre la gorda que investiga y las gordas que estudia, se debe establecer una autoría dialógica para identificar esa estructura de opresión que interesa poner de manifiesto; autoetnografía feminista para la que investiga e itinerarios corporales para las mujeres que se investigan.

A lo largo de la historia de las reivindicaciones feministas, se ha puesto al cuerpo en el centro de la lucha. Dice Charlotte Cooper que la gordura es un asunto del

¹⁵ La autora lo escribe en masculino.

feminismo (Contreras, Cuello 2016), que tiene pendiente hablar sobre las mujeres con corporalidades no normativas, puesto que incluso dentro del movimiento feminista, se invisibilizan las experiencias de las mujeres gordas, las descartadas del servicio heterosexual, que al no ser objetos sexualizantes para el disfrute masculino se las despoja de su feminización. Dice Cooper, que de esas mujeres el feminismo no ha hablado.

Pero no sólo es hacer visible su experiencia, aquí he creído fundamental analizar el sistema que las niega y su historicidad. Contar sus experiencias sin un escrutinio crítico de aquello que las conforma, es reproducir también esas prácticas normativas que las oprimen. Lo importante aquí es problematizar las experiencias gordas de estas mujeres, *explicar la experiencia*, desenmascarar los fundamentos de su existencia y desfundar sus prácticas opresivas y estigmatizantes; es decir, historiar su experiencia.

“Hacer visible la experiencia de un grupo diferente pone al descubierto la existencia de mecanismos represivos, pero no su funcionamiento ni su lógica internos; sabemos que la diferencia existe, pero no entendemos cómo se constituye relacionamente. Para eso necesitamos dirigir nuestra atención a los procesos históricos que, a través del discurso, posicionan a las sujetas y producen sus experiencias. No son las individuos las que tienen la experiencia, sino las sujetas las que son constituidas por medio de la experiencia...*La experiencia se convierte... en aquello que buscamos explicar*¹⁶, aquello acerca de lo cual se produce conocimiento. Pensar de esta manera en la experiencia es darle historicidad, así como dar historicidad a las identidades que produce”. (Scott, 2001, p. 49)

La ciencia se escribe, dice Feliu (2007) y le guste o no a la academia, es un tipo de literatura. Aquí se toma a la práctica analítica creativa como “una forma de resistencia a las modalidades del control social que marginan narraciones alternativas. En ese sentido, permiten destacar las convenciones sociales junto

¹⁶ Cursivas propias

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

con las opciones morales y éticas de la investigación” (Feliu, 2007, p. 267). Dado el cariz de esta investigación, se considera que el rescate e historicidad crítica de la experiencia en condiciones de igualdad con las mujeres gordas, va acorde a la narrativa que la investigadora también puede aportar y analizarse problematizándola.

Para Carolyn Ellis, Tony E. Adams y Arthur P. Bochner, la autoetnografía es “investigación, escritura, historia y método que conectan lo autobiográfico y personal con lo cultural, social y político.” (En Bénard, 2020, p18). Es una herramienta que desafía las formas clásicas de hacer investigación social cualitativa, de analizar y pensar en las otras, puesto que, por su fundamentación misma, hacer investigación es un acto político. Así, a la usanza feminista que esgrime la famosa frase del movimiento “lo personal es político”, que hace alusión a que el conocimiento personal, de la experiencia de quien investiga (y de quienes son investigadas) sobre su (s) opresión(es), es a la vez resistencia y generación de conocimiento.

Que no preocupe la validez sobre esta *práctica analítica creativa*¹⁷ (autoetnografía), puesto que, al fungir como alternativa de investigación, dicha validación provendrá de “su capacidad de evocar que el sentimiento de la experiencia narrada es plausible, que lo contado es verosímil, posible, factible”. (Feliu, 2007, p. 269).

Siguiendo a Bénard (2014) es importante escuchar los datos, continuar el ejercicio fundante que hacen quienes realizan investigación sociológica: ponerse en los zapatos de las otras, lo personal es social y, a través del análisis crítico de reflexión introspectiva de quien investiga, se puede comprender al contexto sociocultural considerablemente.

¹⁷ Término acuñado por Laurel Richardson (2000) que Feliu traduce como *prácticas analíticas creativas* y Bénard (2020) como *procesos analíticos creativos*. Richardson hace alusión a los procesos que se presentan en la etnografía al margen de la escritura científica convencional, apunta que son formas válidas de representación de lo social porque están más apegadas a lo que experimentamos y entendemos como mundo social.

III. Confabulario gorde. Análisis dialógico con los itinerarios corporales

En este capítulo tengo como propósito dejar asentadas las claves teórico-metodológicas que facilitan observar de manera analítica la experiencia de las historias ya publicadas de mujeres gordas que denomino por mera practicidad metodológica, itinerarios corporales.

Soy una autoetnógrafa en ciernes y me interesa considerar las formas en que otras mujeres gordas han experimentado de forma personal su cuerpo no normativo, porque al leerlas pude claramente identificar mi propia experiencia de opresión. Quienes hacen autoetnografía, dicen Carolyn Ellis, Tony E. Adams y Arthur P. Bochner:

...deben considerar las formas en las que otros experimentan epifanías similares; deben utilizar la experiencia personal para ilustrar facetas de una experiencia cultural y, así, hacer que las características de una cultura sean familiares para los del grupo y los externos. (En Bénard Calva, 2019, p 22)

A los textos que confluyen para comprender la experiencia cultural los llamo itinerarios corporales porque los entiendo como:

...procesos vitales individuales, pero que nos remiten siempre a un colectivo, que ocurren dentro de estructuras sociales concretas y en los que damos toda la centralidad a las acciones sociales de los sujetos, entendidas éstas como prácticas corporales. El cuerpo es considerado, por tanto, un nudo de estructura y acción, el lugar de la vivencia, el deseo, la reflexión, la resistencia, la contestación y el cambio social, en diferentes encrucijadas económicas, políticas, sexuales, estéticas e intelectuales” (Esteban, 2013, p. 58)

Dichas historias las presento como *confabulario* bajo dos acepciones: la primera es que ya dispuestas juntas, es apreciable la variada riqueza textual de sus aportes, tanto biográficos como literarios y etnográficos respecto a sus cuerpos gordes, lo cual me evoca al libro “Confabulario” de Juan José Arreola (1999). Además, la segunda y que atesoro con profundidad, es que cada itinerario ha sido para mí una invitación a convenir entre gordas una forma cruenta de cuestionar al sistema social gordo odiante en que fuimos socializadas; fueron cada una en su momento, maneras de ir acordando fugas que crearon potencias para estar y ser a nuestras anchas. Leer a otras gordas, escucharlas, verlas con toda su magnificencia o vulnerabilidad ha sido la confabulación más deliciosa en el agenciamiento de mi propia gordura.

Los apartados siguientes están dispuestos con la intención primero, de exponer los debidos cuerpos teóricos que favorecen a la explicación del fenómeno. Luego problematizar sobre los usos socioculturales del cuerpo gordo femenino para aproximarnos a su observación comprensiva, finalmente de la resistencia corporal frente a la obcecada persistencia del estigma por cuestiones de gordura.

En julio de 2019 acudí al seminario-taller “Desde nuestros cuerpos: género, salud y autoetnografía” en el Colegio de San Luis Potosí (COLSAN) invitada por la Dra. Mónica Luna. Ahí conocí un poco más a profundidad la propuesta metodológica de los Itinerarios corporales.

Para ese entonces ya había leído prácticamente todos los textos de las gordas con las cuales luego dialogaría analíticamente, sólo que no lo sabía aún. Tenía serios problemas personales con las críticas (la propia principalmente) respecto a la confiabilidad y generalización de lo que pudiera arrojar mi tesis autoetnográfica. Me incomodaba eso de que el análisis de una historia individual no era suficiente para comprender la complejidad de un fenómeno sociocultural; poco después profundizando en la metodología autoetnográfica, dicha incomodidad se disipó. Pero antes de esto, leyendo a Mari Luz Esteban “Antropología encarnada. Antropología de una misma” (2004) y “Etnografía, itinerarios corporales y cambio

social: apuntes teóricos y metodológicos” (2008) es que las piezas faltantes fueron embonándose con suficiente consistencia. Estas lecturas terminaron siendo el elemento que consideré sería suficiente para apaciguar mis occidentales y colonizadas ganas de lograr la lógica interna de mi investigación y su rigor metodológico.

Pensé en hacer entrevistas a profundidad, grupos de discusión y constantemente recopilaba datos informales con mis amigas gordas, pero la escritura autoetnográfica absorbía mi atención y tiempo. Ahora sé que haber realizado esas entrevistas sin haber avanzado en mi propia exposición de experiencia gorda habría sido una pérdida de tiempo. Involucrarme en mi primer itinerario o proceso autoetnográfico ha sido fundamental para volver y buscar con mayor afinación las resonancias en los textos de estas gordas.

Casi al finalizar el año 2019 continuaba volviendo una y otra vez a cuestionarme sobre otras gordas y tuve un momento de revelación. Hacía un par de meses que había regresado del Primer Encuentro de Activismos Gordes en Bogotá, Colombia, y durante el evento les comenté a algunas compañeras participantes mi interés por entrevistarlas, habían accedido. Ya de vuelta, en mis labores cotidianas, me dediqué a realizar la lista de posibles informantes, me di cuenta de que las había leído prácticamente a todas. ¡Ya tenía sus itinerarios corporales! Cada una de manera aislada, habían escrito sobre su gordura y sin habérmelo propuesto eran fundamentales para que yo estuviera intentando descifrar intelectivamente mis zozobras personales.

Gracias a lo cuestionado y aprendido en sus textos, había sido capaz de convertir esas inquietudes en una investigación formal, ¿por qué no retomarlas y dialogar con lo que ya habían expuesto y que me hacía replantearme mi propio itinerario corporal? A medida que me adentré, me percaté que los textos no solamente eran ricos en evocaciones para inspirar mi activismo gorde, sino que pasaban de la misma manera que mi autoetnografía por una profunda revisión teórica, lugares políticos en común, análisis y cuestionamientos crudos al mundo que las rodeaba.

Pensé que no podía ser una casualidad, todas de tan diversas latitudes del mundo y ¡Eureka! Era mi forma de comprobar (para quien lo necesitara) la lógica del sistema de opresión gordófono, apelar a sus experiencias para compararlas (por necesidad y necesidad) con la mía.

Las historias a las que me refiero son las siguientes:

Itinerarios Corporales Gordes	Obra donde narran sus experiencias gordas	Sólo algunas cuestiones referenciales
Virgie Tovar	<i>Tienes derecho a permanecer gorda.</i>	Estadounidense, americana con ascendencia latina, Fatshionista.
Magdalena Piñeyro	<i>10 gritos contra la gordofobia.</i>	Uruguay emigrada a Islas Canarias, España, activista y escritora.
Roxane Gay	<i>Hambre. Memorias de mi cuerpo.</i>	Afroamericana, bisexual, escritora.
Phiona Stanley	<i>Walking to heal or walking to heel? Contesting cultural narratives about fat women who hike and camp alone.</i>	Escocesa, académica.
Saharrell D. Lockett	<i>Young gifted and fat. An autoethnography of size, sexuality and privilege.</i>	Afroamericana, actriz de teatro.
Lucrecia Masson	<i>Epistemología rumiante.</i>	Argentina, transfeminista, sudaka,

		radicada en el reino de España
Constanza Álvarez	<i>La cerda punk. Ensayos desde un feminismo gordo, lésbiko, antikapitalista y antiespecista.</i>	Chilena, lesbiana, antikapitalista y antiespecista radicada en Brasil.
María Luisa Jiménez	<i>Lute como uma gorda: gordofobia, resistências e ativismos.</i>	Brasileña, filósofa y activista académica.
Gabriela Contreras	<i>Humedales.</i>	Chilena, torta lesbiana antirracista.
Erika Bülle	<i>Cuerpa. Herramientas para una gorda rebelde.</i>	Mexicana, activista y performer gorda.

Tabla 1. Itinerarios corporales

III.1 Teoría socioantropológica feminista encarnada

La propuesta analítica de los itinerarios corporales proviene de un contexto *teórico* concreto que comparto: antropología y sociología del cuerpo, feminismos e investigación auto reflexiva o desde una misma.

Es fundamental explicitar el andamiaje de ideas y saberes con el que me acercado como investigadora a los textos arriba señalados. De ahí que hablo de una teoría *socioantropológica*, podría parecer redundante, sólo quiero apuntar que utilizo la palabra compuesta porque mi formación como socióloga y mi inclinación por analizar la cultura y utilizar métodos cualitativos, me ha mantenido muy cerca de la

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

antropología. Además, considero que la palabra bien denota lo que quiero alcanzar con esta investigación en curso: anudar de alguna forma la reflexión social con la antropológica; enlazar la estructura y la acción, que sean observadas las condiciones materiales de vida y las subjetividades. Ya hay un despliegue importante de teorías y aproximaciones a ello, lo que quiero decir con esto es que la experiencia vista y vivida individualmente desde nuestros cuerpos gordos (la mía y la de los itinerarios) permite comprender la forma en que nos relacionamos socialmente y cómo está dispuesta (desde estos cuerpos) la complejidad estructural de la cultura.

Digo socioantropología porque quiero dejar en claro que, aunque entiendo que la antropología estudia al ser humano de forma integral, el análisis que propongo no deja de lado las condiciones estructurales o materiales de ese ser humano estudiado. No entraré en la discusión entre individuo y estructura, sólo quiero apuntar que es un acercamiento complejo e interseccional que abreva de ambas disciplinas, que intenta sistematizar aportes de una y otra para explicar y comprender la opresión que viven los seres humanos feminizados con cuerpos gordos. Esto es, en un tiempo concreto desde diversas geografías, ascendencias raciales e identidades sexuales, pero con experiencias corporales similares.

Apuntar *feminista* apela también a un contexto específico tanto teórico como epistémico, no hubiera podido llegar a plantearme reivindicaciones sobre mi propio cuerpo generizado, mercantilizado y gordo de no haber pasado por los feminismos. Me hice feminista antes de ser investigadora. Por tanto concuerdo con la propuesta de Mari Luz Esteban (2013a), me interesa mostrar las historias de los itinerarios corporales porque desde que los leí, además de hablar de condiciones y experiencias de vida adversas y dolorosas, en cada una de ellas pude encontrar formas de expropiar su cuerpo, resignificarlo, es decir, ellas y la explicación de sus experiencias son ejemplos de agenciamientos; tampoco sin haber atravesado el feminismo hubieran podido llegar a los lugares de crítica que nos muestran en sus textos.

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

Nuevamente siguiendo a Esteban (2004a) digo *encarnada* para señalar la traducción al castellano del término *embodiment*, el cual es central para quienes estudian el cuerpo. Con esta noción:

“se quiere superar la idea de que lo social se inscribe en el cuerpo, para hablar de lo corporal como auténtico campo de la cultura, como «proceso material de interacción social» (Csordas, 1994) y subrayar su dimensión potencial, intencional, intersubjetiva, activa y relacional. El cuerpo es, así, considerado «un agente y un lugar de intersección tanto del orden individual y psicológico como social; asimismo, el cuerpo es visto como un ser biológico pero también como entidad consciente, experiencial actuante e interpretadora (...) La dimensión interactiva de la agencia adquiere un significado más amplio cuando el actor social es entendido como un agente encarnado» (Lyon y Barbalet, 1994, pp. 55, 63).” (En Esteban, 2013b, p. 25)

Mostrar dicho agenciamiento supone un desplazamiento epistemológico que va desde la visión del cuerpo como objeto que se estudia, al cuerpo subjetivado sin dejar de lado sus condiciones materiales de existencia y sus consecuencias concretas. Como ejemplo, diré que tengo meses observando en redes sociales a profesionistas de la nutrición con cuerpos hegemónicos que se anuncian aliadas y activistas contra la gordofobia. Ofertan sus servicios o hablan de nutrición para todos los cuerpos. Me parece riesgoso ese acercamiento, no porque les considere incapaces para explicar la realidad que vivimos las personas gordas, sino porque para mí, como gorda, es evidente que hablan sobre el cuerpo (que no habitan) y ese “sobre” ya implica además una posición jerárquica. Al interior de las ciencias sociales hay una discusión profunda sobre los peligros de estudiar a los otros desde lugares de privilegio, sobre cuestionar con suficiencia los límites interpretativos de aquel que llega a observar a los grupos o culturas a las que no pertenece. Esa es otra de las razones por las cuales aquí, tanto el uso del método autoetnográfico como el de los itinerarios corporales son fundamentales, estos desafían las formas de hacer investigación y de representar a los otros.

Creo que es probable que haya quienes no sean personas gordas y alcancen a percibir la opresión por cuestiones de gordura y quieran sumarse a contrarrestar el maltrato social. Sí considero necesario que los discursos sobre activismo gorde sean difundidos y escuchados, pero también se debe tener en cuenta que se corre el riesgo de que frente a la excesiva repetición se trivialice todo este sistema de ideas que deberían funcionar para subvertir de fondo las condiciones en que vivimos las personas gordas. Hay serias posibilidades de que la repetición del discurso de la diversidad y aceptación corporal no nos lleve más allá de la mera ilusión de que las condiciones de opresión por cuestiones de gordura hayan sido superadas. Por un lado, es apreciable el crecimiento del mercado de productos de diversa índole para personas con cuerpos no normativos y por el otro, el también apabullante aumento del mercado de la dieta y de su versión más actual, la cultura fitness.

Una cosa es hablar del cuerpo de otras personas a quienes consultas, son tus pacientes o usuarias, y otra hablar con y desde el cuerpo; lo que quiero analizar/explicar/comprender del cuerpo no está afuera objetivado, sino que se habita, por tanto, aquellos análisis o explicaciones que puedan arrojar sobre cuerpos como el mío están epistemológicamente sin agencia gorda. Las herramientas que sostienen la cultura de la dieta (salutismo y todas sus demás imbricaciones) jamás subvertirán la cultura de la dieta y lo fitness, si me permiten el parafraseo a la célebre frase de Audre Lorde “Las herramientas del amo jamás destruirán la casa del amo” (1984) El riesgo latente es el desplazamiento usual del saber y la experiencia de quien vive la opresión por aquellas personas que no lo viven pero que por su propio lugar social de privilegio son escuchadas, creídas. Así lo que prevalece es la narrativa de quien siempre estuvo en una posición social jerárquica superior. Luego del confinamiento por la COVID, un grupo de mujeres feministas convocaron a un conversatorio sobre el tema de la gordofobia. Había varias participantes delgadas, así que cuando intenté formular lo que acabo de describir, una filósofa delgada intentó quitarle hierro a la situación incómoda que se creó por el encontronazo de puntos de vista, con entusiasmo y gracilidad

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

nos dice: ¡qué interesante, a mí me encanta la discusión, la confrontación de ideas! Consciente de la implicación de lo que acababa de decir, reviré preguntándole por qué le parecía la opresión que vivo cotidianamente como gorda y las gordas en general una entretención intelectual. El maltrato frecuente que vivimos como personas gordas no tendría por qué ser divertimento teórico. Calló.

Considero que cuando se quiere ser aliada de un grupo en condiciones de opresión, desde esta perspectiva el paso primero debería ser escudriñar en aquello que se sabe con y desde el cuerpo respecto al orden en el que se está. Es indispensable replantearse continuamente y con suficiente consistencia las prácticas discursivas materiales que jerarquizan nuestros cuerpos. Abanderar la aceptación corporal o el defender el discurso del cuidado de la salud sin cuestionar las demás opresiones imbricadas (raza, clase, escolaridad, etcétera), las cuales son a la vez soporte de cualquier opresión no nos llevan a otro lugar sino a la continua producción y reproducción de la misma clasificación corporal vertical. Una revisión rigurosa de ello, además de una vigilancia activa de lugar social de la corporalidad, sería, eso sí, políticamente crítico y activo.

El ejercicio que propongo al revisar los textos ya publicados de otras mujeres gordas no es con el afán de realizar un ortodoxo análisis científicamente riguroso, no tengo interés por diseccionar las experiencias. Me interesa más que hablar de ellas, conversar con ellas. Realizar un análisis dialógico epistolar, rastrear las coincidencias, como investigadora me ocupa el aportar el hacer comprensible la función del fenómeno, porque con un cuerpo gordo aprehendí el mundo, con un cuerpo gordo estudié sociología, con un cuerpo gordo de mujer comprendí los feminismos, con un cuerpo femenino gordo y de clase trabajadora es que he vivido opresiones. Antes de ser investigadora, soy gorda y así quiero engordar otros mundos posibles, fuera de este que produce y reproduce opresiones, otros mundos donde se viva con desobediente alegría. Esta alegría, es justo la que me topé en los diferentes textos de los itinerarios corporales. Considero que apelar a la experiencia es apostarle al camino donde podemos reconocer nuestros

recovecos, fortalezas, vulnerabilidades y dolores; la experiencia me parece una ruta corta a comprender nuestras realidades compartidas, sobre todo las opresivas

La intención pues, es dejar claras las condiciones de las formas en que hemos vivido la opresión por tener cuerpos gordos, cómo interiorizamos dicha opresión y cómo la hemos aprendido a resistir y reedificar nuestras vidas.

Los itinerarios corporales que referencio aquí son evidencias que hacen verosímil mi propia existencia, son descripciones densas de nuestras vidas en estos cuerpos gordos. Son herramientas que rompen con las normas canónicas de hacer investigación, porque todas las explicaciones de nuestras experiencias personales juntas nos permiten comprender el fenómeno cultural de la opresión por cuestiones de gordura como un acto político crítico y conscientemente justo.

III.2 Tratamiento general y usos sociales del cuerpo gordo femenino

Vivimos en el capitalismo, el cual gracias a los diversos procesos de colonización ha impuesto normas que regulan a su vez los sistemas de género, clase, sexualidad, educación y comunicación y salud. Todos estos sistemas en intersección en nuestros cuerpos, los vuelven el campo de la cultura. Siendo socióloga y gorda es el lugar que me interesa reflexionar. El cuerpo, dice David Le Breton (2018) “es ese vector semántico por medio del cual se constituye la evidencia de la relación con el mundo.” (p. 9) Sería imposible pensarnos sin nuestro cuerpo, cuando intentamos explicarnos, hablar nuestras propias experiencias lo estamos haciendo con y desde el cuerpo, nuestra existencia es corporal.

Hay todo un sistema complejo que nos coloca jerárquicamente inferiores. A las mujeres gordas desde temprano se nos adoctrina para creer que nuestro cuerpo está mal.

Socialmente soy gorda...

“Es una realidad casi universal: todo el mundo recuerda a ese niño de la clase que solía mirarle las bragas a las chicas. En mi caso, esa persona se llamaba Joshua. Estábamos en preescolar. Teníamos cuatro años. Recuerdo que un día estábamos gateando por un tubo de plástico de colores brillantes, como esos laberintos para ratones, pero para niños pequeños. Yo me estaba quedando sin aliento, intentando que no me pillara. Pero más bien estaba fingiendo que él me perseguía, ya que en realidad él iba tras una niña más pequeña que estaba detrás de mí en el tubo. Ese chico siempre perseguía y aterrorizaba a las niñas, intentando subirles la falta. Pero nunca lo intentó con la mía y yo presentía que su rechazo presagiaba algo de mayores proporciones.

No creo que sea una coincidencia que el niño que miraba bajo las faldas fuera también la primera persona que me llamó gorda. O al menos, la primera persona que yo recuerde. Al fin y al cabo, la atención sexual masculina no solicitada y el impulso de controlar los cuerpos femeninos van de la mano.

Recuerdo que estábamos los dos de pie en el asfalto y me lo dijo:

- Estás gorda.

Me quedé confusa. No tenía ningún contexto para esa palabra. No era una palabra que hubiera estado en mi mundo antes de eso, pero había algo en su manera de decirlo. Supe por su forma de escupirla, como si fuera un moco, que era una palabra hiriente, una palabra que pretendía recordarme algo que había olvidado sobre quién era yo.

Sabía que había una conexión distante entre mi deseo de que se fijara en mi falta y su deseo de hacerme daño.

Le miré sin más, intentando calcular esa nueva realidad. No pasaría mucho tiempo hasta que llegara a la primaria y escuchara esa palabra todo el rato.

Me convertiría en esa palabra, y haría propio el odio que me tenían mis compañeros de clase.” (Tovar, 2018, p.19 y 20).

“...cuando tenía como 14 años, la profesora de educación física recuerdo que dijo en plena clase que le daba mucha pena ver a niñas de nuestra edad con estrías y celulitis en su cuerpo, no sabía a dónde íbamos a parar y que era nuestra responsabilidad cuidarnos si queríamos ser alguien en nuestra vida o vivir. Llegué a casa y me largué a llorar, cada vez que tenía clases y nos teníamos que quedar en calzas cortas era un tormento, ocultarme para que la profe no viera que tenía celulitis, va a creer que no soy capaz, hacerme mierda con los ejercicios que proponía para demostrarle que yo también podía, que era como mis otras compañeras.” (alvarez castillo, 2014, p. 42)

“Hasta hace poco tiempo, mi último pensamiento antes de irme a dormir era qué iba a hacer al día siguiente para adelgazar. Cada año mi deseo cuando soplaba las velitas de mi tarta de cumpleaños era “ser flaca y guapa”. POR FAVOR. Cada verano, soñaba con bajar de peso y volver delgada al curso escolar del año siguiente y que todos en el insti alucinaran con mi cuerpo y mi belleza recién adquiridos.” (Piñeyro, 2019, p. 38)

“Me odio porque soy gorda. Ya no soy ni siquiera bonita. Todo lo que quería de la vida era ser delgada y cruzar mis piernas. Jamás tendré a un nombre que se enamore de mí. A los hombres no les gustan las mujeres gordas. Me siento como mierda. Trato de actuar como si me amara a mí misma, pero en realidad no. Daría lo que fuera por ser pequeña. Me hice el cabello hoy, pero no se ve bonito. Tengo miedo de ir a la escuela o la iglesia porque siento que he perdido y que todo el mundo me mira por mi peso. Me gusta la comida, pero está matándome. Estoy comenzando a odiarme nuevamente. A los hombres no les gusto y yo tampoco me gusto. Pero soy todo lo que tengo. Así que debo fingir sonrisas y no me gusta ir a lugares públicos. La obesidad no es una enfermedad que todo el mundo vea.

Anhelo llevar camisetas de tirantes y vaqueros ajustados y ropa de mujer. Todo lo que llevo son camisetas oscuras y pantalones elásticos. Mis piernas son enormes. Mis muslos y mis brazos y mi única cara bonita también. Estoy cansada de estar deprimida. Le pido a Dios que sea delgada.” (Lockett, 2018, p. xxi)¹⁸

“Por las mañanas me miro al espejo, una (sic) espejo de cuerpo completo, no hay nadie junto a mí, nadie que pueda hacer algún comentario sobre la cuerpa que se está reflejando. Es mi cuerpa con sus defectos y sus virtudes, con las marcas y cicatrices del paso de los años, con sus demonios imaginarios... pero ¿cómo poder expulsarlos tras 50 años de control?, el miedo de mi familia: ser gorda. El control de la alimentación, la despensa que se compraba, lo que no se me permitía comer porque decía el pediatra “La niña tiene predisposición a engordar”, siempre tomé agua de frutas sin azúcar, mi boca siempre paladeó los sabores más insípidos... nunca tomábamos refresco, no había comida chatarra, el pollo siempre estaba hervido y la carne asada. Nunca comíamos espagueti, eso engorda y las papas fritas también engordan. En mi adolescencia comía a escondidas, no en exceso, pero sí lo que me prohibían, me llevaban a un médico para bajar de peso, me daba algún tipo de anfetaminas que solo destruyó mi pulso, mis nervios, pero no me quitaban el hambre, la preocupación de que quizás nadie me quisiera era evidente en mi familia, la preocupación de que por lo menos terminara la preparatoria estaba ahí, escuché por la noche en una plática de mi madre.” (Bülle Hernández, 2020, p. 53)

El anterior es un relato bien conocido entre mujeres gordas que fueron socializadas bajo la opresión. Un relato compuesto por las memorias de cinco personas diferentes. Como ellas, apuesto a la experiencia en primera persona para que sea apreciable el proceso de interiorización de opresión, el cual, a medida que pasa el tiempo va solapando capas y capas de maltrato. Además de

¹⁸ Esta es la traducción que hice de inglés a español.

la gordura, en los relatos de sus experiencias observamos el sexismo, el férreo control por los cuerpos femeninos, el deseo de ser otra persona provocada por la desconexión corporal, el papel de grupos donde socializamos, con infantes con quienes compartíamos juegos, con profesores, compañeros, la propia familia, hasta que se instaura bien el auto desprecio.

Ese adoctrinamiento de sentir, creer, pensar que nuestros cuerpos están mal es lo que se debe cuestionar con profundidad. Mucho más profundamente que sólo repensar la valía de nuestros cuerpos gordos, su belleza, feminidad o salud. Advertir las prescripciones morales, estéticas o salutistas que se nos imponen para perpetuar la jerarquización de nuestros cuerpos es un paso importante para ir resquebrajando la opresión internalizada. ¿Cómo podemos hacer para percatarnos de dichas prescripciones opresivas? Escuchar, leer, ver a otras gordas contando sus experiencias, es un muy potente comienzo.

III.3 Resistencias gordas. De la expropiación corporal al declive del estigma

Para las gordas que aquí conversamos a lo largo de nuestras historias establecimos alianzas, -sin duda los eslabones fuertes luego de años de praxis feministas- más que teóricas, biográficas. Tanto ellas en sus textos como yo con mi autoetnografía, hablamos en primera persona. No soy la única gorda que aquí cuenta su historia. En este activismo gordofeminista hablamos en primera persona. No usamos lenguaje neutral, ni intentamos ser objetivas. Mostramos la carne y sus desbordes.

Hemos alcanzado algunas certezas para vivir en tiempo presente sin redenciones futuras, hemos tomado de vuelta el nombrar nuestros cuerpos y experiencias; resistir de muy diversas formas:

- 1) Con poesía.

No creo que la noche
deje de llamarme
siempre se aloja en mi espalda mojada
lo único sólido
es mi anatomía de paquidermo
vivir bajo tierra, es un mar
sin océano posible,
solo pequeños charcos de lodo
napas subterráneas
sobre las extremidades,
bajo de ellas
formas menos oficiales de decirnos.
Brotamos
en los bordes de la alcantarilla,
hay humedades que nos arrugan la piel
y abultan nuestro abdomen.
Nos han tapado la boca
nos han llenado de apellidos
han prohibido nuestros relieves,
para decirnos que es su casualidad.
Nos obligan a ser espiga
Y somos flor de azufre.

(Contreras, 2017)

2) Compartiendo nuestras memorias más temidas.

“Al escribir sobre mi cuerpo, quizá debería estudiar esta carne, su abundancia, como si se tratara de la escena de un crimen. Debería examinar esta consecuencia corporal para determinar la causa.

No quiero pensar en mi cuerpo como en la escena de un crimen. No quiero pensar en mi cuerpo como en algo que va horriblemente mal, algo que debería ser acordonado e investigado.” (Gay, 2017, p. 29)

3) Devolviéndonos el aprecio que socialmente el estigma nos había arrebatado.

“Me demostré a mí misma que soy capaz. Soy fuerte. Puede que sea gorda, pero también estoy en forma. Soy determinada. Puedo seguir. Me empujé a través del dolor de mis pies, del miedo a caer, del miedo a fracasar. Aquí, estamos sólo el paisaje y yo. A la madre naturaleza no le importa. Las tendencias culturales son una cacofonía de voces diciéndome cosas odiosas sobre mi cuerpo. Pero aquí fuera esas voces son mucho más silenciosas, mucho más lejanas, acalladas por el viento. En la cima de la colina, me detengo, miro a mi alrededor y leo en voz alta un poema de Neruda de mi cuaderno. La poesía aquí es tan necesaria como el agua.” (Stanley, 2018, p. 140)¹⁹

4) Reconociéndonos mutuamente en nuestras gorduras y pensando sobre ellas.

“El proceso de escritura y análisis de esta tesis se centrará en un ejercicio constante de autorreflexión, aclarando, siempre que sea posible, la propia

¹⁹ También este párrafo es traducción propia

posición de la investigadora en relación con su objeto, porque la investigadora que narra, que hará el análisis del discurso, también es gorda, desde que nació, y activista, ya que entendió que el cuerpo gordo está socialmente excluido y este estigma se basa en una concepción cultural del cuerpo femenino ideal... Así, quiero destacar la experiencia personal y sobre todo la explicitación de la intersubjetividad que se establece entre investigador e investigado como un supuesto básico en la construcción del propio análisis. Propongo este desafío como investigadora de la cultura contemporánea, y que la herramienta teórica me permita ver las diferencias internas de las intersubjetividades dentro del grupo, la identificación con mi historia y lo que los cuerpos femeninos gordos (como el mío) atraviesan desde su infancia hasta la adultez. Y más aún: qué hacen las mujeres gordas con esta experiencia de ser odiadas por la sociedad en general.”(Jimenez Jimenez, 2020, p. 12)²⁰

5) Creando una epistemología y método propio para habitar el mundo.

“Sin creer en ideas propias, no original. Siempre que habla, traduce...”
 “apuesta por un ejercicio de invención política que es colectivo, siempre. Procura darse, para sí y su comunidad herramientas, y entiende que estas herramientas no son algo a lo que se llega, sino que están en constante construcción...” “lento, perezoso, poco productivo, poco sexy, grande, excesivo, de cuerpo muy duro, poco delicado, poco refinado, camina lento, es ocioso, dejado, abandonado en sus formas.” (Masson, 2017, p. 9 y 19)

6) Involucrándonos de gorda a gorda hasta ser todas.

Ésta gorda que escribe es
 vaca sin cencerro

²⁰ Traducción propia.

cerda risueña

no anhela corral

ni chiquero.

Elefante con aretes

ballena sin-vergüenza

víbora murmuradora

ansía estepas,

el mar y la selva.

Todas y más

la pecadora que escucha la montaña

y se funde en ella.

(Magda Aranda)

Tanto los itinerarios corporales con los que he dialogado, como mi autoetnografía son visiones parciales sólo cuando las observamos sin el cuidado de atender las razones por las que fueron escritas. Todas juntas con nuestros textos acuerpamos, arrojando desde nuestras experiencias, los datos empíricos que explican y hacen comprensible el fenómeno social opresivo por cuestiones de gordura el cual es urgente señalar y abortar.

IV. Relatos²¹ de campo. Descripción carnosa

El derecho de la relación etnográfica a que se le preste atención no depende de la habilidad que tenga su autor para recoger hechos primitivos en remotos lugares y llevarlos a su país, como si fueran una máscara o una escultura exótica, sino que depende del grado en que ese autor sea capaz de clarificar lo que ocurre en tales lugares, de reducir el enigma al que naturalmente dan nacimiento hechos no familiares que surgen en escenarios desconocidos.

Clifford Geertz (2003)

Nota introductoria: En cada uno de los relatos aquí dispuestos mi cuerpo fue gordo. El propósito de este apartado es describir mediante una serie de relatos la historia de mi cuerpo gordo, de clase trabajadora, feminista y cishetero. Toni Morrison (2001) la primera mujer afrodescendiente en ganar el premio nobel de literatura en 1993 dice que, si se quiere leer sobre un tema en específico, pero aun nadie lo ha escrito, tienes el deber de hacerlo tú.

Había leído sobre las historias del cuerpo de otras mujeres gordas, pero no sobre uno como el mío. Hablar esta gordura existente, posible; impuesta opresivamente, pero rehecha gozosamente, para reducir el prejuicio sobre las vidas de las mujeres gordas, porque lo que se sabe de nosotras por lo regular suele ser dicho desde un lugar desigual y sin que siquiera se nos tome en cuenta. No quiero quedarme en la sombra dejando que otras personas hablen de mí, digan quién soy o me describan. Ninguna gorda debería estar en ese lugar. Seguimos conociendo, diciendo poco de nosotras mismas desde nosotras mismas. Vivir con gordura ha sido un escenario social tergiversado y poco conocido fuera del

²¹ En su acepción más amplia, el relato es la exposición y comunicación de una historia, no necesariamente artística ni literaria, a través de medios bien narrativos bien representativos; superestructura lógica, pregenérica y pretextual, común a todas esas historias. (Garrido Gallardo, 2015).

En los relatos se cuenta una historia no necesariamente extensa, por el contrario, son compactos y señalan periodicidad. Permiten a quien los lee con su imaginación, realicen la tarea de ubicar detalles que, ligados con otros, compondrían la relevancia de toda la narración.

estigma...Hasta ahora. Los siguientes relatos se presentan para hacer a un lado malas interpretaciones sobre mi vida como mujer gorda.

IV.1. Baile juguetón²²

En uno de mis recuerdos más tempranos estoy frente al espejo largo del ropero de mi cuarto. Era una tarde de sábado en verano, hacía calor y estábamos solas mi madre y yo. Mi hermanita dormía en su cuna y mis cuatro hermanas y dos hermanos mayores habían ido al catecismo como cada semana. Era el día que mi mamá lavaba y limpiaba la casa a profundidad, montones de ropa limpia en las camas esperaban ser dobladas y acomodadas. En el patio sonaba el *chaca chaca* de la lavadora y los tendederos rebosaban con ropa secándose al sol. Tengo unos tres años y mi madre acababa de bañarme. Encremada, me tenía descalza parada sobre la toalla en el piso, ya me había puesto también camiseta y calzones. Yo aguardaba mirándome el cabello largo y húmedo. Ella buscaba entre los ganchos el vestido que me pondría. Divertida con mi reflejo se me ocurrió enroscar mi camiseta y calzones para que pareciera que usaba bikini, bailé juguetona con todo el cuerpo, mi pelo ondeaba, sintiéndome toda a gusto. Me recuerdo embelesada, meneándome placenteramente fresca. - ¡A las niñas que hacen eso se les aparece el diablo! - Mamá rompió el trance. Confundida y avergonzada, creí que había hecho algo muy malo. No sabía si lo decía por haberme enroscado la ropa y mostrar la panza o si mis movimientos eran los reprobables. No comprendía. Esa noche tuve pesadillas y varias veces después. Me despertaba gritando porque creía haber visto al demonio y claramente lo relacionaba con ese episodio. Me sentía mal. Durante años evadí cualquier artefacto que me devolviera el reflejo de mí cuerpo entero, primero por el miedo judeocristiano impuesto, luego porque gracias a la socialización rápidamente mi vergüenza creció. Me enteré de que era

²² Este fragmento tiene su versión extensa en el capítulo “Un cuerpo propio” publicado en Bénard, Silvia (2020). *Voces desde la diversidad*. Universidad Autónoma de Aguascalientes. México. Pp. 21-27

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

gorda y que mi panza no era digna de verse o apreciarse. Acallé el instintivo deleite de mis lonjas temblando al danzar.

IV.2 Desobediencia. Un acto materno de autoestima

Cuando era niña pasaba mucho tiempo con mi madre. Al tenerme con ella conocía su rutina. Una vez a la semana por las tardes acudíamos a la casa de mi abuelo paterno. Había enviudado y entre mi mamá y su concuña se intercambiaban turnos para mantenerle la casa limpia. A mamá esta situación le resultaba muy conveniente pues durante estas salidas podía visitar la casa de su padre y hermanos, a quienes adoraba y vivían relativamente cerca del suegro.

Recuerdo la tarde en que mi madre se rebeló. La situación que reinaba en su matrimonio tradicional a mediados de los ochenta, no le dejaba a mamá mucho margen de acción sobre sus propias decisiones. Mi padre solía aprobar o prohibir todas las actividades extra hogareñas de cada uno de los integrantes de mi familia, incluida su esposa. Una de esas tardes, mamá nos había alistado a mi hermanita y a mí para ir a las casas de los abuelos, ella hizo lo propio y salimos de casa atravesando por la tienda de abarrotes que tenían. Mi padre despachaba a un cliente, pero nos miraba fijamente. Ya en la puerta de salida, mamá volteó y le dijo: Ya me voy con tú papá, voy a pasar a saludar al mío. A esa edad, yo ya reconocía bien el enojo en la expresión facial de mi padre. Así que replicó: ¿Quién te dio permiso? No vas, métete. Fueron momentos confusos para mí. Nítidamente recuerdo la escena. Mi madre me tenía cogida de su mano izquierda y a mi hermanita de la otra, con su monedero bajo el brazo, suspiró y reviró: No te estoy pidiendo permiso. Caminamos. Avanzar por la banqueta alejándonos parecía una eternidad, temerosa volvía cada tanto la cabeza, creyendo que en cualquier momento saldría papá a obligarnos a regresar a casa. No lo hizo.

Como mujer feminista yo no incendio, desobedezco. Es mi manera de decir *me quiero*.

IV.3 De monaguillos y catecismo

Tenía ocho cuando me empezó a gustar Víctor. Cursaba el tercer grado de primaria y vivía en mi colonia. Nuestras familias eran asiduas y fervientes partícipes de las actividades religiosas. Su composición familiar era muy parecida a la mía; ambos veníamos de abuelos trabajadores de campo, fervorosos, nuestros padres casados, clase media baja, con un montón de hijos y educados en el catolicismo. Lo recuerdo como mi compañero en el catecismo y en liturgia. Ambos tuvimos una educación religiosa muy intensa. Lo veía los sábados a las 4 pm en el catecismo y los jueves a las 4 pm en liturgia. Además, era monaguillo, entonces lo veía diario en misa de 7:30 pm en época de vacaciones, en misa del domingo a las 8:00 am. Por su fuera poco, los domingos los párrocos almorzaban en mi casa, así que él y los demás monaguillos venían con los sacerdotes, éstos fueron durante mucho tiempo parte de mi familia, venían a los días de campo, cuando íbamos a las presas, al rancho, en las fiestas familiares, y Víctor siempre andaba con ellos. Prácticamente lo veía diario. En el álbum familiar hay fotos de él. Nunca tuvimos una conversación, me gustaba secretamente y jamás tuve el coraje para corresponderle su ternura. Cuando lo veía, me escondía. A esa edad, Toño, otro niño con el que solía jugar ya me había dado la dosis suficiente de gordofobia para no volver a confiar en las atenciones de ningún niño. Luego de haber jugado juntos y divertirnos en un día de campo, me había mandado decir con mi prima que yo cada vez estaba más gorda.

Recuerdo que a Víctor lo trataba muy mal, al estilo Helga Pataki de la caricatura ¡Hey Arnold!, era una niña ruda, hosca. Sin duda tenía que ver con mis angustias, la poca atención afectiva de mi madre por la montaña interminable de labores domésticas que realizaba, el bonche de hermanas y hermanos carrillas, la rectitud férrea con que fui educada. Disfrutaba poco, hacía mucho, estudiaba, sobresaliente en la escuela, eso, aunado a que era de modos seria, no facilitaba que se me acercaran. Tenía muchas amigas, pero las escogía yo. Además, mi

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

papá tenía puestos socialmente visibles en las escuelas de sus hijos, en la iglesia, era un organizador social nato, tenía la tienda, que en ese entonces era una de las pocas que había en la colonia, tenía muy mal carácter, pero ayudaba a todo aquel que se lo pedía. Mi madre, ama de casa, integrante de la vela perpetua, ayudaba en los rezos, era soporte escucha y confidente de las vecinas. Creo que es importante reconocer que aunado a mí carácter, tuvo que ver la visibilidad social de mis padres en la colonia para que yo no fuera una niña gorda acosada, tuve varios momentos de violencia desagradable pero no eran muy frecuentes. De alguna forma me sabía respetada por mi conducta y por la de mi familia. Supongo que esto tuvo mucho que ver para que a lo largo de mi vida me pueda pronunciar para parar las injusticias. Éramos una familia que no tenía problemas económicos profundos, mi mamá y papá trabajaban mucho y sus frutos sabían compartirlos. Me pone feliz recordarlo. Pienso que para mí eso es inversión, comparto porque sé que me compartirán, nunca, aún en los momentos de miseria, de tener deudas sofocantes y ni un peso para comer, siempre ha estado alguien que nos ha echado la mano a mis hermanos y hermanas y a mí. Y todos nosotros también funcionamos así. Si nos platicamos de alguien en necesidad, solemos acudir a compartir.

Volviendo al monaguillo, de mi gusto por él sólo sabían mis amigas de la primaria. Lo veía diario y me encantaba. Me gustaba ir a misa no por el sacramento, adoraba ir, porque me gustaba la forma en que él me miraba. Su puesto de acólito se situaba al lado de la mesa credenza, donde se suelen disponer los vasos sagrados, vinajeras y patenas (es el platito que les coloca debajo de la barbilla cuando los feligreses católicos se acercan a recibir la comunión, se coloca ahí por su ocurriera el accidente de que se cayera la hostia), los corporales (pañuelos purificadores con los que se tapa el cáliz y el sacerdote se seca las manos antes de consagrar), platillos, jarra con agua para purificar las manos, las campanas que deben sonar cuando ocurre el dogma de la transubstanciación, las cuales se colocan en el piso. Desde ahí me miraba durante el servicio. Una de mis hermanas y mi madre, en varias ocasiones hicieron referencia a eso. Yo me

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

portaba altanera y fingía molestia para que parara la indagación. Mamá llegó a preguntarme por qué me veía tanto ese chiquillo. Me cuestionaba sobre cómo se comportaba él conmigo durante el catecismo. Yo decía que ni me fijaba, que me caía mal. Acepto que sentía satisfacción que mi madre y hermanas lo notaran, porque sabía también que muchas niñas de la colonia morían por él. Recuerdo que él hacía cosas para acercarse y yo lo rechazaba. Si me pedía un sacapuntas o cualquier tontería en la clase de catecismo, yo, con ínfulas extendía mi mano a dárselo sin mirarlo. Si me sacaba plática o preguntaba algo, lo miraba displicente o burlona. Cuando llegaba a mi casa los domingos, me sonreía y yo no respondía. Espero que él no recuerde que lo maltraté. Y lo hacía así, adorándolo.

Todavía hace poco, en la parte trasera de la vitrina de la casa de mis papás, encontré una taza que cuidé por años, era donde a él le servía el chocolate que mi mamá les ofrecía los domingos. Me dio risa porque recordé que durante mucho tiempo yo apretaba contra mi pecho esa taza como si lo abrazara a él. Nunca conversamos. Él entró a la secundaria, se puso aún más guapo, mucho más popular y tuvo su primera novia. Dejó de ser monaguillo, terminamos el catecismo, y liturgia. Dejé de verlo con frecuencia. Me dejó de gustar hasta adolescente. Ahora vive en otro país, parece que tiene una linda familia; por mis hermanas que siguen en contacto con él, sé que sigue siendo un buen tipo y atractivo. Creo que lo recuerdo bonito porque jamás fue grosero, era un chico educado, simpático, además me notaba. Quizá sólo era curiosidad, quizá sólo quería hacerme sentir bien. De lo que sí estoy segura es que intentó conectar conmigo y lo hizo siempre con mucha ternura.

IV.4 A ti sólo se te mueve la panza

Tengo una prima de mi edad, me enteré de que era más “hermosa” que yo, cuando llegamos a la preadolescencia. Siempre jugamos juntas, era divertido pasar el tiempo con ella. Su menstruación llegó primero, su cuerpo se desarrolló mucho antes que el mío. Yo continúe gorda y ella se convirtió en una mujercita

considerada de buen cuerpo. Ella fue de mis primeras referencias para comprender que mi cuerpo no cumplía con los gustos y deseos masculinos.

Tendríamos unos once años cuando en una fiesta en mi casa, los primos, primas e invitados nos pusimos a bailar. Éramos de las primas chicas. Esa tarde, la casa estaba llena, habían llegado mis primos de otros estados, los del rancho y había algunos chicos de la cuadra. Mientras las más chicas bailábamos en el patio de mi casa, el grupo de los chicos se habían subido al segundo piso, desde donde nos miraban. Recuerdo las miradas, que hoy entiendo de lascivia de esos chicos hacia mi prima. Nosotras éramos unas niñas, pero yo sentía que no estaba bien. Inferí que era porque ya sabían que ella era “señorita” y ya se le notaban los pechos. Lo peor de la escena fue para mí. A ella la miraban cuchicheando, las mujeres acabamos entendiendo esas miradas sobre nuestro cuerpo, esta vez se referían al cuerpo de mi prima querida. Uno de los chicos le gritó: Bailas muy bien. Y ella les sonrío. Luego otro a mí: Magda a ti sólo se te mueve la panza. Todos rieron.

Cuando eres niña las burlas tienen un poder desolador. Me sentí sola en medio del patio, expuesta como solían exponer a quienes consideraban fenómenos en los circos. La vergüenza oscureció la fiesta, mi tarde, mi cuerpo que disfrutaba. No había hecho nada para que se mofaran así. También sentí rabia por cada uno de ellos. No comprendía qué les daba derecho a chotearse así de mí. Infringí el peor castigo que ya había aprendido de mis padres: la ley del hielo. Dejé el patio, la fiesta y de hablarles a esos chicos durante muchos años.

No volví a relacionarme con ninguno de ellos, cuando era irremediable vernos, me escondía o los ignoraba. Siempre he amado bailar, pero nunca olvidé el juicio que hicieron sobre mi cuerpo. Aún ahora cuando bailo públicamente, pienso en ello.

IV.5 El mago²³

²³ Este texto ya está publicado en el capítulo que lleva mi nombre. Es una compilación de textos compartidos en el taller literario La Cofradía. En Camacho Sandoval Salvador, Cruz Palomino

Siempre volvemos después del punto final. Decía en tono burlón cada vez que nos veíamos. Si el tiempo nos procuraba algo de suerte, nuestros encuentros duraban toda la noche. Cuando nos daba la espalda, él salía temprano y me dejaba recogiendo pedazos de luna.

Esta historia había sido preñada con algún blues cuando caminamos el desierto siendo jóvenes. Ha crecido lineal, jugando al orden; saltó de un año al otro, hasta que nos hicimos adultos. Tengo la esperanza de que, en un próximo encuentro, finalmente le demos a luz y nos deje correr sobre el cielo nocturno.

Él es mago, de los que visten capa negra y sacan conejos del sombrero en las fiestas infantiles. Estos trucos prodigiosos los vende para comprarle a su madre carne, jitomates y cebollas los domingos en el mercado. Debido a su oficio, aparece y desaparece cartas de póker o palomas blancas. Sus hechizos hacen brotar caritas de asombro en cada niño que lo ve actuar.

También en mí, emerge la maravilla, aun cuando se rehúsa a ser el mago de mi poesía. De vez en vez yo le canto algo que dice: con solo recordarte me crecen helechos. Él que muere de risa cuando me escucha, conjura la magia verdadera, la que deja sólo para mí. Mientras la busca en sus bolsillos, me cuenta que la guarda en su caja de Marlboro, apretadita, pues tiene que doblarla firmemente porque crece cada vez que me piensa. Yo, ansiosa espero a que la encuentre y la abra para fumárnosla completa.

Aún recuerdo la ocasión que reveló mi primer beso en el balcón de un hotel en la capital. Me dejó tiritando. Desde entonces mis besos son azules. O la vez que tiñó mis sábanas para que nunca me faltara el placer, juguetón las revolcó y escribió el conjuro: *Niña, niña buena siempre regresa a mí.* Desde entonces mi lecho tiene alas.

Hace poco me enteré de que su madre emigró a la casa del abarrotero viudo de la tienda de la esquina, ya no necesita más las viandas dominicales. Orillado a

guardar su magia para ocasiones especiales, quizá acceda a ser un hombre excéntrico que ose desarmar esta historia y me deje aparecerle, sin truco, todas las flores que tengo guardadas bajo la manga.

IV.6 ¿Sabén qué vendría excelente para acabar con la discriminación hacia las personas gordas?

Que realmente hicieran un esfuerzo por cuestionar la idea que tienen bien metida hasta el ADN de que las personas gordas estamos mal.

No se excusen en la salud, ni en la estética, ni en que tenemos problemas psicológicos. Lo que realmente es ofensivo, opresivo, doloroso, es tú creencia inamovible de que los cuerpos gordos no merecen lo que sí obtienen los cuerpos delgados (“normales”), que somos algo así como una especie inferior.

Yo lo sé, y siento que me gusta estar aquí, ahorita, GORDA, viviendo mi linda vida, la única que tengo.

IV.7 Esta nota es mía²⁴

Una cree que el recuerdo sisa los amores. Después de los juegos de miedo, la cumbre lujuriosa y el armisticio, algunas optamos por plegarlos aún estén calentitos y continuar. Los años ocurren con suerte si el olvido es aliado. Incondicional los alisa a la sombra, sosegado. Los reduce hasta lo imperceptible. Pero –como el más cansado de los peros- algún jueves venturoso revuelve sus notas y tristemente los repite.

²⁴ Este fragmento también está publicado como parte de la compilación de poemas, prosas poéticas y cuentos en Camacho Sandoval Salvador (2021:317) En esa publicación titulé el texto “Ese amor es mío”

IV.8 Jacarandas

Las jacarandas son mi infancia, los pasillos de mi escuela alfombrados con sus flores, me dolía pisarlas, quería recogerlas todas. Invertía muchos sueños ideando cómo volverlas collares o coronas.

Son la extensa mancha morada de aquellos días calurosos de abril y mayo, sus copas el único horizonte visible desde algún piso de la clínica cuidando a mi hermana Sara. Son la imagen divina a quien dirigía mis ruegos y una compasiva mirada frente a la corrosiva incertidumbre y su muerte.

Son los vestidos leales de las hermanas feministas.

IV.9 No todos los hombres son violentos²⁵

Sólo mi padre al que amé profundamente utilizaba su voz, fuerza física, dinero y apellido para recordarme que estaba sujeta a él.

Sólo mis queridos hermanos me llaman sensiblera y absurda cuando les hablo de violencia.

Sólo mis tíos a quienes admiro se desmarcaron del cuidado en convalecencia de sus padres arguyendo que salían a trabajar, como si las mujeres de la familia no lo hicieran.

Sólo mi mejor amigo que me hace reír muchísimo utiliza el silencio para lastimarme cada vez que no está de acuerdo conmigo.

Sólo la mayoría de los hombres con los que me he relacionado sexo afectivamente ha intentado persuadirme para modificar mi cuerpo.

Sólo algunos de mis conocidos casados buscan sexo extramarital.

Sólo un par de mis conocidos invierten en la industria pornográfica y de prostitución.

Sólo mi amigo cercano le ha pegado a su esposa cuando “lo desesperó”.

²⁵ Texto publicado en el Suplemento Péndulo21 de la Jornada Aguascalientes/Aguascalientes, México. Junio 2018/Año 9 No. 144

Sólo mi compañero de trabajo con quien conversaba sobre política embarazó a nuestra alumna menor de edad.

Sólo otro más, cultísimo, descalifica cada cosa que decimos y hacemos las mujeres profesionalmente.

Sólo un jefe cuando nos llamaba a junta no permitía que las mujeres opináramos.

Sólo un excompañero que les decía hermosas, fodongas o vacas, indistintamente a las compañeras, se encerraba en su oficina con las alumnas.

Sólo los hombres en los diversos lugares donde he laborado ganan más que yo por hacer menos o el mismo trabajo.

Sólo mi profe con posgrados en el extranjero violenta psicológicamente a su pareja.

Sólo el conocido extranjero que cocina riquísimo, se la pasa diciéndome que soy feminista porque no he conocido una buena verga.

Sólo mis amigos sensibles poetas, continúan defendiendo la forma del poema, denostando el contenido de fondo y el lenguaje incluyente.

Sólo mi amigo cinéfilo se burla del activismo feminista siendo gay de clóset.

Sólo mi compañero universitario se molesta cuando su esposa no le plancha las camisas.

Sólo algunos de mis estimados alumnos siguen pensando que sus mamás y hermanas son sus sirvientas.

Sólo otros tantos cosifican a sus compañeras.

Sólo mi vecino alude cada vez que puede, a mi reputación por mi estado civil.

Sólo prácticamente todas las mujeres que conozco han sido acosadas por hombres en la calle en Aguascalientes.

Sólo continúan incrementando las cifras de asesinatos de mujeres diariamente en México.

Sólo casi todos los hombres se defienden entre sí cuando se les señalan sus violencias.

Sólo, sólo, sólo. Por supuesto que no son todos. ¡Ridícula de mí!

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

Es el machismo que tenemos interiorizado.

Para las personas que llevamos mucho tiempo pensando en las violencias ejercidas contra las mujeres, resulta cansino que, a estas alturas, se nos pida comprobar su existencia empírica. Parece que todavía no basta con denunciar nuestras condiciones cotidianas, como las que señalo arriba. ¿Por qué no se nos cree? ¿Cuáles son las condiciones sociales necesarias que las mujeres debemos cubrir para que se nos otorgue ese voto de confianza?

Quiero invitar a quien me lee, a fugarse de hacer inferencias ordinarias tales como: la que escribe odia a los hombres. La que escribe se coloca en posición de víctima. Más bien, quisiera persuadir a un ejercicio de conciencia sencillo, básico, para acercarnos a conectar con la injusticia y opresión; raíces de este fenómeno; pedirles que observen las violencias contra las mujeres de forma estructural, sin olvidar prestar atención cuando las mujeres les contamos nuestras experiencias de maltrato y abuso, incluso las que parezcan menos agresivas. Pues esta desigualdad que se fragua culturalmente tiene consecuencias perversas que afectan generalmente tanto a hombres como a mujeres. Espero que se dé por superada la obviedad que los hombres también son susceptibles de vivir situaciones de violencia; y dejar clara la diferencia sustancial: esta violencia no tiene el mismo trasfondo histórico, cultural, ideológico y sistemático de la que vivimos las mujeres.

No es tarea de las mujeres enseñar a los hombres, lo que nosotras hemos aprendido reflexionando sobre nuestra posición histórica y política. Obligar a las mujeres a continuar explicando a otras personas el machismo, es una forma más sofisticada de violencia para distraernos de exigir que estas condiciones de iniquidad se erradiquen. Confío en la capacidad e inteligencia de cada persona para buscar la información necesaria y discurrir al respecto.

Me interesa dejar, más que sentencias explicativas sobre cómo se configura socioculturalmente la violencia hacia las mujeres (quien las necesite existe una

vasta bibliografía al respeto y de fácil acceso) preguntas que les inviten a formularse posibilidades para su observación, con el ideal de que a la postre, sea útil para hacer manifiestas otras formas de relación entre géneros (todos, no sólo mujeres y hombres) sin que medien éstas condiciones funestas. Aquí las dejo: ´

¿Por qué cree que a lo largo de la historia, las diferencias biológicas entre seres humanos se han traducido en diferencias sociales?

¿Cuáles son las condiciones que llevaron a que las mujeres exigieran derechos matrimoniales, custodia sobre sus hijos, derecho a la educación y al voto?

¿Qué situación privaba para que las mujeres tuvieran que organizarse y reclamar derechos tales como el uso a la píldora anticonceptiva o a discutir sobre sus cuerpos?

¿Por qué para las mujeres ha sido complicado adentrarse a prácticas que durante mucho tiempo se consideraron sólo exclusivas para hombres?

¿A qué se debe que las mujeres hayan tenido que salir a las calles a apuntar situaciones de acoso y violación?

¿Cuáles son las condiciones que han impedido a las mujeres ser parte más visible y activa en la historia de la academia y de la ciencia?

¿Por qué, todavía en la actualidad si un hombre pone en entredicho la reputación de una mujer se le cree, pero si varias mujeres llaman violador a un hombre, todavía se les cuestiona y deben comprobarlo?

¿Por qué aún las víctimas de delitos sexuales son principalmente mujeres?

¿Cuáles son las razones por las que mayoritariamente las empleadas domésticas son mujeres?

¿Por qué hay una educación sexual diferenciada, enseñando a las niñas a “darse a respetar”, mientras que a los niños se les enseña a cosificarlas?

¿Por qué los hombres del estado y de la iglesia siguen decidiendo sobre el cuerpo de las mujeres?

¿A qué obedece que se siga apelando a la normalidad, a la naturaleza o la tradición para justificar las desigualdades entre los géneros, cuando hay análisis filosóficos y estudios científicos suficientes que comprueban lo contrario?

¿Qué relación tienen todas estas preguntas con los privilegios masculinos, su poder y ejercicio de opresión?

IV.10 Jimmy Bombón²⁶

No iba a escribirte un poema
sé que te importa poco
que tú poesía no es la mía.
Quise hacer una carta
para obligarte a leerla
decir en ella:
Corazón, revientas mi luz
deseo habitarte toda.
Y que luego hicieras con ella
lo que hace cualquier hombre que no ama.
Pero no lo hice
te escribí un poema
para que veas que me vale gorro
de cualquier forma, lo leerás.
Intuyo que ahora
harás con él lo que hace cualquier hombre que no ama.

²⁶ Ibid. p. 315

IV.11 39

Ha sido un jueves atareado, de los que esconden bien la pena. Camino rumbo a casa acomodando en la cabeza deberes y desencantos. Sorpresivamente me saluda Gela y correspondo distante. Ella me observa como los que aman en pasado y bien recuerdan. Sé a quién ve cuando me mira, Sara tenía mis treinta y nueve. De frente, hacemos silencio evocando su sonrisa y cabello; por segundos la sentimos. Yergo el cuerpo y me prometo andar gustosa. Hago un gesto de despedida y retomo el cauce, convencida que no es lícito para ella que vuelva a encontrar por la calle una imagen apesadumbrada de su amiga muerta.

IV.12 Don Toño

Don Toño fue un Hombre divinamente defectuoso. Valiente, cejón y recto, con el coraje de amarme, además mi padre. Llevo dos mil seiscientos días resistiendo: mi amor no le concede la muerte. Él sigue tan orgánico como cada una de mis lágrimas.

IV.13 Soy ancha

- Soy ancha --

para los asientos del camión
 los jeans y vestidos
 para el abrazo de Jaime
 y las mentes pequeñas.

Soy desborde

como tesonera planta de asfalto
 o un río generoso
 como la Magdalena y sus partisanas,

la risa de Démeter y Baubo
 como el eterno salvaje femenino
 que atiza sólo a hogueras creativas.

Soy un cuerpo grave.

IV.14 Fallé²⁷

Fallé. Sólo quise saber quién es, rastrearlo profundo antes de tantos libros. Habló de citas y autores, del *mainstream* emocional y *lifting* de ideas. Callé. No comprendo a los escritores en serie. Tiene todos sus versos ordenados alfanuméricamente para hacerse el importante. Hay teas con las que una no se enciende; aunque tengan barba, piernas largas y simulen ser poetas.

IV.15 Malandra²⁸

Hay quien no quiere mi realidad pobre
 mi ternura de barrio
 mi abrazo tosco
 mi sexo malandra.
 Y no está bien... para ellos.

IV.16 Exvoto²⁹

A los hombres que me amaron
 con candor
 en lujuria breve
 ríos de palabras

²⁷ Ibid. p. 316

²⁸ Ibid. p. 314

²⁹ Ibid. p. 317

ternura viva
siendo refugio
y laberintos de éxtasis
hoy
finalmente honro.

IV.17 Nos mirarán en una

Desde una fuga de ternura te llamo. Vuelve hechicerita tu rostro al mío; preciso el desacato. -No olvides los placeres- Algún día papá y mamá nos mirarán en una. Sentirán orgullo de tu habitual desobediencia. Fingirán no recordar haber alentado el desencanto para creerte sólida. Pretenderán no haber intentado cortarte para medrar tus alas. Aparentarán estar muertos para que aprendas la épica de tu propia compañía.

IV.18 La cruz de mi parroquia

Hoy es uno de esos días que agradezco haber sido hija de mis padres. Haber crecido viéndoles chingarle en jornadas de 18 horas. Doy gracias que me mandaran a escuelas públicas y terminar quebrados con la devaluación del 94. Sobre todo, agradezco que les aprendí muy bien, palabras más palabras menos, que nunca negara la cruz de mi parroquia, ni escupiera hacia arriba. Debía hacérselos saber.

IV.19 El sueño

Soñé a mi papá. Yo irrumpía en una sesión del partido. Volteó. El sueño ha durado la ternura de su mirada aprobatoria sonriéndome.

IV.20 Herida

Confieso que estoy herida. Lo revela cada exhalación cínica de perra apaleada.
Aún dolida, creo en la hechicería que hace de una llaga, suaves cantigas.

IV.21 Mandamientos

Primero. Te darás ternura

Segundo. Amarás tu cuerpo

Tercero. Honrarás tu rabia y tus silencios

Cuarto. No escucharás opiniones ajenas

Quinto. No desearás sino tus propios sueños

Sexto. Te pertenecerás a ti misma

Séptimo. Protegerás tu tiempo

Octavo. Alentarás tu pasión

Noveno. No amarás en vano

Décimo. Alimentarás tu vida creativa

IV.22 Soy gorda y muchas cosas más

Recordatorio trasapelado.

IV.23 Hija de Malinche

Me reclamo indígena
que no distraiga esta piel
accidente genético

memoria de cada ancestra violada.

IV.24 Tristeza de mecha corta

Eres tú y mi orfandad
tristeza de mecha corta
en inviernos largos.

IV. 25 Sobre todas

Me gustan las personas resueltas
las inteligentes para la vida
que hacen sonreír con todo el cuerpo.
La que inventan ritmos para mis bailes
y me acompañan juguetonas a lanzarnos al río.
Sobre todas,
me gustan las que saben de vigor
sin látigos ni coronas.
Me gustan, así como tú y tú nombre.

IV. 26 Saber cómo estás

Es tarde.
Apronto al nuevo libro
y un smoothie de frutos silvestres.
Recién bañada
la cama me acoge
con sábanas limpias.
Curioso el deseo
que entre tantos placeres
el primero en la lista

sea saber cómo estás.

IV. 27 Gris

Desde hace 20 años Gris es mi amiga. Se conoce toda mi historia alimentaria, sabe de mis dietas horribles, de mi renuncia a ellas, que odiaba cocinar, que lo consideraba opresivo, que intenté aprender, que dejé de consumir carne, que gastaba un chingo de dinero en comida comprada, que mis hermanas me miman y que soy adicta a las papas fritas. Ha intentado enseñarme y he cocinado algunas veces para ella, siempre dice que le sabe delicioso y yo la escucho incrédula. Hasta hoy, que puedo alimentarme, que ya le agarré la onda a las compras y al trato de mis verduras, que me doy lo que necesito con amor y me auto satisfago con plenitud es que comprendo eso que alguna vez me dijo: no te hagas güey, siempre supiste escribir bien, sólo es cuestión de tiempo que te percatas que para cocinar son necesarias las mismas cualidades.

Hoy me hice una hamburguesa de garbanzo, recordé a mi madre gobernando el mundo desde su cocina, pensé en Gris y sus sandwiches de calabaza y plátanos maduros que me convidaba durante las largas jornadas universitarias, alcancé con mi memoria a las abuelas, tías y mujeres que admiro, sus fogones, estufas, cuartos propios o bancas de parque. Por primera vez mis versos comienzan a saberme bien.

IV. 28 Cociné

Cociné

hot cakes de avena

les unté miel de maguey.

Encima

manzana y almendra en filetes.

Escuché

mientras sorbías

al pocillo largo de café.
¡Mirá vos! dijiste saboreando.
Sonreí vindicada
(por mis dudas)
no eres el único que sabe hacer el amor.

IV.29 Canela y chilaquiles

¿Sabes qué es el amor?

Ej. 221270. Que llegue a casa tú hermana a las 8 am cuando ya estás desde las 6 en chinga realizando trabajo de escritorio, sólo para dejarte canela y chilaquiles verdes recién cocinados por ella.

IV. 30 Todo está bien

Los planetas siguen en su órbita
hay tierras que continúan fértiles
los ríos siguen su curso a los océanos
en comunidades en guerra hay quienes actúan con ternura
están las personas que cuidan el planeta
otras de las que me gusta su mente.
Tengo hermanas y amigas
una madre eterna.
Techo y comida.
Libros, música y sonrisas.
Todo está bien.

IV.31 Esta es una descripción carnosa³⁰

Clifford Geertz en *La interpretación de las culturas* (2003) nos dice que la cultura es una urdimbre de significaciones y que su análisis ha de ser una ciencia interpretativa que las explica. Cuando habla en concreto de la descripción densa, expone que ésta es el objeto mismo de la etnografía: una jerarquía de estructuras significativas atendiendo a las cuales se producen, perciben y se interpretan expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie. (p. 20 y 22)

Las descripciones que arriba se muestran tienen como finalidad manifestar la interpretación de las estructuras de significación que expresan las condiciones relacionadas a la gordura y que no suelen ser expresadas normalmente ni entendidas. Hacer etnografía (*ergo* autoetnografía) o descripciones densas, es toparse con “una multiplicidad de estructuras conceptuales complejas, muchas de las cuales están superpuestas o enlazadas entre sí, estructuras que son al mismo tiempo extrañas, irregulares, no explícitas...deben ser captadas y explicadas después.” (Geertz, 2003, p. 24)

Cada uno de estos relatos de campo han sido recogidos a medida que la investigación fue avanzando. Han aparecido indistintamente y ahora dispuestos así, cobran sentido para explicar que, si bien la gordura ha sido la condición moldeadora de mi epistemología, el elemento transversal en mis vivencias, mi vida como la de otras mujeres gordas es tan densa como compleja.

El recordatorio trasapelado “Soy gorda y muchas cosas más” citado más arriba, fue el puente para rescatar que en varios de los relatos no era mi gordura la protagonista de la experiencia. Por momentos pensé que quizá mi cuerpo gordo podría no ser lo importante en esta indagación. Luego reapareció el pensamiento redentor de Audre Lorde con su texto *La poesía no es un lujo* (2003) el cual había leído varias veces con anterioridad:

³⁰ Utilizo *descripción carnosa* para referirme a la *descripción densa*, sólo a modo jugueteo por la cercanía en el significado de los términos, además, porque finalmente con ésta autoetnografía en extenso me interesa mostrar el contenido rico, voluminoso, espeso en significaciones de la vida cotidiana de las mujeres gordas y del cual se sabe bastante poco.

La calidad de la luz con la que observamos nuestras vidas tiene un efecto directo sobre la manera en que vivimos y sobre los cambios que pretendemos lograr con nuestro vivir. En esta luz concebimos las ideas mediante las que tratamos de descubrir nuestro mundo mágico y hacerlo realidad. Y esto es la poesía entendida como iluminación, puesto que a través de la poesía damos nombre a las ideas, hasta que surge el poema, no tienen nombre ni forma, ideas aún por nacer pero ya intuitas. La destilación de la experiencia de la que brota la auténtica poesía da a luz al pensamiento tal como los sueños dan a luz a los conceptos, o como los sentimientos dan a luz a las ideas y el conocimiento da a luz (precede) al entendimiento. (p. 3)

El hecho de que mis vivencias aparecieran como poemas magnificó el tomar conciencia del hecho de que también se es muchas otras cosas, además de gorda. Me di cuenta de que también necesitaba esta claridad para continuar exponiendo mi experiencia, para que se pudiera comprender a totalidad mi experiencia gorda. Y esto no lo había previsto. Supongo que hacía falta desahogar las experiencias de dolor por la violencia sistemática para tener cierta claridad sobre las cuestiones positivas.

Además, y de acuerdo con Laurel Richardson (2000), se pueden observar y analizar más ancha y profundamente las etnografías con los lentes de la ciencia y el arte. Más que una consecución lógica de los relatos me interesaba dejar explícitas estas formas de escritura que en su momento fueron las maneras en que observé el mundo. Que en ellos se notara también esa manera alterada no lineal de la experiencia, de los recuerdos, de las emociones y de nuestras propias reflexiones. Con ellos expreso mi realidad, se puede conocer sobre mi contexto y vida social de una forma creativa, alterna a la que solemos escribir en la academia y que invita a la reflexividad.

Creo con Audre Lorde (2003) que la poesía es donde convergen las ideas razonadas y nuestras intuiciones más profundas, vivimos desde ahí es el verdadero lugar del que brota el verdadero conocimiento.



V. Otras gorduras son posibles. Crónica sobre gordoridad.³¹

“La crónica es un cuento, pero de verdad” reza la mítica frase de Gabriel García Márquez, bien conocida entre narradores. La que aquí se expone es en primera persona y expone sucesivamente los encuentros entre mi gordura y otras corporalidades de mujeres gordas en el mundo, que igual que yo (la narradora) han hurgado en sí mismas y sus experiencias personales para comprender la opresión e intentar deshacerse de sus mandatos y ordenamientos.

V.1 Episodio “La vergüenza es tuya”

Tenía 34 años la primera vez que revertí públicamente un acto gordóforo en mi contra. Era uno de esos martes ocupados, en uno de los tiempos entre clases salí a buscar café. Me encaminé a la cafetería, tomé algún libro para distraerme aprovechando el tiempo. Recorrí los pasillos repasando los deberes, al llegar a la cafetería barrí con la mirada el lugar en busca de una mesa disponible, me topé con una congregada por un número considerable de chicas y chicos. Vestían batas y ropas blancas, inmediatamente identifiqué que si no eran estudiantes de medicina, seguro eran de nutrición o enfermería. Me detuve en un par, me miraban fijamente y reían burlescamente, uno codeaba a otro para que me prestara atención, luego pronunció en voz alta: mira la gorda. Sucedió en segundos, se aprontó mi cuerpo a reaccionar poseyéndome la bien conocida vergüenza, mi estómago y mejillas ardieron. Pero algo pasó porque la sensación esta vez me empujó a responder sonriendo: Hola chicos, ¿qué necesitan? ¿me hablan a mí? Me quedé parada frente a ellos y juro que pude sentir mis raíces creciendo profundo aceleradamente. Toda la concurrencia y mesas aledañas se volvieron

³¹ Gordoridad es un término que se utiliza con profusión al interior del activismo gordo para hacer referencia a la hermandad entre mujeres gordas. Hace alusión al término sororidad que se usa en espacios feministas.

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

hacia mí y a los chicos. Ellos torpemente negaron con la cabeza. Seguí mi impulso de llamar la atención sobre la ofensa, ya mi cuerpo había tornado a modo majestuoso y equilibrado. Nuevamente me dirigí a hacia ellos en tono alto sin gritar: Es que como yo soy la única gorda que va pasando, creí que hablaban de mí y necesitaban algo. Los vi hacerse pequeños frente a las miradas inquisitivas del público. Educada me excusé para pedir mi vaso de americano sin azúcar. Había por primera vez regresado la vergüenza a quien le pertenecía.

Ese algo que tardé en descifrar, fue sin duda el haber conocido a otras gordas que igual que yo, intuitivamente nos resistíamos a quedar empaquetadas en la descripción heteropatriarcal del concepto *gorda*. Por primera vez en mi vida, ese algo, estaba desprovisto de soledad, había encontrado a otras gordas desobedientes y politizadas dentro del feminismo, que sentían injusto el trato que recibíamos de forma sistemática las personas gordas. Les estaba aprendiendo.

V. 2 Episodio “Carnitas”

En septiembre de 2014, la revista digital *Hysteria!* publicó su #9 y lo nombró “Carnitas”, ese número se centró en los cuerpos gordos. Aún agradezco amorosamente este número. Dos artículos principalmente llamaron mi atención y hasta hoy me acompañan: “Hacer cuerpo: gordura femenina y empoderamiento” de Paz Moreno (2014) y “El cuerpo como espacio de disidencia” de Lucrecia Masson (2014). El primer texto me puso en evidencia que la desazón por mi cuerpo gordo podía contradecirla intelectualmente, me dejó un par de intuiciones que aún persigo: hacer el cuerpo gordo, parar de aceptar las definiciones ajenas apriorísticas sobre nuestros cuerpos, empezar a ser gordas; y que el activismo puede ser personal y potenciar el entendimiento de los cuerpos femeninos gordos desde una mirada diferente y crítica al deber ser que está establecido. El segundo fue aún más potente, por primera vez pensé con mi cuerpo gordo y le di crédito. Dice Masson:

“narrar en primera persona, tanto singular como plural, la historia de nuestra realidad corporal es un desafío al que diferentes activismos empiezan a llamarnos...preguntarme cosas sobre mi cuerpo, sobre el cuerpo de las otras, y construir un cuerpo extenso, un espacio para la acción y reflexión. Me parece fundamental hablar desde nuestras propias carnes. Esas carnes defectuosas, inseguras, miedosas, angustiadas. Nuestras carnes, las que sobran, las que faltan, las que duelen, las que están viejas, las que están enfermas, las que no son funcionales, las que mueren incluso...”
(<https://hysteria.mx/el-cuerpo-como-espacio-de-disidencia/>)

Su artículo me hizo sentir menos sola, me invitaba a pensar nuestra gordura juntas.

V.3 Episodio “Rumiando Alianzas”

El 8 de abril de 2017 cuando conocí en persona Lucrecia Masson flotaba en sopor. Conocerla fue el detonante para comenzar a vislumbrar el proceso de identificaciones gordas.³² Había viajado a Guadalajara para asistir a su Taller/Jornada de Trabajo: Rumiando Alianzas en el espacio feminista y de investigación urbana Cuerpos parlantes. Hacía tanto calor que creí que no podría concentrarme. Bastaron minutos para darme cuenta de que me encontraba frente a una gorda que parecía haber desmontado todo aquello que yo intuitivamente deseaba desarmar, se vivía gorda sin pedir disculpas. Me percaté rápido que lo que a mí me faltaba era metodología. Me instruyó en dos pasos: 1) disfrutar que mi gordura estorba al capitalismo y 2) bailar hasta el piso sin vergüenza. La escuché paciente y feliz, aprendí de las demás personas que acudieron. Luego de comprobar durante un par de ejercicios que ninguna de las que asistimos éramos personas normales, es decir, que difícilmente alguien cubría los estándares de normalidad corporal, Lucre me sentenció a escribir. Aún me resuenan las palabras

³² Este fragmento alude a consideraciones de un episodio ya relatado. Ver el apartado I.4 de este documento.

con su acento sudaka. Al finalizar el taller y despedirnos, me regaló su *Epistemología rumiante* (2017). Este es sin mínima duda, uno de los regalos más significativos que he recibido para reafirmar la expropiación de mi libertad corporal. Lo he masticado mugiendo acompañada, tan satisfecha y ancha, nunca liviana, sonriendo. Magda grave armada con un método rumiante: “lento, perezoso, poco productivo, poco sexy, grande, excesivo, de cuero muy duro, poco delicado, poco refinado, camina lento, es ocioso, dejado, abandonado en sus formas” (Masson, 2017, p. 19).

Pude advertir apaciblemente el ritmo de mi respiración.

V.4 Episodio “Krudas Cubensi”

Un par de meses después del taller de la Lucre Masson, regresé a Guadalajara. Durante ese tiempo intermedio me había tatuado “Este cuerpo es mío” en la espalda como recordatorio prohibitivo de volver a prestar atención a los enjuiciamientos sobre él, así el proceso de agenciamiento no tendría vuelta atrás. Esta vez viajé por la charla que darían las raperas cubanas Krudas Cubensi sobre cuerpos *queer* y no normativos. Me apronté a acudir buscando otro poco del deleite que ya había disfrutado golosamente con su canción *La gorda*.

Me recuerdo días antes bailando sola en casa, repitiendo una y otra vez la canción, cantándola con fuerza, llenándome de mí, del goce por ser gorda, de lo poco que me importaba la opinión de los demás, de hacer escuela, de no creer en nada, gritando vítores a las gordas sin domesticar. Para esos momentos comenzaba a exponer tímidamente en redes mis opiniones sobre el tema de la gordofobia, las intuiciones eran fuertes, pero me sentía poco informada. Pude comprobar que había público para la discusión, por el momento eso me entusiasmó.

La charla transcurrió amorosa y profunda, poniéndome de frente al racismo y la gordofobia interiorizada. Esa fue la primera vez que hablé en público, vulnerable

sobre mi gordura. Sentí el espacio seguro ¡me hacía tanta falta sentirme acompañada! La ternura con la que aprendí jamás la olvidaré. Conocerlas afianzó la potencia de esa idea de caminar juntas, de sentirme acompañada, de asegurarme que no sólo me pasaba a mí. De hacer un cuerpo gordo plural. Regresé a casa con un itacate repleto de sabrosura, risas, lágrimas liberadoras, deliciosa comida vegana y geniales afiches revolucionarios, tan rotunda cual soberana absoluta de mi cuerpo.

Llegó la gorda, la gorda llegó. Llegó la gorda, la gorda soy yo.³³

V.5 Episodio “Gordas sin chaqueta”

A principios de 2018 comencé a dar una materia llamada Sociología del cuerpo. Con las alumnas de aquella, comenzamos a fraguar la proyección de un documental que facilitaría abrir el debate público sobre los mandatos de normalidad corporal y cómo estos terminan funcionando como estigmas y opresiones. El documental que pensé apropiado fue “Mujeres con los gordos bien puestos” de la colectiva feminista colombiana Gordas sin chaqueta.

Desde hacía meses había visto por las redes que habían llevado a cabo una serie de talleres para activar políticamente y visibilizar las cuerpos gordas.³⁴ Me emocionaron los cortes del documental que circulaban de promoción. Me apronté a buscarlas y contactarlas, quería verlo. Las chicas me dijeron que en fechas próximas vendría a la ciudad de México una de sus compañeras, que podían enviarme una copia. Acepté y fui hasta allá para tener la copia. Vi el documental un par de veces con detenimiento, por supuesto comprobé que la colectiva estaba haciendo un trabajo extraordinario y que en el documental se exponía contenido profundo e interesante para discutir.

³³ Son dos versos del coro principal de la canción.

³⁴ En los espacios lesbofeministas se utiliza el término *cuerpa* para continuar con la reapropiación del lenguaje y hacerlo inclusivo.

Llevamos a cabo la proyección del documental y una mesa de intercambio de opiniones con las alumnas que estaban compartiendo la materia, lo llevamos a cabo en una cafetería del centro de la ciudad. La concurrencia fue numerosa y presta a participar, había mujeres de todas las edades y opinando activamente. El evento permitió abrir diálogos que para las temáticas que se abordan en la ciudad eran novedosos. Lo consideramos un gran acierto, no solamente por la afluencia y respuesta de aquellas personas que acudieron sino porque hubo un intercambio rico en experiencias personales y deseos de subvertir el orden represivo en el que por socialización, los cuerpos de las mujeres están constreñidos.

Nuevamente sentí que no estaba sola.

V.6 Episodio final

Luego de años de abrazos y desencuentros con otras gordas, he comenzado a sistematizar la experiencia, aunque advierto desde ya que continúa en proceso y que hay mucho por hacer. En estos momentos, las gordas somos las que desde el discurso hegemónico y cientifista de la salud excedemos en peso a los estándares impuestos desde el siglo XIX por Quetelet. Nuestro índice de masa corporal desborda el deber ser. Somos las incómodas y difíciles de ver.

De ahí que resulte fundamental nombrarnos gordas, llamarnos así es instrumental, nos sirve para señalar una opresión, permite además ir aplanando el terreno para que, por un lado, quien nos hace gordas como oposición a la salud o la belleza, enfrenten su tiranía. Y por otro, para que cada vez seamos más las que hablemos por nuestro cuerpo y de nuestra vida con él.

Es fundamental la apropiación del término, dejar de obviarlo para que no lastime. Conviene traerlo en la frente, dejar su opacidad y conformismo permitiendo que otras personas le llenen de significados peyorativos.

Hoy hay algunas potentes voces de mujeres feministas gordas, a quienes conozco por sus textos pero que han facilitado y acompañado el proceso de hacerme gorda: Lucrecia Masson (2017) a quien ya mencioné y fue la primera que me invitó a rumiar juntas y confabular gordamente, *Epistemología rumiante* es un texto tremendamente significativo para mí. Laura Contrera (2016) que desde *Gorda! Zine* me descubrió toda la potencia del activismo gorde. Magda Piñeyro (2016) y el entrañable *Stop Gordofobia y las panzas subversas*. Constanza Álvarez (2014) con su texto complejo y disruptivo *La cerda punk*. Finalmente, Charlotte Cooper (1998) ¿qué gorda activa políticamente no se siente agradecida con ella? Todas abonan a la historia de los cuerpos no normativos; hablan de la gordura y sus intersecciones.

Imaginemos cuántas posibles configuraciones gordas podrían emerger si seguimos el camino del pronunciamiento, de la aceptación gozosa de nuestra existencia política, social, intelectual y erótica. Dice Laura Contrera:

Soy gorda porque elijo nombrarme así y con rara rabia alegre salgo del closet de las tallas y de la tiranía del cuerpo-patrón, ese cuerpo inobjetable que sólo portarían algunxs pocxs: lxs que se se ejercitan, lxs que comen “bien”, lxs que se “cuidan”, lxs que se mesuran y mensuran al resto. Soy gorda así, en tiempo presente, porque no se nace gordx, sino que hay un devenir constante, que no se corresponde únicamente con una patología o desorden somático/psíquico o una relación desequilibrada con la comida y la posibilidad de híper consumo en estas sociedades hetero-capitalistas. (Contrera, 2016, pp. 24 y 25)

Todas hablando de su experiencia gorda pero potentemente haciendo cuerpo gordo colectivo y plural. Sonrío.

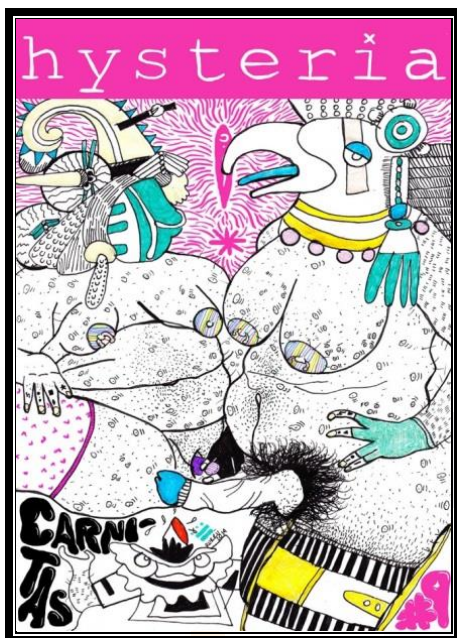


Imagen 1. Portada del #9 ¡Carnitas!



Imagen 2. Flyer de taller con Lucrecia Masson



Imagen 3. Foto luego del taller Rumiando Alianzas con Lucrecia Masson.



Imagen 4. Luego del taller/conversa con las Krudas Cubensi.



Imagen 5. Flyer para la proyección del documental “Mujeres con los gordos bien puestos” de las Gordas sin chaqueta.

VI. Entremés voluptuoso

Esta pieza ya fue montada, escenificada y estrenada, faltaba escribirla. Se desarrolla en algún lugar de la provincia mexicana a principios del siglo XXI, en una época donde las escasas feministas públicas que había se movilizaban con muy poca participación social, pero lograban organizarse para ir abriendo espacios en las diversas instituciones públicas. La protagonista es una mujer joven, profesora feminista, que al verse impedida de hablar abiertamente en la institución educativa donde laboraba sobre las reivindicaciones políticas a las cuales se adscribía, solía exponer durante sus clases de historia y teoría política dichas ideas, amparada en los temas que las mismas materias prometían. Era conocida entre sus alumnos como “la maestra de histeria”, considerada buena, pero estricta e irritable. Impartir clases, para ella era su principal modo de subsistencia y de activar políticamente sobre el feminismo.

Le resultaba engorroso liarse amorosamente con los varones, primero porque ya había experimentado varios descalabros que estaban relacionados con su mala fama de feminista y porque además tenía bien interiorizados los valores peyorativos asociados al estigma por ser una mujer gorda. El cóctel de maltratos sociales atufado de sexismo, clasismo y gordofobia, que le habían zambutido durante toda su vida no le permitía tener suficiente inteligencia emocional para lograr alguna conexión erótico-afectiva digna de contar.

Sus dos intentos amorosos previos la habían dejado bastante escamada. Uno por la aparición majestuosa de una mujer de 42 años que enamoró fulminantemente al joven remedo de novio y el otro por tibieza. De la primera experiencia aprendió que cuando un hombre ama, aunque no fuera a ella, no da rodeos y sabe lo que le hace feliz, lo disculpó. Del segundo, que cuando un hombre ama, aunque fuera a ella, pero es tibio, puede hundirte lento e imperceptiblemente en el auto desprecio.

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

Así la profesora feminista no tenía provisiones amorosas, le resultaba normal su desesperanza frente a los hombres. Como comprendía el funcionamiento del sistema patriarcal y los mandatos de masculinidad, para ese entonces sabía que, tanto las promesas paternas de cuidado tierno y el ideal romántico masculino eran sólo ficciones.

Una noche de octubre, ajetreada por sus labores docentes, notó que en una de las redes sociales de la que era usuaria, tenía una solicitud de amistad de un joven que hacía unos seis años había sido su alumno. Reconoció el nombre y le extrañó la solicitud, no mezclaba vida personal y trabajo. Era conocida por no aceptar alumnos en sus redes sino hasta que dejaran de serlo porque se habían graduado. El chico jamás había sido santo de su devoción, lo recordaba impertinente y sin interés académico, al menos en las materias que ella impartía, cercano al grupo de los que disfrutaban llamar negativamente la atención. Titubeó en aceptarlo, no le gustaba la idea que viniera a husmear en su vida privada, menos luego de comportarse tan erráticamente durante el año que tuvieron contacto profesional, él desertó antes de graduarse de esa institución. Finalmente decidió que vería con cautela cuáles eran sus intenciones y en pocos días lo bloquearía. Pasaron unos pocos minutos y el chico la saludó desde un mensaje privado. Con rareza y desconfianza, la profesora accede a conversar.

Joven. ¡Hola maestra! ¡Qué gusto saludarla! ¡Gracias por aceptarme! ¡¿Qué me cuenta de nuevo?!

(Extrañada por tantas exclamaciones la profesora teclea)

Profesora. Hola. Estoy bien, aún estoy trabajando. ¿Tú qué tal? ¿Al final qué carrera estudiaste?

J. Pero ya es muy noche ¿no? Jajajaja. No maestra, ahorita estoy trabajando. No entré a la universidad. Primero necesito juntar dinero para hacerlo.

P. Ah, pues me parece muy bien que tengas un plan. Yo también le batallé para estudiar mi carrera, se puede. Hay universidades que están pensadas para personas que trabajan y quieren continuar sus estudios. Hay becas y préstamos, o como le estás haciendo está muy bien.

(La profesora deja de escribir, no considera que la conversación dé para más)

J. Me gusta mi trabajo, creo que es importante echarle ganas a lo que uno haga...

(El joven prosigue con una larga y entusiasta intervención explicando en qué consiste su trabajo y sus intereses sobre el futuro. La profesora se distrae de la conversación, vuelve a su labor. Luego de un rato lee el mensaje y responde sorprendida.)

P. Me alegran estas noticias, te siento muy entusiasmado, traes una energía bien bonita. Nunca conocí esa parte de ti, no pensé que me fueras a sorprender gratamente.

J. ¿En serio, qué usted no piensa así? Oye ¿ya te puedo tutear?

P. Sí, ya puedes.

J. ¿Me pasas tu WhatsApp?

(La conversación por mensajes prosigue varios días, en tono coloquial y amistoso)

J. Oye, deberíamos ir por una cerveza.

P. No lo creo, tengo mucho trabajo, pero ganas no me faltan.

J. ¿Y si nos la tomamos ahorita?

(La profesora lo piensa un poco y se decide)

P. Podría descansar un poco. Sí, tomémosla.

(La profesora prosigue con su trabajo, no pasa mucho tiempo en que el joven toca a su puerta y ésta la abre)

P. Hola, pasa.

(El encuentro es cordial. La profesora nota al joven diferente, crecido. Le parece normal, no es la primera vez que se encuentra después de algunos años con personas que fueron sus estudiantes)

J. Hola, me resultó fácil dar con tú dirección. Espero te guste esta cerveza.

(Ambos están incómodos, es un reencuentro extraño, ahora privado. Se notan torpes para continuar la conversación. Toman asiento y disponen las cervezas, la inconveniencia rápidamente se esfuma, continúan conversando aménamente hasta entrada la madrugada.)

J. Debo irme, es tarde. ¿Qué vas a hacer al rato? Yo pienso despertarme tarde aprovechando que es sábado, luego ayudaré a mi papá a pintar mi casa.

P. Continuaré con los pendientes que tengo.

(Caminan rumbo a la puerta, tensos. La incomodidad y torpeza aparece nuevamente)

J. ¿Puedo venir en la noche otra vez?

(La profesora se sorprende, parece confundida por la pregunta. El joven le toma la cintura y ella siente una sacudida corporal de energía inesperada. Se pone nerviosa pero no se aparta)

P. Nos hablamos y vemos.

J. Hasta luego.

(El joven sale y la profesora cierra la puerta. Está confundida, se sienta pensativa. De pronto parece comprender, se sobresalta escamada, advierte que la intención de la visita era del tipo “sexo casual”. Se encoge de hombros y se dispone a dormir.

El día siguiente continúa con dudas sobre la visita. En voz alta.)

P. ¡Qué menso que no lo vi venir! Ya hasta se me había olvidado que podía sentirme atraída por alguien. Me parece rarísimo que me busque ¿qué querrá? Si ni siquiera le caía bien, era grosero conmigo. Además, era de la bolita de los chicos desmadrosos. ¿Y sí nada más quiere fastidiarme en venganza por lo mal que nos llevábamos entonces? Pero ya pasó mucho tiempo, además lo siento

diferente, me siento en confianza y me agrada el trato. No sé qué hacer. Además ¡soy casi 10 años más grande que él! Bueno, quizá sólo anda viendo a ver con quién liga. Pero ¿Yo? ¡Estoy gorda! A lo mejor le gustan las gordas ¿Y sí sólo está queriendo molestar? ¡Ahhh! ¿Qué fue esa sacudida cuando me tocó? ¡Por supuesto me gustó!

(Las divagaciones similares poblaron su mañana sabatina. Hasta que por la tarde decidió)

P. Le voy a mandar mensaje. Sí quiero saber qué onda. Total, si al final no se me antoja, pues le pido que se vaya. Si quiere jugar, pues jugamos y luego: aquí no pasó nada y si te vi ni me acuerdo.

(Aparentemente nerviosa pero contenida toma el celular y escribe. Lee las respuestas en voz alta:)

P. Hola. ¿Quieres venir a tomarte una cerveza más tarde?

J. Hola. ¿Qué tal tú día? He estado trabajando. Sí, sí quiero. ¿Te parece a las 9? ¿Qué llevo?

P. Bien. Mejor a las 9:30 también ando ocupada. No traigas nada, aquí aún tengo cervezas.

J. Te veo en la noche.

(Minutos antes de la hora acordada, se alista para recibir la visita. Se sienta en su cama pensativa. En voz alta:)

P. Debo ser cautelosa, no tengo claridad de sus intenciones. Me resulta extraño pensar que yo le pueda interesar sexualmente. Además, soy más grande. A lo mejor es de los que presumen que se liaron a la maestra. Mejor le hablo y le digo que al final no pude. Se me antoja verlo y me da morbo. Digo, se ha portado bien, ha sido muy simpático, amable, entretenido. Pero me da desconfianza, era muy diferente hace años. A ver piensa detenidamente e intenta recordar ¿alguna vez le hiciste algo desagradable y quizá quiera desquitarse de la maestra gorda? ¡Seguro que sí, era inexperta! Por ser tan chava creía que debía portarme

soberbia para que los chicos me respetaran. No me acuerdo, pero seguro le hice algo y quiere vengarse. ¡Ahhh, cuánta tontería e inseguridad me dejó el idiota de Tibio Gordófobo! ¡Bueno, ya! tranquila y déjalo ser, responderé sólo a lo que él manifieste. Voy viendo si me late o no.

(Suena el timbre y la profesora acude a atender. Abre la puerta y se sonríen. Se abrazan y la profesora vuelve a sentir la descarga, ahora un poco más prolongada. Queda claro que se desean. Torpes nuevamente toman asiento, parecen no saber cómo iniciar conversación. La profesora le ofrece una cerveza y abre una para ella. Se sienta con distancia, como la noche anterior, actúa cautelosa.)

J. Ando bien cansado, ¿cómo te fue a ti, terminaste?

P. Pude avanzar, yo no me siento tan cansada.

(El intercambio es casi robótico, tosco. La conversación es menos fluida que la noche anterior, ambos se esfuerzan por mantenerla. Hay tensión sexual. Luego de largo rato.)

J. ¿Tienes pareja?

P. No.

J. ¿Por qué?

P. No me gusta hablar de eso.

J. ¿Cuánto tienes sin novio?

P. No creo en el noviazgo. No lo practico. No hay ningún fulano digno de que le haga referencia.

J. Pero ¿por qué?

(El intercambio se torna tenso, él inquisitivo y ella progresivamente enfadada)

P. ¿En verdad quieres que te aviente todo el choro? No quiero hablar de eso, en serio. Yo no te he preguntado y tampoco estoy segura si quiero saber si tienes novia o cuántas tuviste.

J. Solamente quiero saber por qué.

P. No es interesante

(Él se desplaza por el sillón para acercarse a ella. Ella está a la defensiva. Se pone nerviosa por la cercanía corporal y se levanta. El pretexto es ofrecer otra cerveza. Él se levanta también y husmea entre los libros, se sienta en el sillón del estudio. Hasta ahí ella le trae la cerveza y se sienta en la silla de su escritorio.)

P. ¿Por qué estás aquí? ¿A qué viniste? ¿Por qué me buscaste?

J. Para platicar contigo, me has caído bien, porque quiero conocerte. ¿Tú por qué me invitaste hoy?

P. Desde ayer me siento muy atraída por ti.

J. Yo también. Desde antes.

P. No me lo esperaba. Lo digo de una vez porque no me gusta sentirme incómoda o expectante.

(Ella tensa y él sonriente. Ambos continúan sentados en los mismos lugares.)

J. ¿Qué quieres hacer?

P. Quiero besarte.

J. Ven.

P. Ven tú.

(Ambos se levantan y se aproximan. Se besan con intensidad. Hay efusión en el abrazo y en la forma en que empiezan a tocarse. Por un rato no hay pensamientos ni preguntas, ni titubeos. Se encuentran cómodos y excitados.)

J. Quiero hacerte el amor.

(La profesora se aturde. En segundos le ocurre un ataque de dudas, se detiene en seco asustada preguntándose. ¡¿Qué estoy haciendo?! El joven lo advierte, le toma la mano y la mira con detenimiento.)

J. ¿Quieres parar?

(La profesora no contesta, sólo corresponde el beso y todos los siguientes. Retozando comienzan a deshacerse de la ropa. La profesora se apronta, por vergüenza corporal bien aprendida, a pasar el momento bochornoso. Cierra los ojos. Esta vez a diferencia de sus anteriores, éste baja y comienza a besarle intensamente la panza. Ella se extraña y abre los ojos. Se encanta con la lujuria nueva que advierte. Siente las manos fuertes del amante, que la soba atrayéndola hacia él. Embelesado disfruta juguetonamente ahí. Le muerde el ombligo, arde. La siente, su panza, ¡finalmente la siente! Ella y él, enteramente. La alegría del cuerpo cuando es notado completo sin prejuicios. Se vuelca en ella y ésta responde como nunca. Con los ojos bien abiertos para no perderse tanta maravilla. Ella le busca los ojos y pronto lo encuentra. Sonríen cómplices. La mira justo como desea un buen amante.)

Sin fin.

(La apropiación erótica)

VII. Gorda en disputa. Prosas³⁵ poéticas de afectaciones alegres

Peleo desde que tengo memoria: por la atención de mi madre, para no estar gorda, para sacar las mejores notas, por la atención masculina, para bajar de peso, para que me escojan en el equipo, para caber en la ropa, para bailar sin que me miren morbosamente, para que mi amiga me crea que le gusto al chico que me gusta, para hacerle frente a la renuencia de mis padres a que estudiara sociología, para que se comprendan las causas de mi adscripción al feminismo, para hacer mi cuerpo gordo.

VII.1 Afectación 1. Niña perfecta, gorda que puede.

Hubo momentos muy lindos en mi niñez. Me encantaría decir que tuve una feliz, pero a decir verdad me recuerdo casi siempre angustiada. Recuerdo cavilar que mi primera comunión con dios era un asunto muy importante, que me estaba comprometiendo a ser buena niña, a obedecer a mi mamá, a no pelear con mis hermanas y a estar calladita. Ideaba cómo apaciguar mis ganas irrefrenables de contestar lo que sabía, porque luego la culpa judeo cristiana me hacía sentir metiche y presumida. Cómo obedecer cuando me parecía tan difícil hacer comprender a mi mamá y papá, que yo creía que había quizá mejores formas para hacer las cosas. Cómo hacerle para encontrar momentos en dónde pudiera sumirme solita en mis pensamientos y juegos sin que me encontraran y me acusaran de floja. Creía que esos eran mis pecados; decir lo que pensaba, desobedecer, cuestionar. ¡Miren nada más, qué feminista casualidad!

³⁵ Aún no encuentro una definición que me satisfaga. Quizá ni siquiera sean prosas poéticas, pero lo dejaré tentativamente.

En proceso de armisticio auto exigido rezo la famosa frase de Baruj Spinoza: “nadie sabe lo que un cuerpo puede”. Y me recuerdo suspendida en placer dando vueltas de carro por el patio escolar a los seis, jovencita embriagada en baile hasta el amanecer, las veces que este cuerpo gordo ha temblado complacido. Quienes me miran a través de su “estigma-tismo” ni se imaginan lo que puedo.

El sistema me azuza a la pelea, desconocen los átonos de mi voz, el acento lo quiero poner yo. Me siento entre el hostigamiento de la gorda destino y la gorda que avivo. Intuyo que no soy la única.

Con otras gordas, diviso nuestro territorio de resistencia, este sólo se aprecia en la confluencia de identificaciones con el hartazgo por los mandatos hegemónicos de corporalidad, género y sexualidad que continúan expropiando nuestras alegrías y potencias. Nos encuentro en el rechazo de ser las gordas resentidas y enfermas, restándole a esa subjetividad impuesta que nos desvitaliza, que persiste en sumirnos en su sistema productivo esclavista. No queremos tus calzones Calvin Klein, no pretendemos ser estrellas porno-fetiché, ni modelos curvis, ni representar ningún tipo de belleza. Nos veo zafando nuestra gordura de la incitación mercantil para hacer de ella un plusvalor.

Lo que puede mi cuerpo sólo se entiende en la experiencia vivida, empírica de él mismo. ¿Ya comprendiste al tuyo? ¿Adviertes la potencia de nuestras lonjas trémulas al compás de un reggae? Creo con Laura Contera y Nicolás Cuello (2007; 20) en la desestabilización del orden social, económico, sexual y afectivo opresor para la gordura, creo en una política mayoritaria que se fugue de la autoconfirmación de la voluntad individual. Esta revolución no es superación personal.

VII.2 Afectación 2. Educación física

Jamás fui buena en los deportes, mientras cursaba primaria y secundaria, la educación física era una asignatura obligatoria. Los días que tocaba esa materia el nudo duro en mi panza aparecía desde que despertaba. Era desesperante lidiar con

el sudor y los olores, creía que yo olía sucia, con el pendiente de estar tan consciente de mi cuerpo tosco y poco habilidoso. Me enfocaba en el esfuerzo para alcanzar cada uno de los ejercicios requeridos por el profesor. Y los alcanzaba. Esta gorda, también siempre sacó 10 en educación física, como casi todas las niñas. Desde que recuerdo he sido una gorda de cuerpo flexible, pero eso parecía no importar, lo significativo era aguantar, llevar el cuerpo al límite, todo para estar delgada. Justo esa era justificación de la materia. Hacer ejercicio para no ser gordos incapaces de moverse, feos. Todavía se los escucho decir a mis compañeros profesores de nutrición y deportes.

De niña no pensaba en dietas, o en adelgazar, me sabía gorda y le pedía a Dios que sólo creciera, pero que ya no engordara. En las noches, antes de que mi madre me persuadiera a rezarle al ángel de mi guarda y a San Jorge bendito para que amarrara a sus animalitos, se lo pedía fervorosamente: diosito que crezca, pero ya no engorde. Me urgía crecer y crecía, pero gorda. Hacía todo en educación física, para alcanzar la promesa, me exigía, sentía orgullo de aguantar más que algunos de mis compañeros, jamás me felicitaron por eso. Supongo que los profesores sí lo notaban, quizá no decían nada por su propio prejuicio, era lo correcto a hacer: Hacer un esfuerzo enorme para no estar gorda. Durante esa etapa, me miraba al espejo, y sentía aprecio por mi rostro, por mi cabello, pero mi panza, siempre mi panza abultada me lo quitaba. Todavía hoy cuando percibo el interés erótico de otra persona por mí, que la observe es causa de ansiedad. Tengo una y grande, somos una misma en este arduo camino de apreciación.

Quiero apreciar mi resistencia al esfuerzo físico, mi flexibilidad corporal, el orgullo que sentía al aguantar más que varios compañeros. Deseo recordar consciente, tipo anuncio espectacular de neón rosa con verde, ¡que podía! aunque no me lo apreciaban. Quiero reconocerle a la niña que fui, su tesón, decirle que no se angustie por eso, que esto sea el aviso constante de que es capaz de hacer lo que ella considere, que su cuerpo está bien, que admire su propia potencia, que piense

más en ella misma y se sonría por ser fuerte y tener decisión. Asegurarle que, de cualquier modo, siempre sucede que una le gusta a alguien. A mis 41 soy también esa niña.

No puedo quitarme el estigma de gorda, con un acto del habla no desaparece la opresión socialmente funcional. Sigo a otras gordas, con ellas estoy dispuesta a armarme con dispositivos que me permitan performar mi gordura, encarnarla del gozo negado pero posible que contengo. Intentamos subvertir la gordura. Gorda NO ES más un insulto. No me pidan recetas ni metodologías, lo que puede tú cuerpo sólo puede ser entendido en la experiencia práctica de él mismo. Mi trasero apenas cabe en el asiento del camión urbano, mi abrazo es masaje suave, suena pesado al caminar, me gusta que me adviertan: Mi cuerpo con su vulnerabilidad es el único enchufe de conexión. Importa hablar de mi cuerpo, no como un hecho narcisista, sino como uno relacional.

“Hacer visible la experiencia de un grupo diferente -expone Joan Scott- pone al descubierto la existencia de mecanismos represivos, pero **no su funcionamiento ni su lógica internos**; sabemos que la diferencia existe, pero no entendemos cómo se constituye relacionalmente. Para eso **necesitamos dirigir nuestra atención a los procesos históricos que, a través del discurso, posicionan a las sujetas y producen sus experiencias**. No son las individuos las que tienen la experiencia, sino las sujetas son constituidas por medio de la experiencia...*La experiencia se convierte... en aquello que buscamos explicar*³⁶, aquello acerca de lo cual se produce conocimiento. Pensar de esta manera en la experiencia es darle historicidad, así como dar historicidad a las identidades que produce”. (Scott, 2001 p. 49)

³⁶ Negritas y cursivas propias

VII. 3 Afectación 3. De gorda a gorda

Hace poco mi vecina me dijo: no quiero aceptarme gorda sólo porque no hay de otra. Cavilé en lo profundo de la opresión. Traté de escucharla, contagiarle el hondo respeto que he cultivado por mis lonjas, lo complicado que es mantener esa dignidad cotidiana y la satisfacción de pasar cada vez menos momentos invertidos odiando mi cuerpo. Obviamente ella cree que yo me conformo. Me quedé recordando que ni en mis veintes cuando bajé mucho de peso, muriendo de hambre, chingando mi cuerpo, me sentí tan rotunda y bella como ahora. Al día siguiente la vi fajada y maquillada. Se veía hermosamente GORDA, igualita que cuando no lleva faja y maquillaje. Deseé tanto que su deseo de sí misma engorde pronto que aquí me tienen, contándolo.

Como socióloga entiendo cómo funcionan las opresiones, el ordenamiento social desigual que perpetúan; en esta investigación, no estoy interesada en hacer un recuento teórico exhaustivo que explique mi experiencia cotidiana como mujer gorda y de clase trabajadora. Me preocupa seguir adecuando cuestiones empíricas a las teorías disponibles. Así no creo que tenga utilidad política la investigación social. Como investigadora, quiero hablar de lo que sé de primera mano. De ahí que la autoetnografía sea en este momento la herramienta metodológica idónea.

Grosso modo, la autoetnografía, dice Noelia García (2013), “es una estrategia de investigación cualitativa que pone de relieve el lugar que ocupa el sujeto que investiga en contextos de producción de conocimiento”. La participación autorreflexiva sobre mi gordura, hacerla, es una estrategia que accede como complemento, al conocimiento, discursos y experiencias de otros cuerpos gordos. La autoetnografía es descripción densa -a lo Geertz (1973)- de quien investiga, no porque su experiencia sea la más relevante, sino porque es importante para

conocer, comparar, comprender a las otras en condiciones socioculturales similares.

Considero que es necesario, describir sociológicamente qué pasa con las gordas que abortamos la dieta, que no seguimos el camino trazado de otras opresiones como la vigorexia, la bulimia o la anorexia. Intuyo que hubo afectaciones alegres para optar por la resistencia, por la configuración o creación de nuevas formas de vivir nuestro cuerpo gordo. Sin las epifanías que la autoetnografía me proveyó cuando la utilicé, hubiera sido imposible percatarme de ello. Durante mucho tiempo no me explicaba cómo me podían convivir el enojo por vivir el estigma gordo y el placercito de saberme fuera de la norma. Dicen los versos de la poeta Txus García (2011): De la rabia a la felicidad sólo hay una batalla.³⁷ La autoetnografía potencializa el dar cuenta de cada golpe perpetrado, sentido, de la disputa a que nos conmina esta estructura sociocultural histórica.

VII. 4 Afectación 4. Verse el ombligo.

Hace no mucho tiempo una Dra en Antropología dudaba categóricamente sin contra argumento mi afirmación que la gordura es una forma de opresión, le ponía de manifiesto que la naturalización de los chistes y bromas sobre el peso son elementos que perpetúan esta condición de inferioridad corporal. Si nos burlamos de la gente pobre se ve con recelo, lo mismo ocurre si hacemos mofa de las personas racializadas o con funcionalidad diversa, ¿por qué no ver como negativa la burla sistemática a la gente gorda? Soy gorda y socióloga, ella sigue diciéndome que hacer autoetnografía, es verse el ombligo. Y yo recuerdo a Silvia Bénard (2014) y su recuento de provincia, a Carol Rambo (1995) y la forma que su texto sobre

³⁷ El texto completo es: No debería usted saltarse la cadena de mando/ni siquiera sacarle ventaja a su jefe/ni atreverse a contradecir al cura/ a su padre no le replique/ ni se le ocurra cuestionar a un superior/ no sea que sepa lo que es la rabia y que de la rabia a la felicidad sólo hay una batalla. Consultar. <https://libroemmagunst.blogspot.com/2014/05/txus-garcia-no-deberia-usted.html>

abuso infantil nos permite comprender profundamente el fenómeno, a Artur Bochner (1997) y todo lo que le aprendí en su pieza sobre masculinidad y migración, a Mari Luz Esteban (2004) y su itinerario corporal, a Fiona Stanley (2018) y nuestras identificaciones gordas, a la estupenda Lucrecia Masson (2017) y su epistemología rumiante. Esos son, el tipo de ombligos con los que conecto, con los que me entusiasma continuar dialogando.

Me considero además una yonqui de la metodología, veo a la autoetnografía como un instrumento que posibilita una visión en zoom tan complicada de lograr cuando hacemos investigación; ésta, en un momento afina la capacidad explicativa de la realidad, para luego volver a mostrar su marco completo.

Así, retomando la idea de la comprensión de conocimiento weberiana expuesta por Osorio (2005a), me sumo a la afirmación “lo general y lo particular constituyen momentos en el proceso de aprehensión de la realidad” (p.20). La autoetnografía describe densamente, luego retoma y va a lo abstracto. Para generar ese orden sistemático de ideas generales y lógicas que es la teoría; pienso imprescindible analizar de cerca hechos empíricos, escudriñarlos para dar cuenta del andamiaje sociocultural del que son fundamento.

Por otra parte, creo con Laurel Richardson (2005) que para quienes hacemos investigación cualitativa, la escritura debe ser también método de indagación. Me interesa hacer investigación que dé sentido a las personas que la leen, que sea provocadora, que conmueva como la poesía, la música. La autoetnografía dota de elementos para ello. El método de escritura autoetnográfico es alterno al científico, cuantitativo; en él no hay tablas ordenadoras, sino buena narrativa; no es sintético, más priva la profundidad y espesura del relato; no hay hipótesis sino intuiciones compartidas desde las que hemos de elaborar mediante lo que Richardson llama *prácticas analíticas creativas*. Como investigadora, me siento un medio, veo potencialidades positivas en el hecho de hablar de lo que sé a la luz de la teoría sociocultural aprendida.

Por ahora quiero proseguir este camino de investigación que vuelca ética y epistemológicamente el no salir a interpretar a las “otras”, estoy de acuerdo con Holman Jones (2005, citado por Ellis) cuando dice que “las autoetnografías ven en la investigación y en la escritura actos socialmente justos. Más que tener una preocupación por la exactitud, el objetivo es producir textos analíticos, accesibles que nos cambien a nosotras y al mundo en el que vivimos para mejorarlo”.



VIII. Torta de jamón. Cuento³⁸ para investigadoras en desacato

Para hablar de la desobediencia como método de aprendizaje ético en el cual se basa la autoetnografía, debo contarles un cuento auténtico y un tanto largo.

*

Durante la segunda mitad de los años ochenta del siglo pasado, vivía en la provincia mexicana Lena, una niña gorda que en la escuela tenía como apodo *torta de jamón*. Casi siempre la piel se le ponía roja, el sol la quemaba fácilmente causándole estragos, además le encantaba jugar a bailar, así que el esfuerzo físico también le ponía los cachetes colorados. Tenía el cabello largo y como cualquier niña sin el mínimo esfuerzo terminaba greñuda. Lucero, su hermana mayor, le hacía burla porque en el marco de su frente le sobresalían como cuernos, dos chinos güeros casi imposibles de controlar. Su mamá se desvivía por untarle chorros de limón y estirarle el cabello en una cola de caballo trenzada. Cuando lograba apaciguar los cuernos, la mofa provenía de Aly, otra de sus hermanas mayores, que bufonamente le decía que parecía japonesa de tan rasgados que le quedaban sus ojos.

Su mamá se llamaba Licha y también era gorda. De piernas delgadas y vientre abultado consecuencia de los dos niños y seis niñas que parió. Su tez morena y suave, ceja escasa y labios gruesos es lo que más le admiraba Lena. Tenían una relación distante, Lena era una niña que a diferencia de sus hermanas y hermanos no seguía cada movimiento de su madre por toda la casa. Temprano había aprendido que debía manejárselas sola, acomodarse a la imposibilidad de su madre por darle toda la atención que ella quería, sabía que tenía otros siete hijos y un marido bastante demandante. Las rabetas eran lo que le permitía tener de vez

³⁸ El cuento es una narración de una acción ficticia, de carácter sencillo y breve extensión. El cuento ha constituido siempre un medio popular de expresión pedagógico, didáctico, moral, conscientizante, o de simple entretenimiento. (Ayala, 1994: 6)

en cuando atención materna, estrategia bastante mala pero que alguna vez resultaba.

Esa distancia le permitía observar el funcionamiento cual pata con crías de su madre y hermanos. Lena con frecuencia se sentía la patita pródiga. Eran una familia numerosa, que vivía de una tienda de abarrotes y además practicaban la fe católica. Lena tenía toda la semana clases extras de religión, entre el catecismo, liturgia y acción católica se hallaba; no era de extrañar que sus referencias en juegos provenían de ahí. Una tarde observándoles Lena pensaba sobre el lema de las abejitas, el grupo de acción católica al que pertenecía: “Trabajar con amor”, no sabía cómo debía hacerlo, pensaba que era muy niña para tener un trabajo. Así que, frente al miedo por la inminente burla de sus seis hermanos mayores, se atrevió a preguntarle. Mamá, nos dijo la guía Chita en ACAN³⁹ que las abejitas debíamos trabajar con amor, pero no sé cómo se hace eso, las niñas no trabajamos. No hubo burlas y mientras doña Licha lavaba los trastos sucios con rapidez, le contestó: Claro que sí trabajas, haces la tarea, lavas tus calcetas y a veces me ayudas a doblar las servilletas de las tortillas. Así que, lo que dice Chita es que debes hacer todo eso con ganas y sin renegar. Sin decir más ni esperar respuesta, cerró la llave, sacudió para escurrir el agua del último plato, se secó las manos en el delantal y corrió a la tienda, había llegado el panadero a surtir la tanda vespertina.

El apodo *torta de jamón* se lo había puesto Cuco, un niño blanco y pecoso que sonreía todo el tiempo. La perseguía por toda la escuela y se sentaba detrás de ella en la fila del salón. Nadie más que él le decía así, y la forma de reaccionar cuando este lo profería consistía en traspasar con la mirada la existencia del niño. Para Lena, el fuerte carácter de su papá le había enseñado que hacer ciertas muecas, también le podían conferir algo de poder para defenderse. Lena era más alta y corpulenta que Cuco, así que sólo bastaba con volver el cuerpo y fulminarlo con la mirada para que cesara de exigirle atención cuando repetía cantando *torta de jamón, torta de jamón*.

³⁹ Acción Católica para Adolescentes y Niños

El menor de los dos hermanos de Lena sabía del apodo y era su motivo favorito para echarle carrilla, las tardes que les mandaban sus padres a hacer los alcatraces de papel de estraza para la tienda, Antón la fastidiaba diciéndole que le contestara al niño pecoso: ¿Qué, te dan envidia mis jamones? A Lena le parecía otra ofensa, también su hermano se reía y la llamaba gorda, pero lo tomaba normal, a esa edad parecía ya entender que los niños se relacionan de forma grosera con las niñas. Su hermano se había enterado del odioso apodo en el catecismo, cuando Cuco le preguntó si él era el hermano de la *torta de jamón*, puesto que tenía la intención de contarle un chisme escolar. Cuando aclararon el parentesco le contó que el día anterior, Lena se le había puesto retando a unos niños de sexto para defender a don Polo, el viejito que vendía paletas en su carrito a la salida de la escuela.

Ocurrió que la subdirectora le había pedido a don Polo que no dejara ir a ningún alumno hasta que ella regresara del baño para dar el toque. Uno de los grupos de sexto y el grupo de Cuco y Lena de segundo, habían salido ya. Todos esos niños esperando en el vestíbulo, era trifulca segura. Unos corrían, otros gritaban o reían, los de sexto, apretados al portón corrieron el cerrojo intentando abrir. Lena que había escuchado el pedido de la subdirectora les dijo que esperaran, los chicos la ignoraron y comenzaron a gritarle groserías a don Polo. El viejito, intentando cumplir con el favor que le habían solicitado, tomó con sus dos manos el portón para que no se abriera. El montón de niños comenzaron a jalarlo, forcejeaban, y Lena sorprendida por el abuso veía cómo las manchadas y artríticas manos de don Polo hacían fuerza, pero iban cediendo, le veía dolor en el rostro y entonces gritó. Lo hizo tan fuerte que los niños de sexto dejaron de jalar el portón. Atinó a decirles: ¡don Polo sólo le está haciendo un favor a la sub, no tienen por qué decirle nada! No tardó en llegar la autoridad y arregló el asunto. Desde ese día don Polo le comenzó a vender las más ricas paletas de tamarindo con sonrisa tierna de amigo abuelo incluida.

Aunque Antón le contó a doña Licha el episodio, el orgullo materno no alcanzó para disculpar a Lena por el robo de ciruelas verdes cometido a la carnicería de la

colonia en complicidad con Adel, otra de sus hermanas. Su madre las había mandado ir por tortillas, kilo y medio de hígado y un puño de cilantro para hacer los tacos favoritos de Lena. Adel y Lena ya habían pasado por la tortillería, llegaron a la carnicería y debían hacer fila para que las atendieran. Mientras esperaban, reían y olían la fruta fresca que rebosaba antojosa de las rejas apiladas. Adel codeó a Lena y al oído le preguntó: ¿No se te antojan las ciruelas verdes? Lena sonrió y replicó: Sí, mucho, pero no traemos dinero para comprar, mi mamá sólo nos dio lo justo. Adel prosiguió, si sólo nos comemos disimuladamente una cada quien, nadie lo notará. Lena limpió restregando en su falda el pequeño fruto para dejarlo brillante, luego lo puso en su boca, saboreándolo lentamente. Exprimía el jugo dulce con la lengua y despacito deshacía la pulpa para no ser cachada en la travesura. Les despacharon el hígado y volvieron contentas con las viandas. Ya en la cocina, su madre se percató que Lena traía algo en la boca y le preguntó. El sonrojo fue tremendo, la habían descubierto saboreando el hueso que olvidó tirar antes de llegar a casa. Doña Licha atinó molesta: ¿Por qué estás comiendo ciruela verde si yo no les dí dinero para comprar? Adel, mayor que Lena y de carácter mucho más dócil, no tuvo otra opción sino explicar. Su madre sin tregua al enojo retomó: Don Toño y doña María son personas grandes, y todavía trabajan porque lo necesitan ¿les gustaría que alguien viniera y nos robara aquí en la tienda? Ahorita, en este preciso momento se me van juntas de vuelta a la carnicería, llegan y dicen que las estoy mandando a pagar las ciruelas que se robaron.

Lena que se sentía avergonzada y regañada, sabía bien que no había forma de zafarse de la lección. Le zumbaba la letanía paterna: Aquí todo es de todos. Y así lo creía, hasta el castigo por la ocurrencia de Adel era suyo. Para desmarcarse del asunto tampoco ayudaba la leal, poderosa e indestructible relación que apreciaba entre su madre y su tía. Ese era el modelo, *ser hermana*, la más poderosa arma entre las mujeres.

Su madre ya se había aprontado a descargar su malestar con su hermana y mejor amiga Carmina, una señora que adoraba pintarse los labios y uñas a juego. Juntas

podían hablar durante horas al teléfono. Visitarse hasta dos veces al día y continuar con llamadas. Incluso los fines de semana se organizaban paseos y eventos para pasarlo juntas. Hablaban de absolutamente de todo y todo el tiempo. Lena jamás las vio discutir, se regañaban la una a la otra, se carcajaban o aconsejaban indistintamente. Lena con su relación distante con la madre, solía sentir que su tía Carmina era la aliada con buenas credenciales para acceder a doña Licha. Su tía la mimaba con regalos de joyería de fantasía y cosméticos que iba dejando de usar. Lena amaba principalmente los labiales café oscuro y los frascos de perfume *Poison* con un poco de residuo que dejaba su tía para su deleite. Lena que apreciaba esas gotas, hacía rendir la esencia con un poco de agua y alcohol etílico que se robaba del botiquín prohibido que tenía su papá en la tienda. Habiendo compartido el incidente del robo de ciruelas, Carmina fungió como la perpetuadora del regaño que afianzaría la lección ¡Sobre todo para Lena! decía doña Licha, porque ¡es tan socarrona y siempre hace lo que le da la gana!

El hecho que Lena anduviera por su cuenta sin actuar como sus demás hermanos y hermanas, era visto con sospecha por su madre, lo que también contribuía a agrandar la distancia entre ellas. El vínculo amoroso entre ellas era a través de la comida. Doña Licha gobernaba el mundo desde su cocina, tenía una silla de hierro forjado al lado de la estufa y nadie se sentaba ahí más que ella. Era una estupenda cocinera, sabía despachar y compartir de memoria cualquier receta por la que se le preguntara. Era común que las vecinas acudieran a ella para preguntarle cómo debían solucionar sus errores culinarios, para pedirle prestadas herramientas necesarias para lograr algún guisado o simplemente porque doña Licha jamás estaba corta en ingredientes y hierbas de olor. Incluso el abuelo y tíos maternos concurrían regularmente a que doña Licha les regalara un taco. Cocinaba tan bien que sus platillos podían hacer cambiar el habitual y violento mal humor de su marido.

El momento de armonía familiar ocurría a la hora de la comida. Lena disfrutaba de la comida y platicaba con todos, pedía tortillas, agua de frutas o salsa, no había

prohibiciones, ni disciplina, ni regaños, ni reglas a la hora de comer. Había risas, alegría y satisfacción.

Doña Licha, señora ancha y andar resistente, hacía notar su presencia, al mismo tiempo era grácil y apacible. Era de carácter agradable y trato amable, con extraordinarios dones para conversaciones largas. Se sabía gorda y no se lo reprochaba, jamás ninguna de sus hijas la escucharía proferir desprecios a su propio cuerpo. Siempre con delantal, siempre limpia, siempre peinada con chongo. Nunca se exigiría e impondría, ni a ella ni a ninguna de sus hijas dietas o belleza. Solía repetir ufana y convencida que sus hijas eran gordas bien hechas.

Lena sabía que el autoaprecio que le modelaba su madre no era el descrito en las revistas y en la tele, esas hablaban de cuerpos delgados, blancos, con ropas de moda a precios caros, mujeres haciendo aeróbics en mayas, con escotes pronunciados y tacones altos. Lena tardaría un poco en comprender que en ese mundo de los ochenta que tendía cada vez más a la explotación, a la privatización, al consumo acrítico y al individualismo egocéntrico; su generosa, justiciera, compasiva, solidaria y hermosa madre justamente le estaba enseñando desobediencia. Fin.

*

He estado consciente de las implicaciones éticas que se deben tener en cuenta al adentrarnos en cualquier investigación. En el caso concreto de las autoetnografías que este documento en extenso presenta, me interesa destacar que más que en cumplir con los parámetros metodológicos de confiabilidad y validez que se nos suelen exigir, aquí apremia presentar que hay formas alternativas para asentar que nuestras búsquedas de saberes pueden fugar del radar que la metodología ortodoxa nos demanda, sin prescindir de sus consideraciones éticas.

Si bien estamos habituados a los requerimientos de científicidad y exigencias de los centros de investigación y revistas académicas, considero que también convendría seguir el camino que, desde la segunda parte de siglo pasado, algunas personas investigadoras han emprendido, con la intención de abrir el abanico de

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

posibilidades creativas para la investigación social y humanística. Ya hay un trecho andado importante que deja constancia de la validez académica de este tipo de indagaciones.

La autoetnografía, en este caso concreto, se me apareció de forma tan rotulante que me fue imposible no detenerme a observarla. De lejos parecía prometerme agua dulce en un oasis de la aridez académica. De cerca ha sido más bien, el camino desértico, arenoso e inclemente desde donde diviso ahora ese paraíso. Pero ese proceso justamente ha ido estructurando las piezas que al principio parecían sólo intuiciones dispersas; ha ido limpiando legañas en mi mirada teórica y aceitando mis herramientas metodológicas. La autoetnografía permite moverse en diferentes marcos de escritura sin ser constreñida, de ahí que facilita la convivencia de mis inquietudes literarias, políticas y teóricas. Me interesa mostrar el orden de este desierto.

A medida que comencé con las lecturas autoetnográficas me percaté que ahí se trabaja con amor. Hasta ahora no he leído a ningún autoetnógrafo o autoetnógrafa que en su escrito se prescindiera de un alto contenido de gusto y aprecio por los saberes que ahí expone. En este oasis académico que es la autoetnografía me he topado con la constante preocupación con exponer peligrosamente experiencias individuales que contribuyan a desmontar injusticias sociales; encuentro coraje, compromiso y ánimo por detener cualquier daño social. Se ocupa intencionalmente de no tomar saberes que son ajenos, apuesta a la práctica investigativa de hablar desde un lugar horizontal, no jerárquico; quien investiga comprende (ahh, ese debate abundante en las ciencias sociales) de primera mano y con su cuerpo aquello que indaga. Con la autoetnografía he tenido libre acceso a la comprensión del fenómeno que me interesa desentrañar.

La investigación autoetnográfica aspira a la solidaridad, a compartirnos como buscadores de saberes y convidar de aquello que encontramos. De forma personal, la autoetnografía me ha permitido ir encontrando los huesos de mi propia existencia social.

Gratamente la autoetnografía es un lugar que invita a la desobediencia. No hablo de desobediencia sin causa, hablo de una que tire hacia nuevos estadios de conocimientos, de identificaciones, de placeres, de relaciones entre personas, de aprendizajes. Hablo de una desobediencia que conozca de bien a bien el lugar de donde parte, sin extravíos, para no repetir historias de desigualdad, extractivismo, saqueo o imposición de conocimientos verdaderos y absolutos. Hablo de una desobediencia informada, que se expanda y venga cargada de memoria y rebeldía. Oigo a Doris⁴⁰ diciéndome que ser rebelde lleva una vida entera, preguntándome si mi rebeldía alcanza para cobijarme el desánimo, que si tengo alegría en soledad... que si es así, he vencido al mundo. Escucho también a la Gloria⁴¹ gritándome desde la frontera: ¡Hermana, ya tienes agallas creciéndote en los senos!

⁴⁰ Doris Lessing (1919-2013) y hago referencia a su poema "Ser rebelde."

⁴¹ Gloria Anzaldúa (1942-2004) y aludo a su poema "Soltar."

IX. La cocina de las Flores. Pertenencia, alimentación y goce.

IX.1 Gorda bien hecha

Supongamos que es 10 de mayo de 2000, que no te extraño y me enseñas a cocinar papas con chile serrano y limón. Imaginemos que te dejo cuidarme y escoges esta receta porque sabes que, así como en mis emociones y sensaciones, amo los sabores fuertes.

La relación negativa con mi gordura nació la tarde en que decidí que no volvería a contarle nada a mi madre. Era una niña recién inserta a la educación formal. Había llegado de la escuela, traía puesto mi uniforme de camisa blanca, falda tableada azul marino y mi chaleco rojo con sus cuatro botones dorados. Entré directo a la cocina donde estaba mi madre afanosa entre la comida, la lavadora y mi exigencia por su atención. Ella estaba en la estufa cocinando, meneando las ollas, yo recargada en el fregadero le contaba lo que había aprendido en la escuela, a qué había jugado y que una niña me había pedido que le escribiera una carta de amor a un niño del salón. Aún no sabíamos leer ni escribir, pero ya me habían asignado el papel de *escribana*, título que me daría años más tarde mi abuelo cuando cada vez que venía a visitarnos me encontraba entre libretas o la máquina de escribir. Le contaba a mamá que para satisfacer a mi compañerita en su pedido había copiado letras que estaban estampadas en la goma para borrar, en mi lápiz y de las que tenía la maestra en el pizarrón. Doblé la hoja de papel con los garabatos inventados y le dije a la niña que la entregara lo que según yo decía.

Entusiasmada no paraba de hablar, quería contarle todo a mamá. La miraba hacia arriba, podía ver sus piernas delgadas, su panza abultada cubierta con un delantal de cuadritos blancos y bolsillos repletos de los seguros enganchados que mi madre iba encontrando tirados por la casa cuando limpiaba. Miraba también que

no me estaba poniendo atención, me daba cuenta de que estaba más entretenida con la comida que conmigo. Le pedí atención, respondió que sí, que me estaba escuchando. Volví a mi relato entusiasta, pero rápido noté nuevamente que se perdía entre el meneo a la comida. Me enfadé, callé y me di la vuelta para alejarme pensando que nunca más le contaría nada porque yo no le importaba.

No le conté cuando un compañerito me acosaba por gorda en la escuela, cuando unas niñas de la colonia me perseguían amenazándome con golpearme, cuando la maestra me golpeaba la cabeza con el nudillo de su dedo medio regañándome porque platicaba en clase. Tampoco le conté cuando en los muertitos entre el gentío mientras ella pagaba las calaveritas de dulce que nos había comprado a mis hermanas y a mí, un grupo de niños pasó detrás mío y uno de ellos metió su mano entre mis piernitas por detrás y me agarró con fuerza, adolorida y asustada volteé y el chico me susurró: pinche gorda.

No le contaba nada, me tragaba mis miedos, vergüenzas y preocupaciones, mis sueños y deseos. Crecí independiente, sin confianza en nadie sino en mí, dudando de la visión de mi madre, con el deseo de alejarme de la figura femenina que ella me representaba. Temprano me deshice de la imposición de la maternidad, del matrimonio monógamo y de estar metida en la cocina, cocinando para otros. Nunca le pedí a mi madre que me enseñara a cocinar, ella insistió poco, yo hacía todo lo posible por alejarme de ella.

Cuando iba a cumplir quince años, preparando la fiesta, mi tía, hermana de mi madre le comentó: deberías poner a Magda a dieta ahorita, porque si llega a los 17 gorda ya no podrá adelgazar. Mamá no hizo caso ni réplica, pero a mí se me instaló el deseo por bajar de peso, pero tampoco le dije nada a mi madre. La tía me prestó una faja para que el vestido de quince se me viera bien. Instalado el deseo por la delgadez comencé ese camino sola. Ayunos diarios, a veces dejaba de comer por días enteros, tomaba litros de agua para quitarme el hambre, semanas enteras en que comía sólo lechuga con limón y sal. Salir de casa a la preparatoria temprano luego a la universidad me dio espacio para que mi madre

dejara de poner atención en lo que desayunaba. Ella ya no me servía de comer, pero se daba cuenta de mis dietas, mal pasadas y de los 6 litros de agua que tomaba durante el día y antes de las 6 pm. Me advertía que eso no estaba bien, que me enfermaría. Yo comía para tranquilizarla cuando llegaba a casa, a veces a media tarde, así que para la hora de dormir no tenía hambre. Dejé de pensar en alimentarme, comía si tenía hambre, a deshoras y sin fijarme en los nutrientes.

Soy una gorda vitalicia, antes de distanciarme de mi madre, no tenía una relación negativa con mi gordura. Mis padres jamás hablaron negativamente de mi cuerpo, ellos no veían a la gordura como un defecto o algo que cambiar. Tuve una madre a la que le complacía verme limpia, olorosa y arreglada, sin hambre y sana. Tuve una madre que cuando alguien intentaba ofenderme por mi gordura ella decía: Sí, eres gorda, pero una gorda bien hecha.

Mi madre perdió el sentido de la vista cuando yo tenía 20 años, sus riñones colapsaron un año más tarde, a los 23 recién cumplidos quedé huérfana. Esta autoetnografía es parte de mi búsqueda y rastreo de sus enseñanzas para reaprender a cocinar, cuidarme y alimentarme por mí misma.

IX.2 Gorda grave

Mi centro es la cocina en la casa de la colonia de Las Flores, los frijoles de olla hirviendo de mi madre, su chile de molcajete, algún libro en mi regazo, la mesa ruidosa con diez lugares servida para degustar los panes y los vinos con todas mis hermanas discutiendo sobre la vida y Baubo⁴² haciéndonos cosquillas.

⁴² Baubo es una diosa mitológica griega, se le conoce también como “diosa de la obscenidad” y se le relaciona con la risa y con el baile.

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

Mi madre era una estupenda cocinera, lo digo yo y lo dice cada persona que alguna vez probó su comida. Mi madre era generosa y lo demostraba con comida, debíamos festejar algo: Se celebraba con comida.

Caer en el delirio que impone la cultura de la dieta me separó profundamente del centro vital que era mi alimento materno. Fui una niña gorda y no tenía que ver con los ingredientes que usaba mi madre, creo que mi gordura está relacionada con el rigor disciplinar a que me sometía mi padre. Dicha conducta era avalada por todo el sistema familiar y social que me reprendía si me atrevía a cuestionarlo. Por un lado, debía ser obediente, comprometida en mi formación religiosa, excelente en la escuela, diligente con mi padre. Por otro, había decidido no volver a contarle nada a mi madre. Primero porque pensé que yo no le importaba y luego para responder a lo que creí desprecio de su parte. La forma de violencia cotidiana entre mis padres era la ley del hielo. Podían durar varios días sin hablarse luego de alguna pelea y así es cómo aprendí a reaccionar para defenderme, aún adulta; sabiendo la violencia terrible que implica esta práctica, la usé. Disciplinada y auto reprimida, niña gorda.

Había comida en casa, pero pasaba hambre. No lo supe hasta adulta. Hambre de atención tierna, de cuidado atento. Como niña sabía que tenía un padre presente, estaba involucrado en mi educación, estaba al tanto de mi formación, se cercioraba de que estuviera con vida y sana. Su figura era omnipotente, de niña creía que era perfecto. Jamás estaba cansado, solucionaba todo, las personas le respetaban y temían, no decía malas palabras, nadie lo acusaba de serle infiel a mi madre, no tenía vicios y tendía su mano a quien se lo pidiera. Sabía cada uno de mis pasos y movimientos. Creía que él era capaz de enterarse de todo, hasta de lo que yo pensaba. Así operaba su machismo en mi vida. Su forma de cuidado y atención era tosca y sofocante. Lo sentía, pero no lo sabía.

También sabía que mi madre estaba ahí, que siempre estaba ocupada y cansada. Que no le alcanzaba el tiempo y que caía rendida por la noche. Su forma de

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

cuidado y atención era por obligación y pesada. Así la sentía y la castigaba con mi alejamiento.

De niña no sabía que tenía hambre, así que las pocas muestras de atención tierna de mi padre las atesoraba porque no sabía cuándo volvería a sentir otra. Las muestras de atención tierna de mi madre tenían que ver con la comida, comida que ella no hacía; frituras de harina principalmente. Había veces que yo sentía que quería premiarme y me preguntaba qué quería, siempre le respondía que quería chucherías, esas que eran prohibidas, aunque tuviéramos tienda. Cuidaban mucho lo que nos daban porque decían que, si le daba a uno de sus hijos algo, debían dárselo a todos los demás. Así que cuando venían los premios por culposos de mi madre escogía golosinas de harina. Aun hoy, gozo profundamente este tipo de chunches.

Mi padre, cuando me atrevía a pedirle que me diera de este tipo de golosinas me decía que no, pero que podía comerme las migajas de la caja de galletas saladas que se habían quebrado y ya no querían comprárselas. Recuerdo con deleite que tomaba la bolsa de migajas, las trituraba aún más hasta hacerlas polvo, luego les vertía vinagre de chiles jalapeños. Se hacía una especie de masa enchilada que aun escribiéndolo aquí me hace salivar.

Lo que sí ocurría con cotidianidad era que podíamos tomar una pieza de pan para cenar. El pan llegaba a las seis de la tarde, recién hecho dispuesto en las grandes charolas que surtía el panadero en la tienda de mis padres y que llenaba toda la casa de ese olor delicioso, desde cualquier parte de la casa podíamos saber que había llegado el pan sólo con el olor. Las conchas de chocolate, los quesitos, las orejas de hojaldre, los cuernitos salados, un festín sabroso que acompañaba el té de canela que preparaba mi madre, sobre todo en tiempos de frío.

Mi afición a las harinas tiene que ver con estos recuerdos, las harinas que me inflan relacionadas con la atención. Atención que guardaba recelosamente porque jamás sabía cuándo volvería a presentarse.

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

Cuando he consultado nutriólogos, luego de revisar mis hábitos alimenticios resuelven que soy gorda porque no tengo horarios para comer, porque como principalmente harinas para sentirme satisfecha, que más que las cantidades, mi problema es el desorden con mi alimentación. Mi cuerpo guarda porque nunca sabe cuándo va a volver a recibir alimento.

Comía, tenía hambre, pero dejé de alimentarme. Hacer dietas implicaba alejarme de la satisfacción emocional de las harinas, también esa práctica implicaba dejar de alimentarme, pero era lo que debía hacer para ser delgada y socialmente aceptada. Fue más fácil creer que ser gorda era la causa para que mi amiguita de primero de primaria no quisiera jugar conmigo, para que el profesor de educación física me avergonzara frente a mis compañeros prohibiéndome realizar los ejercicios. El pretexto del por qué no les gustaba a los chicos, ni me daban los trabajos, ni de que me creyeran lo suficientemente capaz intelectualmente, el motivo por el cual un compañero de trabajo me violentaba.

Dejé de alimentarme y me inflé con teoría para explicarme el sexismo, la misoginia, el clasismo y el capacitismo. Me he inflado tanto que he llegado a sentirme muy vacía, muy visible pero liviana.

Mi madre guardaba en sus delantales los seguros que encontraba tirados por la casa, cuando necesitaba alguno buscaba ahí. Hoy creo que mi madre quizá los guardaba con la esperanza de que algún día usara alguno para reventarme y volver a sentirme como me hizo: Grave. Contundente, pesada, onerosa, que se hace sentir.

Esta autoetnografía es el reconocimiento de que en cualquier cadena de opresión puedo ser eslabón que la rompa. Es mi regreso al centro, a ser una gorda que se alimenta gracias a lo largo de sus raíces, el peso de su historia y la erótica frescura de su propia sombra.

IX.3 Gorda fiesta de frutas cítricas y café

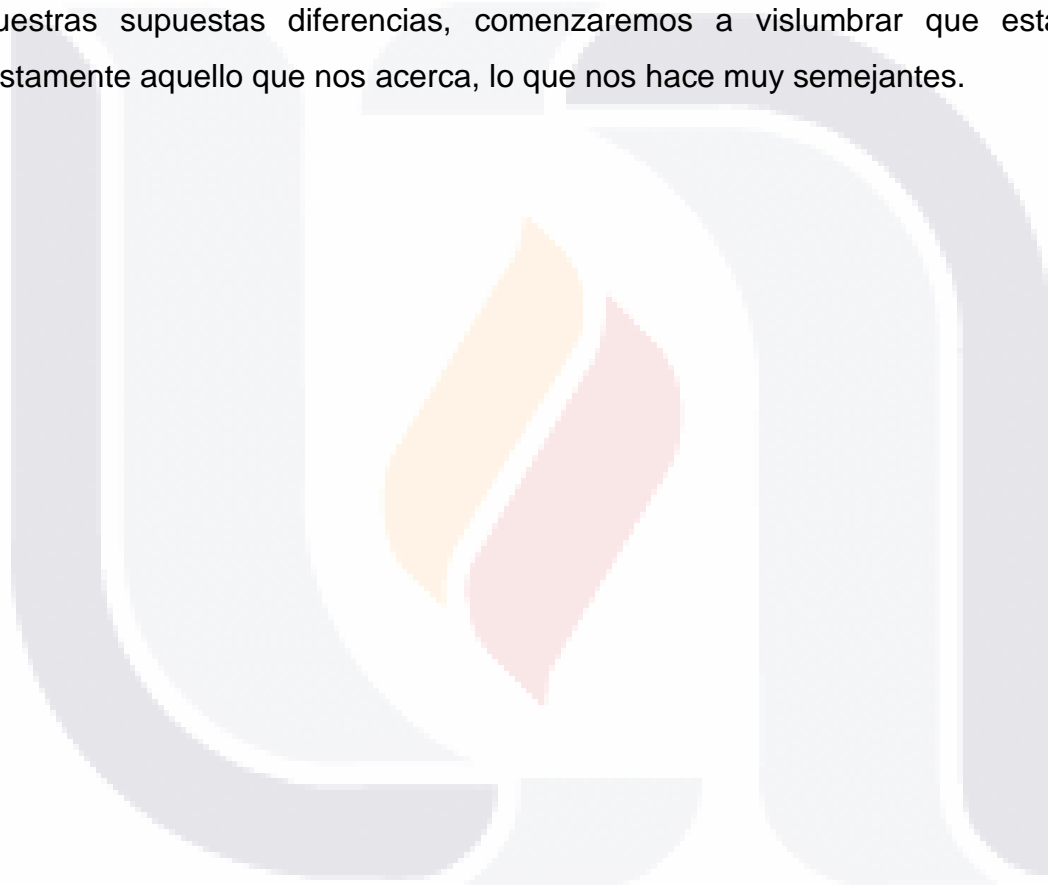
A veces todavía el machismo interiorizado hace mella. A ratos aún me ensordece el aplauso patriarcal o el grito de placer porno hetero bien instrumentado. Creo que no comprendo, que mi inteligencia es limitadísima. Lloro, me enrabieta, me encierro un par de días. Luego, como sólo ocurre en la realidad tierna de la empatía radical, me llama una amiga, me abraza otra; mi hermana me hace chilaquiles, las otras bromas o tejen mi trenza; la compa aprecia mis letras, otra más me grita su orgullo. Todas me alzan o alcanzan, ya no sé, pero me siento tan fresca como si oliera a piña y mango en un día caluroso. Mi fiesta de frutas cítricas.

Termino recordando cuáles son los lugares donde quiero estar, las discusiones que deseo entablar, cuáles "intelectuales" debo escuchar o leer. Enlisto y enrolo en papel higiénico qué de la academia no vibra conmigo. Deseo ser práctica para limpiar fácilmente aquello que me ensucia. Compruebo que un respiro profundo en el monte vale más que cien terapias. Vuelvo a ser yo, la gorda incómoda de boca camionera, la montaña extensa, las ideas graves, la que muestra su deseo. Esa que le aprendió a los padres blancos el "pienso, luego existo", la hija de la ama de casa y el abarrotero que ha preferido abreviar del seno de todas sus madres prietas, poetas culinarias que la antecedieron, el "siento, luego puedo ser libre".

Conozco bien el sentimiento de exclusión. Tuve que aprendérmelo de memoria, recorrerlo repetidamente para reconocermelo y cuestionar todo lo que me puso ahí. Sin ese trayecto hoy no estaría construyendo mi lugar en el mundo.

He tenido que identificar la desconexión con mi madre, mi fuente de alimento primario, por tanto, lo fácil que fue creer en la estructura sexista que permite operar a la cultura de la dieta. Reflexionar sobre ello desde teorías que si bien me explicaban mi contexto perpetuaban justificando algún sitio periférico, por mi género, por mi clase social, por mi gordura. Mientras crecía esos no eran lugares que siquiera fueran advertidos, estar en ellos era simplemente no existir.

Ser esta gorda que estoy siendo, de pertenencia discontinua me la he tenido de confeccionar. Como determinación. Pertenezco cuando lo decido. Cuando me es inadmisibile el rechazo social impuesto, cuando advierto las bondades de mi historia, cuando exhumo la ternura de mi madre y la integridad de mi padre. Cuando aún con toda la intelectualización de las opresiones que encarno soy capaz de atisbar que cada persona tiene un nivel de experiencia y comprensión de la vida concreto. Que, si miramos muy de cerca a la exclusión, es decir, a todas nuestras supuestas diferencias, comenzaremos a vislumbrar que estas son justamente aquello que nos acerca, lo que nos hace muy semejantes.



X. Para hacerse gorda. Algunas rutas zanjadas

Hace tres años cuando comencé este documento aseguraba que no tuve referencias gordas positivas mientras crecía, en ese entonces estaba adormecida y no podría recordar a mi primera referencia gorda. No fue una omisión intencional, sólo había enterrado por dolor una parte fundamental de mi experiencia como mujer gorda: Tuve una hermana gorda con la que me llevaba horrible y en la que vertí mucha gordofobia. Hace once años perdí a mi hermana y ese fue el episodio más lacerante que he vivido. Me desgarró y creí que no prestándoles atención las heridas sanarían.

No hablar de la muerte de mis seres queridos es una de las decisiones que tomé para sobrevivir. La orfandad materna la experimenté a los veintitrés, si bien en ese entonces me consideraba ya adulta, en retrospectiva puedo observar que mi madre murió dejándome aún niña. Recién entré a la universidad cayó enferma y durante ese mismo tiempo perdí a mis dos abuelos, el materno y el paterno, a mi tía más adorada y a mi madre. No hubo año universitario que no perdiera a alguien, el último lo coronó mi madre. En menos de cinco años, la base familiar que había conocido hasta los dieciocho había desaparecido. Si bien a esa edad comencé a lidiar con la pérdida de personas que eran importantes para mí, dejar de ver a mi madre o no poder escucharla son aspectos que continúo sin comprender. Es una desolación que no se cura jamás, he tenido que hacer esfuerzos para acomodar ese bloque de nada que me hiela doliente, para que estorbe lo menos posible y pueda vivir.

El padecimiento de mi madre fue largo y la muerte me dio muchos anuncios preliminares en ese proceso, de alguna forma eso me preparó para entender cuando ya no estuvo más, aunque no así para el dolor que experimentaría perennemente. Mamá murió cuatro días después de que, por intercambio académico, partiera a Santiago de Compostela, España. Me pude despedir de

ella, le dije que no se preocupara por mí, le pedí que se cuidara para verla sana cuando volviera. Desvalida y suplicante pronuncié quedo en su oído un “mamá te necesito, te amo.” La abracé y la sentí débil, pero intentó corresponder el abrazo. Prometí llamarla para contarle todo lo nuevo que vería en ese país, lo que aprendería. Mientras cruzaba el zaguán de la casa de mis padres rumbo a la salida pensé que esa sería la última vez que la vería, se me hinchó la garganta de pesar y me encaminé. Aún con esa certeza me fui.

No hay manera de arrancar la memoria de mi madre de mi cuerpo, tengo la oquedad de su voz y de su abrazo, un eco difuso que se ahoga cuando la llamo. Aprendí que la muerte no duele para quien muere, aunque eso todavía muchas veces no me reconforta. Le guardé luto durante diez años. En ese tiempo no hubo ocasión en que me pasara algo agradable y no me sintiera culpable, tardé en siquiera aceptar frente a alguien que mi madre había muerto.



Imagen 6. Mamá y yo

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

Cuando comenzaba a sentirme hábil en eso de acomodarme la orfandad, mi hermana enfermó repentinamente, la diagnosticaron con meningitis y pronto también falleció.

No sé cómo escribir sobre la muerte de Sara, he escondido durante mucho tiempo ese pesar, aunque me sé de memoria cada uno de sus lúgubres recovecos. A veces la sueño sonriéndome somnolienta por el efecto de tanto analgésico, así como lo hacía mientras la cuidaba en la clínica. Su sonrisa y ocurrencias producto de las drogas no me quitaban la desazón. No recuerdo un sólo momento de tranquilidad durante las semanas que estuvo hospitalizada, de esa experiencia sé que se puede vivir con el corazón en vilo, con vértigo de terror inminente que imprime la cercanía con la muerte. Viví así, rezando desafortadamente para que ocurriera un milagro, llegara la cura para que ella dejara de sentir dolor y yo pudiera pisar tierra.

En medio de la zozobra que vivíamos, nuestra vulnerabilidad rescató nuestra hermandad. Atesoro un ritual que establecimos mientras la cuidaba. Sara era más alta y gorda que yo, tenía el cabello largo y era bellísima. Aprendí a sostenerla para pararla, sentarla o acomodarla según requiriera. Cuando me pedía que la sentara, yo permanecía cerca para sostenerla, ella en acción de descanso, solía recargar su cabeza en mi barriga blanda y prominente. Se quejaba del mareo y yo le acariciaba su trenza gruesa, abrazándola con todo mi amor, pero también con el mismo temor y sufrimiento que ella tenía, podía sentirla. Me aceptaba el cariño para luego recriminarme que la apretaba. Recuerdo con ternura esos momentos, pero también con aflicción, nunca quise tanto en mi vida nada que no fuera quitarle ese miedo y ese dolor.

Sara murió sonriendo. Comprobé que la muerte puede ser bella para quien muere, aunque eso todavía muchas veces no me reconforta. Esa madrugada mientras esperaba en el pasillo cerca de la morgue donde preparaban su cuerpo para que los servicios funerarios hicieran lo propio, entre los espasmos que me doblaban de pena me prometí que haría todo lo posible para no estar diez años abatida, como

había ocurrido con el duelo de mi madre. Admito que esta vez no supe manejar mi sufrimiento, todo había sido tan inesperado que sólo atiné a volver al trabajo para olvidar. El día después de su entierro estaba dando clases. Lo logré, adormecí durante todo este tiempo mis recuerdos que tuvieran que ver con Sara.

Durante los últimos meses me preocupaba la imposibilidad de poder cerrar este capítulo final de tesis, ¿qué me faltaba? Me preguntaba, no lo sabía, sólo tenía la intuición que algo estaba perdido y que me impedía acabar. Sesionando en terapia sobre ello, mi mente me llevó a mi hermana, a su muerte, nuestros enfados y maltratos mediados por la gordofobia, pero sobre todo recordé un episodio donde muy pequeñita vi su cuerpo.

De pronto toda la tesis adquirió otro sentido: Sí, hago la tesis para mí, para que se comprenda cómo se construye socioculturalmente la opresión por cuestiones de gordura, pero mi experiencia no sería completa ni válida sin hablar de Sara y todo lo que ella simboliza para mi propia gordura. Esta tesis tiene sentido en cuanto pueda, de alguna manera dejar constancia de que la vida de las gordas importa. La mía, la de Sara, la de todas las gordas. Adormecí todo el dolor que me significa recordar a mi hermana, con ello congelé también toda la magnificencia gorda que ella me significaba mientras crecía.

Sí, tuve una hermana gorda que era enorme y hermosa, ella ES mi referencia gorda precedente. Y su recuerdo lo había escondido por todo lo que me supone que no esté más. Me alivia poder haberla rescatado de mí memoria porque la primera vez que fui consciente de la belleza de un cuerpo gordo fue gracias a que vi el de ella.

Estaba jugando cerca del baño, tendría unos cinco o seis años, sabía que Sara estaba duchándose, del juego surgió una pregunta que pensé ella me podría resolver, me dirigí a donde estaba e inocente corrí la cortina con la intención de preguntarle. Reaccionó sorprendida y asustada. La vi intentando cubrir su cuerpo con las manos, me quedé observándola con curiosidad infantil, admirándola, no hubo ninguna sensación negativa, era sólo la forma de un cuerpo novedoso.

Fueron sólo unos segundos, luego arremetió furiosa contra mí, gritando. Sin comprender mucho lo que estaba pasando, por un lado, pensaba en la novedad de su cuerpo gordo y por otro, creía haber hecho algo terrible y vergonzante. Ante el griterío salí despavorida, regañada y con la impresión de que había cometido una acción deshonrosa. Seguro tendría como consecuencia algún castigo. Ahora el episodio me cae en gracia, era una niñita y no actúe con malicia. Lo más importante de este episodio es que si bien Sara era una adolescente gorda y alta para su edad, no recuerdo haber pensado en ningún momento que su cuerpo era feo o desagradable. Todo lo contrario, era un cuerpo diferente al de mi mamá que sí conocía porque con ella me bañaba. En mi cabeza mi mamá no era tan gorda y su panza se debía a sus múltiples embarazos. Pero el cuerpo de Sara era grande, con redondeces y poderoso. Me pareció imponente y fabuloso. Si no me hubiera vociferado seguro habría guardado en mi memoria esa imagen primera, limpia de su cuerpo magnífico, aquí la desenlodo de la culpa judeocristiana y de la vergüenza social aprendida.

Sonya Renné Taylor en su libro *El cuerpo no es una disculpa* (2019) habla de que cada persona guarda en sí misma la semilla de la grandeza. Volver a esta memoria fue fundamental para poder ver que esta memoria del cuerpo de Sara era la pieza que faltaba para cerrar la tesis. Puedo hablar de la gordura sin dolor porque mi primera intuición sobre ella fue maravillosa. Me encantaría que todas las gordas pudieran tener también memorias así, rescatar la belleza y valor con la que todes sabemos que nacemos.

Me he tardado mucho tiempo en recordar todo esto, así como adormecí el dolor, también entumecí esta experiencia de apreciación del primer cuerpo gordo ajeno al mío que conocí. Aún con este maravilloso recuerdo, me falta llorarle.

Su funeral fue muy concurrido, acudieron personas que durante su tiempo de convalecencia también habían estado cerca, comprobé que mi hermana era muy querida y que su muerte había conmocionado a muchas personas de nuestro entorno. No daban crédito a lo que había pasado. Sara tenía sólo treinta y nueve

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

años, solía hacer ejercicio, tenía un carácter afable y cariñoso, los niños y las niñas la adoraban. Era divertida y paciente. Vi a muchísima gente apesadumbrarse conmigo.

El servicio funerario tampoco estuvo exento de gordofobia. Los días posteriores otra de mis hermanas me contó que mientras esperábamos en el panteón para enterrarla, un par de vecinos se habían acercado a mirarla por última vez, luego los escuchó decir en voz baja: ¡Vaya festín que se darán los gusanos con tanta carne! Ni muertas las gordas dejamos de ser el chiste ignorante y facilón, así de infame es la gordofobia.

Ni muerta a mi hermana se le disculpó por el cuerpo que tenía.

Este odio estructural por los cuerpos gordos es perverso máxime cuando sabes que todas las personas a tú alrededor lo justifican. Esta opresión es muy cruel sobre todo porque con frecuencia suele venir de las personas más cercanas. A veces me parece inamovible puesto que esa cercanía con quienes la propician hace difícil que una como gorda se defienda, que el tema se aborde y que no haya alguien que termine sintiéndose aludido. Podría asegurar que recuerdo algún episodio gordóforo inocente o no, que viví casi con cada una de mis amigas. Lo digo no para inculpar sino para que se comprenda que los actos opresivos se nos quedan en el cuerpo doliendo. Comparo esa acumulación de dolores con pequeñas astillas, esas que sólo las sientes, pero no ves y menos sabes cómo sacarlas. Así, astillitas clavadas todos los días, con cierta frecuencia, por personas cercanas y no tanto; en cada espacio social. Ahí lastimando, encarnadas, moldeando nuestro mundo y rabia. ¿Cómo se descansa de eso cuando son constantes y nadie parece darse cuenta de que las propician?

Para dismantelar la gordofobia, es metodológicamente indispensable hablar en primera persona, reflexionar individualmente qué, de lo que creemos perpetúa las condiciones gordóforas. Para dismantelar la opresión por cuestiones de gordura para las mujeres, esta tesis es mi propósito de seguir viva y luchando contra la

desesperanza y la gordofobia, y todas las demás opresiones con que se intercepta, es mi modo de “no rendirme, no venderme, no claudicar.”⁴³

La muerte de Sara quebró mi voluntad. Tenerla con vida ha sido el anhelo más grande que tuve. No recuerdo nunca en mi vida haberme esforzado física y emocionalmente tanto para que algo me ocurriera. Y no me ocurrió. Las palabras de las compañeras zapatistas tienen sentido debido a que también se había adormecido el deseo de tener algo para mí, de luchar nuevamente por algo que tenga sentido profundo para mí, no sólo la preocupación por ser consciente socialmente. No hay lucha honesta siendo candil de la calle, obscuridad de tu casa. Para organizarme con otras mujeres gordas debía recordar a Sara, volver al principio. A la impresión positiva que me causó su cuerpo, a volver a cultivar mi esperanza por una vida para mí. Sara murió y yo me fui a dormir emocionalmente creyendo que no valía la pena esforzarme por nada para mí misma, al final moriría.

Así como sentí culpa por irme a España sabiendo que no volvería a ver a mamá, todos estos años me he sentido culpable por seguir viva, porque me han pasado cosas hermosas que debieron de haberle pasado a ella también, además porque todo lo negativo que viví con ella estuvo mediado por mi gordofobia interiorizada.

No importa cuán feroz haya sido activando políticamente contra la gordofobia, la herida principal he seguido alimentándola durante años. Así de contradictoria soy, como cualquier otra persona. No creo en la coherencia, sí en la consistencia.

Con Sara nos llevábamos fatal, nuestra relación se quebró el día que jugué con su muñeca, me golpeó y la odié por muchos años. Mis tres hermanas mayores tenían

⁴³ Esta parte fue pensada a partir de la inspiración que me despertaron las mujeres zapatistas en el comunicado “Palabras de las mujeres zapatistas en la clausura del Primer Encuentro Internacional, político, artístico, deportivo y cultural de Mujeres que luchan en el Caracol Zapatista de la Zona tzotz choj.” Este fue del 8 al 10 de marzo de 2018. <https://enlacezapatista.ezln.org.mx/2018/03/10/palabras-de-las-mujeres-zapatistas-en-la-clausura-del-primer-encuentro-internacional/>

unas muñecas gigantes, mientras era pequeñita soñaba con jugar con ellas, pero estaban resguardadas celosamente en una vitrina que mi madre había acondicionado en su cuarto para los juguetes valiosos. Sobre todo, tenía prohibido tocarlas, mis hermanas ya adolescentes eran enfáticas en la instrucción y mi madre la confirmaba argumentando que yo tenía mis propios juguetes. Pero ¡esas muñecas eran tres, no eran de trapo y se paraban solitas, además tenían vestidos lindos y podría peinarlas! Una tarde, sabiendo que ninguna de mis hermanas estaba en casa, se me ocurrió escabullirme a su cuarto en el segundo piso de la casa, ahí estaba la vitrina con las muñecas. No era la primera vez que jugaba con ellas a escondidas, había puesto mucha atención para volver a acomodarlas justo como las habían dispuesto mis hermanas. Las saqué y durante largo rato las disfruté. Absorta se me fue el tiempo, tampoco puse atención al ruido que se hacía en la escalera cuando alguien las subía o bajaba. Sara había salido temprano de la secundaria y me encontró en el piso de su cuarto jugando con las muñecas. No recuerdo bien el enfado, pero seguro fue escandaloso porque mi madre acudió, solo me acuerdo estar acostada en la cama de una de mis hermanas llorando adolorida. Cuando mamá preguntó qué había pasado le dije que me había pateado en mis partes íntimas. Mi madre me revisó y la vi transformarse. Pocas veces en mi vida la vi furiosa, esa fue una de ellas. Tampoco recuerdo sus palabras de regaño para Sara, pero estoy convencida que fueron muy fuertes, mi hermana dejó de dirigirnos la palabra durante años. A mamá le habló hasta cuando enfermó de una lumbalgia, pero conmigo no tuvo nunca más una relación. Mi culpa también tiene que ver con que no he podido ser la hermana que me hubiera gustado ser. Sé que es absurdo, pero añoro el no haber tenido tiempo para reír juntas, comer juntas, conversar juntas.

Crecí sin Sara, dejó de hablarme luego de sus XV años, estoy segura, y la única foto que tengo con ella es de ese día.



Imagen 7. Sara y yo en sus XV años, nuestra única foto juntas

No volvimos a hablar hasta que ella tenía 39 y yo 33, la noche que llegué a urgencias donde la tenían. La encontré recostada y muy nerviosa, inquieta, lloraba desesperada, con miedo, me tomó de la mano y me dijo que no la soltara, que me quería, que la perdonara por todo lo que me había hecho. Me invadió mi amor por ella, su miedo, dolor y desesperación. Quedé suspendida en la incertidumbre. Me partió el corazón, pero intenté guardar la calma, también le pedí perdón, le dije que yo también la quería y que lo más importante era que ella estuviera bien.

Eso por lo que nos pedimos perdón fueron los constantes ataques que nos infringíamos. No nos hablábamos, pero todo el tiempo nos mandábamos indirectas, si no era yo, era ella quien iniciaba las discusiones, los maltratos, las groserías. Ella se mofaba de mi soberbia, de que no le caía bien a nadie, de mis dientes maltrechos, de mi acné. Yo siempre arremetía con un comentario gordófono. Luego ella coronaba la discusión diciéndome que para allá iba. Mientras crecía fueron constantes los comentarios sobre nuestras similitudes físicas, por tanto, se esperaba que mi altura y forma corporal fueran como las de

ella. Me molestaba no porque la considerara fea o por gorda, sino porque le había acumulado mucho desagrado desde el incidente de la muñeca. Creo que su enfado conmigo tuvo que ver con que mamá tomó mi lado. No le hice la vida fácil, me porté mal con ella. Recuerdo una ocasión haber estado hablando con mi mamá de ella y le dije con toda efusividad que la odiaba, que ella era la persona que más odiaba en el mundo, que la odiaba profundamente. Mamá sólo me miró incrédula.

Me burlaba de su gordura, aunque yo fuera gorda, pero también la consideraba hermosa. Sara tenía la piel perfecta, su rostro era bellísimo, sus cejas gruesas y bien perfiladas, su nariz era recta, pómulos marcados y siempre rosados; sus labios carnosos. Le envidiaba sus dientes perfectos. Jamás se maquillaba y cuidaba con religiosidad su larga cabellera. Yo decía odiarla, pero la admiraba. Escribiendo esto comprendo la mirada de mamá cuando le juré aborrecerla.

Acepto todos mis defectos y faltas, pero entre tantas lecciones que me enseñó mi madre, eso de ser buena hermana, a decir verdad, me tardé mucho en aprenderlo y ocurrió a la mala, al filo del precipicio. Creo que, con la convalecencia de Sara, finalmente pude aprobar en esa materia. La volvería a cuidar siempre con esa misma ternura infinita.

Para hacerme gorda he tenido que hacer muchos viajes a mi memoria. He tenido que husmear, escarbar para juntar mis propios huesos. La búsqueda no ha sido fácil ni corta, ni creo que ya haya acabado, pero hasta el momento puedo ver con cierta claridad las rutas andadas, sus encrucijadas y pantanos. Puedo observar desde mis experiencias el autodesprecio aprendido por la socialización; apreciar que aun puedo confiar en mi instinto, que en mis memorias primeras estuvo la posibilidad latente de auto maravillarme con mi cuerpo gordo.

En mis extravíos recogí montañas de memorias de rabia, que fueron las más fáciles de encontrar. Me topé con muchas mujeres respirando afanosamente furia, creí que sentían las mismas injusticias que yo. Por algún tiempo me sentí comprendida y cobijada, hervía por incendiar todo, transformarlo todo con ellas.

Pronto resulté chamuscada y aprendí *que quien vive de contar muertas no me quiere viva*.⁴⁴ No supe durante un tiempo como regresar a mí, a salvo, probé mi propio carbón y supe que eso no era del todo yo. Me recordaba más bien como una gran fiesta de frutas cítricas y café.

Las memorias de alegría fueron las más complicadas de localizar, tenía la intuición muy entumecida. Recuerdo a Mónica Luna, una de las integrantes de mi comité tutorial cuestionando el victimismo que con el que me acerqué en primera instancia en mis primeras autoetnografías. Así también me acuerdo de mí insolencia, creyéndome la más sabedora de experiencias opresoras. No olvido a Silvia Bénard cansada de corregirme las consignas panfletarias descorazonadas que creí por algún tiempo funcionales para justificar mi sobrevivencia; mi actitud petulante creyéndome la feminista con todas sus credenciales. Ellas me orillaron a ubicar alegrías y a regañadientes batallé para encontrarlas, estaba molesta y convencida de que no había. En esos momentos no las creí capaces de entender lo que era vivir como gorda, me enfadé tanto que durante meses corrí en círculos, exhausta. Pero fueron esas, entre muchas otras, de las direcciones más atinadas de toda la tesis, porque al recuperar de a poco esas memorias alegres me encontré con aquellas que tenían que ver con el goce intuitivo de mi cuerpo gordo, esas experiencias primeras, antes de la domesticación femenina y del feminismo gordo. Recuperé memorias corporales que poco tenían que ver con la sobre intelectualización de la opresión sexista o gordófoba y todo con la pertenencia y soberanía de mi cuerpo.

Ahora comprendo que me faltaba regresar a mi madre, a pensarme con su cuerpo de referencia, a recordar cómo me alimentó y la autoestima no convencional que me modeló. Me costó mucho reflexionar sobre ella, le tenía mucho miedo al dolor de recordarla. Lo peligroso es la renuencia que impone el miedo, no el dolor en sí mismo. Hoy creo que no hay forma de curarse si no regresas a él con compañía. Escribir sobre mis experiencias, sobre la vida de las mujeres gordas es una parte muy significativa de nutrir esa compañía.

⁴⁴ Esta es una frase de Leonor Silvestri. “Contra el feminismo desempoderante”

Era indispensable desenterrar a Sara, reconectar con mi primera idea de su cuerpo. Siempre supe que no había nada malo con su gordura, si la hubiera mantenido no habría tenido que andar esos caminos tan zigzagueantes por la teoría socioantropológica, por el feminismo, por el activismo gorde. No es que me arrepienta, sólo creo que la ruta pudo haber sido más corta y menos agotadora.

Todos esos rodeos teóricos de cualquier forma me regresaron a mi cuerpo. Me hicieron pensar en la disciplina férrea y patriarcal de mi papá, la gordofobia social, en el estigma que excluye e impide observar las potencias de los cuerpos gordos, en las perversas implicaciones del mito de la belleza y la cultura de la dieta. Pude darle nombre a las zozobras y lastimaduras de la infravaloración cultural para ocupar espacios, por no ser considerada una mujer inteligente o valiosa.

Ahora puedo señalar las violencias no tan sutiles que vivo cotidianamente por parte de mis amantes, de mis amigas, de las personas cercanas a mí. La gordofobia duele y a veces mata silenciosamente porque suele ser principalmente perpetrada por aquellas personas que dicen amarte, pero sus actos y palabras denotan que te creen enferma, fea o sin voluntad, por decir lo menos. Ahora sé que sus ideas sobre la gordura son de ellos, les pertenecen, y no tienen nada que ver conmigo, mi valía o lo que me importa. Comprender todo ello me ha llevado a tener la certeza de que mi vida es sobre mí.

Mi pertenencia está en reconocirme no sólo en las feministas gordas, sino en la gordura hecha de mi madre por sus múltiples embarazos. Mi pertenencia está en reconocirme en la gordura de Sara, recobrar para hacerme como todo lo bello y peculiar que admiraba de ella, perdonarme por mi gordofobia interiorizada y la que arremetí contra ella. Todas ellas son mis referencias para hacerme. Y no tiene que ver con ser diferente, sino reconocer la peculiaridad que imprime la gordura. Hacerse gorda va de reconocer esas referencias, destacar la singular mirada gorda, no porque sea más importante, sino porque creo que ca-da mirada importa, sea gorda o no. Y muy poco hemos dicho de cómo aprendemos, experimentamos y comprendemos el mundo.

Fue un prodigio el rescatar esa primera sensación de goce por mi panza mientras bailaba frente al espejo siendo muy pequeñita, antes de que la moral religiosa la nublara. Ahora el esfuerzo radica en asirme a ella para que persista intacta y trascienda.

Ha sido fantástico recobrar esas primeras posibilidades de libertad que me dieron las feministas, la sociología y las mujeres activistas gordas. Pude reconquistar las potencias de mi cuerpo gordo que habían sido arrebatadas por el entramado despliegue de opresiones que lo atraviesan.

Hoy me es crucial aceptar las miradas de ternura y deseo; la redención de mi instinto para el goce. Es fundamental poner esta confianza frente a tantas lastimaduras que me dejó la gordofobia sexista. Restaurar mi poesía. Esto es hacerse gorda.

Una no nace gorda, la estigmatizan. Y con la amorosa y erótica atención una gorda se hace.

Me hice gorda cuando me encontré con otras mujeres gordas que estaban en búsquedas similares a las mías y las admiré. Les aprendí que el auto aprecio lo modulo yo.

Me hice gorda porque tuve la suerte de tener una maestra feminista, la Dra. Consuelo Meza, y su mera existencia plena me hizo añorar ese disfrute que ya habitaba en mi propio cuerpo.

Me hice gorda por la sociología que me hizo comprender las diferencias sociales a las que pertenezco, que me enseñó sobre el estigma, la clase, el género, la raza, etcétera.

Me hice gorda viendo a otras gordas poderosas y reconociéndoles su poder y magnificencia.

Me hice gorda sintiendo la totalidad de mi cuerpo gordo, no fragmentándolo, no adelgazándolo, no ocultando partes de él. Me hice gorda cuando reconocí que mi

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

cuerpo puede generarse placeres por sí mismo, independientemente de su forma y sus protuberancias.

Me hice gorda cuando aprendí a escuchar, a escucharme.

Me hago gorda cada vez que me reconozco gorda y no sueño ni deseo ser otra sino yo misma.

Tuve buenos y fuertes elementos para regresar a la que soy. Estas autoetnografías hablan de mí, pero estoy segura de que no sólo las he vivido yo. Creo en el poder de la evocación y así como me atravesaron y me vi reflejada en las experiencias que exponían cada una de las gordas que iba leyendo, creo que habrá quien se encuentre en las mías, quien pueda comprender cómo interiorizamos la opresión por cuestiones de gordura. Quizá alguien encuentre en las diferentes narraciones, elementos que le permitan sortear o hacerle frente a la gordofobia que vive cotidianamente.

Este documento en extenso también tiene un objetivo ético y un propósito político: Demostrar sin disculpas que las vidas de las mujeres gordas importan.

He escribo para recordarme a mí que mi vida importa. Para mi hermana Sara que se merecía una vida sin gordofobia. La dejo aquí para que cada gorda que ha sido menospreciada no se sienta nunca más que pelea y resiste sola. Me he desnudado para que cada gorda que tuvo amigas, amantes, jefes que la trataron como si fuera desechable recuerden que esos actos opresivos hablan más de ellos y su vida, que de nosotras. He intentado armarla para cada gorda que sabe los caminos de autoexilio, para que vuelva siempre a la compañía de sí misma.

Siempre tuve la intuición de que la manera en que socialmente era tratada por gorda era injusta, debía hacérselos saber.

Hacerse gorda va de volver a recorrer nuestras rutas andadas con nuevos ojos y reinterpretaciones más brillantes. Es tomar la decisión de confiar en lo que se sabe, de andar con el oído aguzado, dudar cuando algo huele mal, tocándolo todo. Es ponerle atención al hambre de una misma y saciarla.

REFERENCIAS

- alvarez castillo, c. (2014). *La cerda punk. Ensayos desde un feminismo gordo, lésbiko, antikapitalista & antiespecista*. Valparaíso: Trío editorial.
- Álvarez, C., Hidalgo, S. (2014, Octubre, 16). *Manifiesto Gordx*. Recuperado de: <https://hysteria.mx/manifiesto-gordx/> Consultado: 12 de febrero de 2020.
- Álvarez-Gayou Jungenson, Juan Luis; “Cómo hacer investigación cualitativa. Fundamentos y metodología”. Paidós, México, 2006.
- Anzaldúa, Gloria. (2004). “Movimientos de rebeldía y las culturas que traicionan” en *Otras inapropiables*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Arreola, Juan José (1999). *Confabulario*. Editorial Planeta Mexicana. México.
- Ayala, L. (1994). *Taller de lectura y redacción*. México: Joaquín Porrúa, S.A. de C.V.
- Beavoir Simone de (1949). *El segundo sexo*. Siglo XX.
- Bénard Calva Silvia (2014) *Atrapada en provincia. Un ejercicio autoetnográfico de imaginación sociológica*. Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- _____ (2020). *Voces desde la diversidad*. Universidad Autónoma de Aguascalientes. México.
- Bochner, A. P. (1997). *It's about time: Narrative and the divided self. Qualitative Inquiry*, 3(4), 418-438. California: Sage
- Butler, Judith. (2007) *El género en disputa*. España: Ediciones Paidós Ibérica,

S.A.

Butler Judith (2002) *Cuerpos que importan*. Editorial Paidós.

Butler Judith (2006) *Deshacer el género*. Ediciones Paidós Ibérica, S.A.

Camacho Sandoval Salvador, Cruz Palomino Mario, Meza Medina Gustavo y

Delgado López Juan Carlos (coords.) (2021) *Ecos del caracol*. Textos de La Cofradía. Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Contrera Laura, Cuello Nicolás (compiladores) (2016) *Cuerpos sin patrones*.

Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne.

Cooper, C. (1998). *Fat & Proud: The Politics of Size*, London: The Women's Press.

Corona, Sarah; *Notas para construir metodologías horizontales*, en Corona,

Sarah y Olaf Kaltmeier, *En diálogo. Metodologías horizontales en Ciencias Sociales y Culturales*, Gedisa, Barcelona, 2012, pp. 85-110.

Curiel, Ochy. (2013). *La Nación Heterosexual Análisis del discurso jurídico y*

el régimen heterosexual desde la antropología de la dominación. Bogotá: Brecha Lésbica en la Frontera.

Davis, Angela Y. (2004, 2005) *Mujeres, raza y clase*. Madrid: Ediciones

Akal. Despentes Virginie (2007) *Teoría King Kong*. Editorial Melusina..

Ellis, C., Adams, T. y Bochner, A. (2010). *Autoethnography: an overview*.

Forum: Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research,

12(1). Extraído de la página:

<http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1589/3095>.

Encuesta Intercensal 2015. Instituto Nacional de Estadística y Geografía.

Encuesta Nacional de Salud y Nutrición de Medio Camino 2016.

Encuesta Nacional sobre Discriminación (ENADIS) 2017.

Engels, Friedrich (2017) El origen de la familia, la propiedad privada y el estado. Tomado el 25 de noviembre de 2019 de:

https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/origen/el_origen_de_la_familia.pdf

Espinosa Miñoso Yuderkys, et al. (2014) Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala.

Esteban, Mari Luz (2004). "Antropología encarnada. Antropología de una misma." Papeles del CEIC, No. 12.

_____ (2008) "Etnografía, itinerarios corporales y cambio social: apuntes teóricos y metodológicos." en La materialidad de la identidad / coord. por Miren Elixabete Imaz Martínez, págs. 135-158

_____ (2011). Crítica del pensamiento amoroso. Edicions Bellaterra. España.

_____ (2013) Antropología del cuerpo. Género e itinerarios corporales, identidad y cambio. Edicions Bellaterra. Barcelona, España.

Federici, Silvia. (2015) *El Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Buenos Aires: Tinta Limón Ediciones.

Feliu, Joel y Lajeunesse, Samuel; *Nuevas formas literarias para las ciencias sociales, el caso de la autoetnografía*, Athenea digital, número 12, pp.262-271. psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/447

flores, v. (2010) Deslenguada. Desbordes de una proletaria del lenguaje.

Nauquén, Argentina, Ediciones Ají de Pollo.

flores, v. (2014). Fanzine. Desmontar la lengua del mandato, criar la lengua del desacato. Santiago de Chile: Editoria Mantis. Consultado 02 de julio de 2020.

https://84c9cb67-94c4-49bb-aea7-523a43fb4e62.filesusr.com/ugd/c0aea5_4a339ec2fc2d4ad8ad8be60b440f988e.pdf

Fricker, M. (2017) Injusticia epistémica. Barcelona. Herder Editorial, S. L.

Friedan, B. (2009) La mística de la feminidad. Madrid, España. Ediciones Cátedra.

Foucault Michel (1966) Las palabras y las cosas.

Foucault Michel (1978) Microfísica del poder.

García Txus (2011). Poesía para niñas bien. (Tits in my Bowl). Sevilla. Cangrejo Pistolero Ediciones.

Garrido Gallardo, M.A. (30 de mayo de 2020) *Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales*. Recuperado de <http://www.proyectos.cchs.csic.es/detli/sites/default/files/Relato.pdf>

Geertz, C. (2003) *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Goffman, E. (2010) Estigma. La identidad deteriorada. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Guber, R. (2001). La etnografía, método, campo y reflexividad. Bogotá: Grupo editorial Norma.

Herrera Gómez, Coral (2012). Lo romántico es político. El Rincón de Haika. Madrid.

hooks, bell (1992). "Devorar al otro: deseo y resistencia". En *Black Looks: Race and Representation*, Boston, MA, South End Press.

_____ (2000). "Claridad: dar palabras al amor". Traducción de Virginia

Villaplana Ruiz en Arte y políticas de identidad. Vol 6/ Jun. 2012. 265-270

_____ (2004) "Mujeres negras: dar forma a la teoría feminista", en *Otras inapropiables*. Madrid: Traficantes de sueños.

Lagarde, Marcela. "El género", en Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia, Ed. horas y HORAS, España, 1996, pp. 13-38.

_____ (2013) El feminismo en mi vida. Hitos, claves y topías. México: Instituto Nacional de las Mujeres.

Lamas, Marta, compiladora (1996) El género. La construcción cultural de la diferencia sexual. Programa Universitario de Estudios de Género. Miguel Ángel Porrúa.

Le Breton, David (2002) Antropología del cuerpo y modernidad. Nueva Visión

Le Breton, David (2002) La Sociología del Cuerpo. Nueva Visión

Lorde, Audre (2003) La hermana, la extranjera. Editorial Horas y horas. Madrid, España.

Lockett Sharrell D., (2018) *Young, gifted an fat. An autoethnography of size, sexuality, and privilege*. Routledge.

Lugones, María. Colonialidad y género Tabula Rasa, Núm. 9, julio-diciembre, 2008, pp. 73-101 Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca Bogotá, Colombia.

Masson, L. (2014) Hysteria! Revista. *El cuerpo como espacio de disidencia*.

Número 9. Recuperado de

<https://hysteria.mx/el-cuerpo-como-espacio-de-disidencia/>

Mason, L. (2014) Un rugido de rumiantes. Apuntes sobre la disidencia corporal

desde el activismo gordo. En *Transfeminismos epistemes fricciones y flujos*.

Tafalla Nafarroa, España. Editorial Txalaparta.

Masson Lucrecia (2017) *Epistemología rumiante*. Ed. Pensaré Cartonera.

Millán de Benavides Carmen, Estrada Mesa Ángela (editoras) (2004) *Pensar en*

género. Teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo. Editorial

Pontificia Universidad Javeriana.

Mbembe, Achille. (2011). *Necropolítica*. España: Melusina.

Millet Kate (1995) *Política Sexual*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Moraga Cherrie, Castillo Ana (Editoras). (1988) *Esta puente, mi espalda: Voces de*

mujeres tercermundistas en los Estados Unidos. San Francisco, Estados

Unidos. Editorial Ismo.

Morán Quiroz Luis Rodolfo, *El cuerpo como objeto de exploración sociológica*.

Revista La Ventana, Núm 6, 1997.

Moreno, Paz. (2014) *Hysteria! Revista. Hacer cuerpo: Gordura femenina y*

empoderamiento. Número 9. Recuperado de

<https://hysteria.mx/hacer-cuerpo-gordura-femenina-y-empoderamiento/>

Muñiz Elsa y Alejandra Díaz Zepeda, compiladoras (2017) *Temas selectos,*

los cuerpos del placer y del deseo. La cifra editorial.

Muñiz Elsa, compiladora (2015) *El cuerpo, estado de la cuestión*. La cifra editorial.

Universidad Autónoma Metropolitana.

Osorio, J. (2005). *Fundamentos del análisis social. La realidad social y su*

conocimiento. México: FCE.

Piñeyro Magdalena (2015) *Stop Gordofobia y las panzas subversivas*. Málaga:

BALADRE y ZAMBRA.

Preciado, Beatriz (2002). *Manifiesto Contrasexual*. España: Editorial Opera

Prima.

Punset Eduardo. Entrevista. Tomado el 25 de noviembre de 2019 de:

https://www.20minutos.es/noticia/988794/0/entrevista/eduardo/punset/?utm_source=facebook.com%3Futm_source%3Dfacebook.com&utm_medium=socialshare&utm_campaign=mobile_web&fbclid=IwAR2WZ7A8nWdPsHEI0-ZY_Z1INQ3uok0hhdHeFEuyOle5DnB8qlhra_4ipQ

Rambo, C., (1995). *Multiple reflections of child sex abuse: An argument for a layered account*. Journal of Contemporary Ethnography Vol. 23: 395-426.

California: Sage. Doi:10.1177/089124195023004001

Reguillo, Rossana “De la pasión metodológica o de la (paradójica) posibilidad de la investigación” en *Tras las vetas de la investigación cualitativa*. Ed.

ITESO, Jalisco, México, 1998, pp 17-38.

Rich, Adriene (1980) “Heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana”.

Traducción de María-Milagros Rivera Garretas. Revista d'Estudis Feministes núm 10-1996.

Richardson, L., (2000). *Evaluating Ethnography*. *Qualitative Inquiry*, 6(2), 253-255.

California: Sage. Doi:10.1177/107780040000600207.

Richardson, L. y St. Pierre, E. (2005). *Writing: A method of inquiry*. En N. K.

Denzin e Y. S. Lincoln (Eds.), *The SAGE Handbook of Qualitative Research*

(3ra. ed., pp. 959-978). California: Sage.

Rivera Cusicanqui, Silvia (2015). *Sociología de la Imagen*. Buenos Aires:

Tinta Limón.

Rodríguez Cabrera Verónica, et al. (2017) *Heterotopías del cuerpo y del espacio*.

México: La cifra editorial.

Rubin, Gayle (1975) "El tráfico de mujeres notas sobre la economía política del

sexo" en Lamas, M (1996) *El género. La construcción cultural de la*

diferencia sexual. Programa Universitario de Estudios de Género. Miguel

Ángel Porrúa.

Sandoval Alfonso (1985) *Estructura corporal y diferenciación social*. Universidad

Nacional Autónoma de México.

Savater, F. (1995). *Ensayar el ensayo*. *La página*, No. 20, 95-100.

Serret, Estela, et. al. (2008). *¿Qué es y para qué es la perspectiva de género?*

México: Instituto de la Mujer Oaxaqueña, Buenas prácticas.

Scott, Joan, "Experiencia", en *Revista La Ventana*, número 13, Universidad de

Guadalajara, 2001, pp. 43-73.

Serres Michel (2011) *Variaciones sobre el cuerpo*. Fondo de Cultura Económica.

Silvestri, Leonor (2016). *Ética amatoria del deseo libertario y las afectaciones*

libres y alegres" Editorial: QUEEN LUDD. Buenos Aires

_____ (2017) *Games of Crohn*. *Diario de una internación*. Argentina.

Editorial Queen Ludd.

Stanley Phiona and Vass Gregg (2018) *Questions of culture in autoethnography*.

Abingdon, Oxon; New York, NY: Routledge.

Suplemento Péndulo21 de la Jornada Aguascalientes/Aguascalientes, México.

Junio 2018/Año 9 No. 144

Tovar, V. (2018). Tienes derecho a permanecer gorda. España: Editorial Melusina.

Turner Bryan S. (1989) El cuerpo y la sociedad: Exploraciones en teoría social;
trad. de Eric Herrán Salvatti—México: FCE.

Vasallo, Brigitte (2020). Pensamiento monógamo, terror poliamoroso. Hacerse de palabras. Ciudad de México.

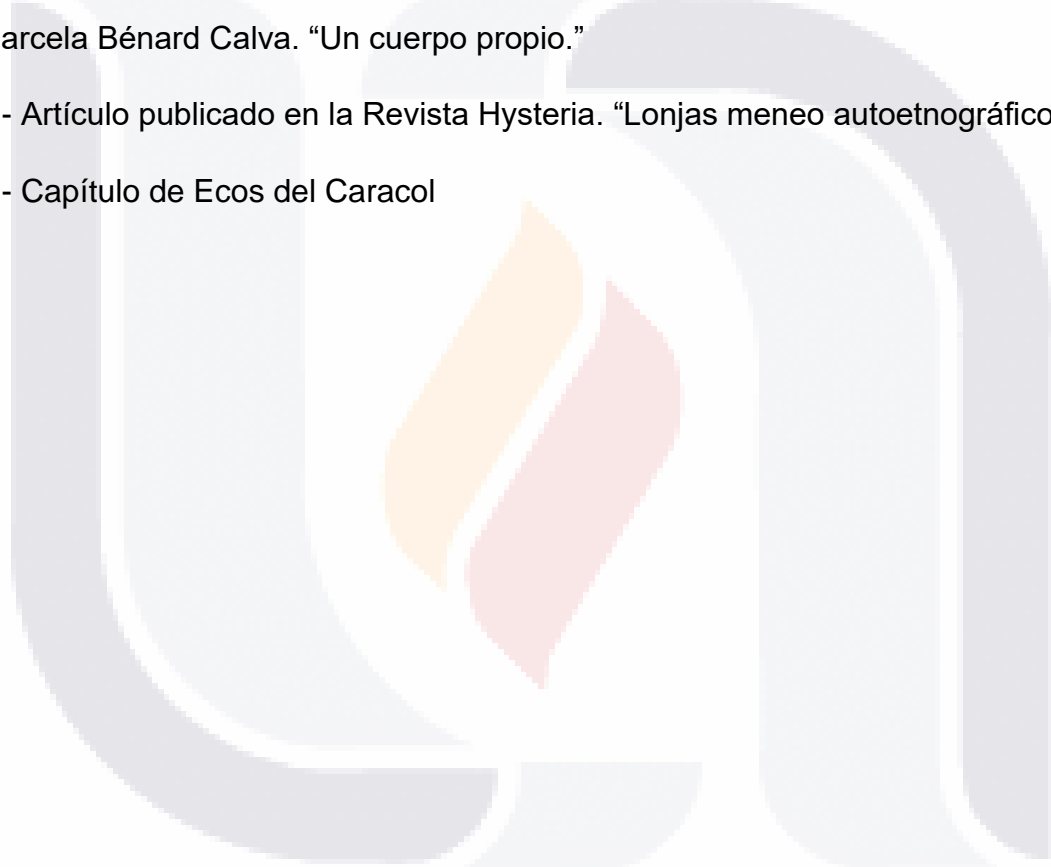
Wann, M. (2009). "*Fat Studies. An Invitation to revolution*". En Rothblum Ester and Solovay Sondra. The Fat Studies Reader. New York University Press.

Wittig, Monique (2006). El pensamiento heterosexual y otros ensayos. Madrid:
Editorial EGALES, S.L. Madrid.

Wolf, N. (1991). El mito de la belleza. Barcelona: Emecé Editores.

ANEXOS

- 1.- Artículo publicado en Revista de estudios de Género, La Ventana. “Devenir gorda. Proceso de identificaciones y afectaciones deseantes”
- 2.- Capítulo publicado en el libro Voces desde la diversidad de la Dra. Silvia Marcela Bénard Calva. “Un cuerpo propio.”
- 3.- Artículo publicado en la Revista Hysteria. “Lonjas meneo autoetnográfico.”
- 4.- Capítulo de Ecos del Caracol



DEVENIR GORDA. PROCESO DE IDENTIFICACIONES Y AFECTACIONES DESEANTES

BECOMING FAT. IDENTIFICATION PROCESSES AND DESIRING AFFECTATIONS

MARÍA MAGDALENA ARANDA DELGADO¹

¹Universidad Autónoma de Aguascalientes, México.
Correo electrónico: magda.aranda0109@gmail.com

Resumen

En los últimos años en las Ciencias Sociales han proliferado investigaciones feministas cuya creatividad ha puesto de manifiesto que, frente a la necesidad de aproximarse a las múltiples realidades femeninas, resulta imperioso echar mano también de variados abordajes metodológicos. La autoetnografía es uno de estos métodos que ha venido ganando personas investigadoras adeptas, debido a que su potencia narrativa favorece conectar con mayor nitidez los aspectos teóricos-analíticos con la comprensión más inmediata del ejercicio

político de aquello que se investiga. Lo central en este escrito es la contemplación del esbozo experimental de un proceso de identificaciones gordas, que permite vislumbrar cómo se van configurando estructuras socioculturales corporales opresivas, que al ser observadas con cercanía, posibilitan no sólo su reconocimiento explícito, sino además, virajes de resignificación. Devenir gorda es un proceso dialéctico entre saberes poéticos, teóricos y políticos, urdidos desde nuestro deseo humano de afectación, la socialización del género y la fascinación por mostrar el ancho bagaje de conocimientos contenidos en los cuerpos de las mujeres gordas.

Palabras clave: gordura, autoetnografía, feminismo, opresión, *fat studies*

Abstract

In recent years, in social sciences there has been numerous feminist research whose creativity has shown that, given the need to get close to the many feminine realities, it is imperative to draw from a variety of methodological approaches. Autoethnography is one of those methods, which has gained adepts among the scientific community as its narrative strength favors a connection between theoretical and analytical aspects, with a more immediate comprehension of the political exercise of that which is researched. The central idea in this writing is the contemplation of the experimental sketch of a process

of fat identifications, this allows us to catch a glimpse at how oppressive corporal sociocultural structures are being configured, which observed closely, make it possible not only to explicitly acknowledge them, but also to find resignification paths. Becoming fat is a dialectic process that lingers between poetic, theoretical, and political knowledge rising from our human desire affectations, the socialization of gender, and a fascination for showing the wide range of knowledge contained in the bodies of fat women.

Keywords: fatness, autoethnography, feminism, oppression, fat studies

RECEPCIÓN: 06 DE SEPTIEMBRE DE 2019/ACEPTACIÓN: 10 DE FEBRERO DE 2020

Escribo desde y para todas las excluidas del gran mercado de la buena chica. No me disculpo de nada, ni vengo a quejarme. Yo hablo como proletaria de la feminidad.

Virginie Despentes

APERITIVO TEÓRICO METODOLÓGICO

Ya se apunta en la entrada a este artículo a la autoetnografía como metodología que permite po-

ner de manifiesto las condiciones concretas de experiencias individuales, conectadas con lo cultural, social y político. Llegué a ella gracias a mi tutora de tesis doctoral, para ingresar al posgrado había presentado un proyecto de investigación donde quería abordar la intersección de las categorías mujeres, gordura y clase social. La doctora, que conocía mi formación académica y participación política cercana a la sociedad civil, dijo que sería interesante que hablara de dichas categorías pero desde mis vivencias como socióloga feminista gorda de clase trabajadora. La escuché con escepticismo y regresé a casa con dos artículos autoetnográficos para pensarlo. Leí de primera *Múltiples reflexiones sobre el abuso sexual infantil: Un argumento en capas* de Carol Rambo (2019), quedé inquieta, lo había sentido completo, pensé que estaba tan acostumbrada a repetir cifras y leer notas sobre violencia social y de género que frecuentemente olvidaba a quienes las encarnaban.

El segundo texto fue *Ya es hora: narrativa y el yo dividido* de Arthur P. Bochner (1997) con el que reflexioné sobre los candados a nuestra subjetividad que, mientras nos formamos en la investigación, aceptamos y luego reproducimos, limitando posibilidades para generar conocimiento. Me identifiqué con el relato, al igual que el autor tampoco quiero omitir a mi yo en la práctica académica. En la investigación que emprendía no quería ser neutral, las mujeres gordas no eran otras ajenas a mí, me interesaba lograr exponer con la pro-

fundidad necesaria lo que investigaba. La autoetnografía, por tanto, conjuntaba mis intereses narrativos, de investigación social y políticos; tenía una potencia que me había pasado inadvertida.

Dicen Ellis, Adams y Bochner (2010) que la "autoetnografía es un acercamiento a la investigación y a la escritura, que busca describir y analizar sistemáticamente la experiencia personal para entender la experiencia cultural". (párr. 1). La autoetnografía dota a la investigación de un sentido reivindicador, transdisciplinar, aspectos que persiguen los estudios socioculturales desde su origen. De ahí la necesidad de su empleo en este texto. Esta investigación permite de una vez, mediante la narrativa, exponer problemas socioantropológicos que inciden directamente en la psicología femenina y su ejercicio político. Es disruptiva e incómoda, sobre todo para quienes reducen la metodología a las técnicas de investigación. Según Jaime Osorio (2005) uno de los grandes problemas en las facultades de ciencias sociales en América Latina es que han dejado a la filosofía lo que hay detrás del dato empírico. Para quienes hacemos investigación social, esto entorpece conectar con nitidez la cotidianidad con aquello que la estructura, situación que nos mete en problemas epistemológicos sin solidez de pensamiento crítico. Es todavía común el alto aprecio a la medición, objetividad y neutralidad en nuestros estudios. Considero que la autoetnografía es un instrumento que posibilita una visión en zoom tan complicada de lograr cuando hacemos investigación; ésta, en un momento

afina la capacidad explicativa de la realidad para luego volver a mostrar su marco completo. Así, retomando la idea de la comprensión de conocimiento weberiana expuesta por Osorio (2005), "lo general y lo particular constituyen momentos en el proceso de aprehensión de la realidad" (p.20). La autoetnografía problematiza densamente, luego retoma y va a lo abstracto. Para generar ese orden sistemático de ideas generales y lógicas que es la teoría, pienso imprescindible analizar de cerca hechos empíricos, escudriñarlos para dar cuenta del andamiaje sociocultural del que son fundamento.

Por otra parte, al igual que Laurel Richardson y Elizabeth Adams St. Pierre (2005) creo que para quienes hacemos investigación cualitativa, la escritura debe ser también método de indagación. Me interesa hacer investigación que tenga sentido para las personas que la leen, que sea provocadora, que conmueva como la poesía y la música. La autoetnografía dota de elementos para ello. El método de escritura autoetnográfico es alterno al científico cuantitativo; en él no hay tablas ordenadoras, sino buena narrativa; no es sintético, mas priva la profundidad y espesura del relato; no hay hipótesis sino intuiciones compartidas. Como investigadora me siento instrumento, veo potencialidades positivas en el hecho de hablar de lo que sé a la luz de la teoría sociocultural aprendida. El énfasis en la narrativa de la autoetnografía puede confundirla con la autobiografía. Mercedes Blanco (2012) expone las particularidades de una y de otra en su artículo *¿Autobio-*

grafía o autoetnografía? Desde ahí discurre sobre las sutiles diferencias, las cuales radican en que, si bien en ambas se exponen las vivencias de quien escribe, la autoetnografía “sostiene que una vida individual puede dar cuenta de los contextos en que los que vive la persona en cuestión” (p. 170). En la autobiografía no hay una intención explícita de analizar y comprender el fenómeno que se observa. En las autoetnografías es preciso explicar la experiencia de quien investiga, además de contextualizarla e historizarla; finalmente es un estudio socioantropológico intencionado.

A quién hace investigación en ciencias sociales, que aún ve con recelo la propuesta metodológica autoetnográfica, le invitaría a pensar en las diferencias entre *decidir* definir una muestra, *establecer* sus características, *determinar* ciertas fórmulas y utilizar la experiencia en primera persona. No, no es una cuestión de objetividad; nuevamente, discutiendo con Weber y Marx, Osorio (2005) expone que son los valores de quien investiga, lo que establece las franjas de realidad que se privilegian para analizar. Habrá que pensar y discutir de forma más consistente este tipo transversal de práctica analítica creativa que es la autoetnografía que, aunque controversial, suponen Alegre-Agís y Riccó (2017) una manera de experimentar el trabajo de campo, la escritura y la facultad de quien escribe/ investiga desde “un margen que permite alejarse de la hipocondríaca pretensión de objetividad en las ciencias sociales” (p.280). Mientras tanto este texto es una aproxima-

ción a observar autoetnográficamente los elementos contextuales que operan oprimiendo a las mujeres con una corporalidad gorda; un acercamiento a un proceso concreto de identificaciones y afectaciones deseantes.

ENTRADA: INTUICIONES DE UNA FEMINISTA GORDA

Las feministas gordas tenemos una doble tarea: rastrear a las mujeres en la historia, reclamar nuestro lugar en ella y además, apuntar la opresión colateral auspiciada por el rechazo social a nuestro cuerpo gordo. Desde hace relativamente poco, en las Ciencias Sociales nos hemos dado a la tarea de rescatar la historia de la mujeres, su participación política y social. Cada vez somos más quienes abordamos desde la academia o el arte las visiones y experiencias de las mujeres. Soy socióloga de formación y el feminismo desde hace tiempo me dotó de elementos teóricos y prácticos para explicarme mi condición de género. Durante gran parte de mi vida la gordura fue la gigante sombra intencionalmente ignorada, como herida latente sabía que me encarnaba pero al mismo tiempo la negaba. Los feminismos que conocía, aunque estupendo conjunto de saberes, de mi gordura no hablaban.

Si a lo largo de la historia las mujeres no habíamos sido nombradas, mucho menos las gordas. Cuando era niña no tuve heroínas, ninguna con quien me pudiera relacionar físicamente.

No había niñas gordas y preguntonas en los programas de televisión abierta a los que tenía acceso. Las gordas mayores que conocía eran siempre motivo de burla o pretexto fisgón en la feria o el circo. Al crecer en una familia numerosa con cinco hermanas y más de una docena de primas, aprendí rápidamente a destacar mis logros académicos, carácter y simpatía sobre mi aspecto. Me resultaba normal disimular el malestar por mi físico.

A falta de referentes gordas, temprano apareció el deseo por ser delgada, tan temprano que parecía natural desde siempre. Anhelando disminuir/desaparecer mi gran cuerpo. La paradoja que esto encierra es motivo de indagación feminista: mujeres aprendiendo a ser como dicta la convención social, niñas sin referentes femeninas que admirar, mujeres jóvenes en batalla dolorosa consigo mismas para ser sexualmente atractivas, adultas asumidas como inservibles para los imperativos patriarcales y capitalistas. Si al análisis de la construcción sociocultural de las mujeres, le adherimos la categoría gorda, obviamente el problema se complejiza. Me topé tarde con el libro de Naomi Wolf *El mito de la belleza* (1991), donde analiza la forma en que las condiciones estéticas que se esperan irremediamente de las mujeres son fundamento para la perpetuación del poder patriarcal. Supongo que esta demora se debe a que mis tempranas mujeres referentes feministas cumplían con los estándares de belleza imperantes, por lo que problematizar sobre ello no parecía apremiante. Durante mi

juventud creí que adelgazando alcanzaría la belleza sin problemas.

Escudriñar sobre nuestras identificaciones gordas es tarea iniciada eficientemente por numinosas compañeras feministas, pero continúa siendo imprescindible complejizar los análisis. Cuando descubrí el activismo gordo, me apresuré a buscar a otras compañeras feministas gordas cercanas, pero me topé con que más que la opresión por su corporalidad, les interpe- laba discurrir sobre su identidad sexual. Sentí que mi visión era corta, así que busqué fuera y fui encontrándome con gordas antirracistas, más lesbianas, veganas antiespecistas y *queers*, hoy me resulta imposible separar el análisis de mi cuerpo gordo de las demás opresiones. Las gordas encarnamos varias opresiones a la vez, de ahí que resulta necesario buscar más historias y voces, hablar de lo que sabemos, de nuestra experiencia como gordas, de nuestros reconocimientos corporales y deseos. Creo que hay mujeres gordas que se resisten a pensar o desear desde un saber que es ajeno.

Es preciso apuntar que también a lo largo de mi experiencia política como feminista han sido muchas las compañeras que no ven la opresión que enfrentamos las personas gordas, que nos alejan acriticamente de la vieja consigna "este cuerpo es mío". Que siguen considerando la gordura como una situación poco importante que se desvanece si acordamos adelgazar —achicarnos—, que apelan a la autodisciplina y fuerza de voluntad para acomodarnos en la normalidad. Al interior de

los feminismos se debe comprender que así como se cuestiona el orden estructural de géneros, desarticular la jerarquización de los cuerpos también es indispensable para contrarrestar el gordo-odio que impera. Entender los elementos opresivos en torno a la gordura favorece la creación de nuevas maneras de ser y estar: devenir gorda con otras gordas para evidenciar otra forma más que alimenta la maquinaria sexista, que contribuye fuertemente a perpetuar la internalización de sentimientos de inferioridad en las mujeres. Durante el proceso de identificaciones he aprendido a rechazar ser reducida a la patologización de mi cuerpo, soy gorda, no una enferma. A seguir la crítica iniciada por el grupo de activistas Fat Underground, que aunque desaparecido ya, según Cooper (1998) desde los años setentas sus análisis feministas sobre la gordura retoman un modelo similar al del activismo de la discapacidad. Dicha crítica me permitió comprender que no soy yo quien debe cambiar mi cuerpo para adaptarme socialmente, sino activar la estructura social para que esta sea quien se adapte a las todas las diferentes corporalidades.

Hacerse gorda tiene la potencia política de advertir y mostrar las infinitas posibilidades de armonía, deleite y goce de nuestro cuerpo gordo que han sido negadas históricamente. Es romper con la normalización del menosprecio, existir materialmente majestuosas y eróticamente deseantes. Devenir gorda implica, inexorablemente, explicar la experiencia, diría Joan Scott (2001), más que simplemente relatarla.

El propósito de este escrito consiste en profundizar en el imbricado proceso de la apropiación de la gordura por las mujeres gordas; el establecimiento no identitario sino de identificaciones con otras gordas, puesto que no hay una sola forma de ser gorda, pero sí hay elementos opresivos en común, independientemente de la cultura, que ponen de manifiesto una condición social concreta para quienes tienen estos cuerpos; y finalmente, la asunción del deseo: devenir gorda. Además pretende abonar a la historia recién visibilizada de mujeres con cuerpos gordos. El texto está dividido en tres apartados principales: en el primero se problematiza la gordura como opresión; luego se expondrá la construcción de las identificaciones gordas; y finalmente se hablará del proceso/proyecto de hacerse gorda con sus respectivas afectaciones de deseo.

**PLATO FUERTE. LA OPRESIÓN:
GORDA PROLETARIA DE LA
FEMINIDAD**

La construcción de la identidad de género está relacionada con el cuerpo y su forma, delimita las posibilidades subjetivas, políticas y sociales (Lagarde, 1996; Lamas, 1996; Esteban, 2013). Estar gorda estigmatiza: las niñas gordas no son buenas en los deportes, las jóvenes gordas no son sexualmente atractivas, las mujeres gordas son feas y no consiguen pareja. A quién me lee, seguro estos ejemplos

le son conocidos, incluso utilizados como aseveraciones. Vivimos en una cultura que constantemente recrea por todos sus medios cuál es el ideal que debemos perseguir todas las mujeres: la gordura es lo más alejado a ese ideal, de hecho, es la contraparte a menospreciar.

Hace años, asistiendo un círculo de lectura feminista, alguien me preguntó si era lesbiana, recuerdo bien la respuesta: no, pero soy gorda. Lo que quise decir aquella vez era que desde mi gordura podía empatizar de alguna forma con la opresión que viven las lesbianas. También a mí el sistema me excluía y marginaba, la gordura me alejaba del ideal de mujer establecido en el sistema patriarcal occidental. Observo con preocupación que muchas identificadas como cisgénero y heterosexuales continuamos sin realizar una crítica exhaustiva del mandato de la delgadez. En el discurso mediático proliferan las consignas de amor y apropiación corporal, pero no disruptivamente; persiste el interés por la aceptación social, por encontrar en las tiendas de ropa tallas adecuadas para nuestros volúmenes, organizando concursos de belleza gorda, invitándonos al movimiento *body positive* que en sí mismo impone sin mucha reflexión el amor propio a ultranza (Ahmad, 2016). En fin, adecuando la gordura como producto rentable para el sistema capitalista. Noto además, que hacemos grandes esfuerzos por ser gordas sexualmente deseadas bajo la mirada heteropatriarcal sin indagar sobre nuestros propios deseos.

La gordura ha sido también el medio que me permite conectar abyectamente con el mundo. Durante años escuché a la vecina llamarme “grandota” sin perder la oportunidad de aleccionarme sobre lo que debía comer y contarme de las dietas saludables en boga. Tuve un novio que de puertas hacia dentro me adoraba pero se negaba a dejarse ver en público conmigo. Acudir a consulta médica siempre es un albur de paciencia pues los médicos me lanzan miradas desaprobatorias, como si debiera apenarme por enfermarme, como si mi gordura explicara mágicamente mis padecimientos. En terapia, el psicólogo que no dejaba de insistir que perdiera peso, como si estar delgada irremediablemente me dotara de autoestima. Los compañeros de trabajo que se creían con derecho de opinar sobre mis lonjas. Mis amigas que, para sentirse más jóvenes, dicen que al menos no son gordas, o me llaman “la fat” en secreto.

Acepto que para hablar de esto, es preciso revisar los propios privilegios. No me han discriminado por mis preferencias sexuales; pero entiendo que el mandato de masculinidad impide que acepten públicamente su deseo por cuerpos como el mío. Jamás me he sentido intimidada por mi expresión de género, pero sí porque uso ropa apretada o que marca mis lorzas. Ni la heterosexualidad ni la identificación como cisgénero contribuyeron para estar cómodamente en el sistema normativo. Ahora lo agradezco. Fue la gordura siempre mi periferia, el elemento detonador de la exclusión. Sí, veo el mundo de

las mujeres en clave gorda. Espero que en algún momento de la historia se pueda asumir la gordura sin sobre esfuerzos intelectuales, que podamos evitar sentirnos como seres humanas inferiores, que deje de ser una asunto del que tengamos que discurrir o investigar.

Somos muchas mujeres gordas que nos resistimos a pensar o desear desde un saber que nos es ajeno, sabemos desde nuestro cuerpo que la gordura no es enfermedad, ni carencia emocional, ni defecto; que nos falta decir qué es y qué nos significa. Por lo pronto, quiero hablar de mi gordura; cis², hetera³, femenina que no quiere competir con otras opresiones, que a ratos no sabe cómo potenciar ser otro cuerpo que no sea éste. Pretendo continuar cuestionando mi heteronorma⁴ justo porque la gordura constantemente me saca de ahí. Deseo con ahínco encontrar nuevas formas de ser y estar gorda sin que me persiga ese halo de vergüenza e inferioridad, porque incluso frente a compañeras feministas, lesbianas, trans⁵, *queer*⁶, pobres o racializadas a veces se siente como si la gordura no fuera una opresión importante a desmontar.

Paradójicamente, por las calles, mi cuerpo grande me vuelve invisible, poco relevante, sus detractores le azuzan aca-

² Cisgénero significa que me asumo dentro del género que se me asignó al nacer, es decir, me identifico como mujer.

³ Heterosexual, hace alusión a la preferencia sexual y erótica por personas de diferente sexo.

⁴ Heteronorma, es la condición sistémica que establece que ser heterosexual es lo normal y así es como todo es. Tener relaciones sólo con personas de diferente sexo al tuyo, la monogamia, la castidad o virginidad, la maternidad, son algunos de los mandatos que la heteronorma establece.

⁵ Transexuales, es una identidad de género, personas que transitan a otra identidad de género diferente de la que les fue asignada al nacer.

⁶ *Queer*. Personas que no se asumen con las identidades binarias de género: hombre y mujer.

llándolo. No importa si nací gorda, si engordé o si puedo adelgazar: importa que se deconstruya todo elemento que nos limita y coarta nuestras soberanías corporales, ¿no es ese un asunto feminista? Como gorda he sido silenciada. Pasó que aprendí a sentir vergüenza de mi cuerpo, de mis pensamientos y de

⁷ Utilizo el término aquí para señalar la necesidad de cuestionar de los mandatos occidentales sobre nuestros cuerpos. Pienso en las mujeres gordas de Juchitán, en las mujeres grandes y gordas del norte del país, ellas no son estereotipo a seguir, sino otro; el europeo, que incluso difícilmente, aún con la mezcla racial durante la colonia, tiene poco que ver con nuestras condiciones fenotípicas actuales.

mis deseos. Es necesario atender y descolonizar⁷ nuestra propia gordura, es decir, enarbolar la diversidad corporal, ser gorda es tener un tipo de cuerpo, dejar de lado la idea que el epítome de la belleza/normalidad es ser blanca, delgada,

burguesa y europea. (Luckett, 2018; Piñeyro, 2019). Precisamos resistir a la opresión gordófoba, nos falta todavía registrar experiencias, pensar sobre ellas, plantear alternativas para relacionarnos a nuestro antojo de forma no perniciosa sino libre. Escribo aquí porque aún se sabe poco de las mujeres gordas, nos han hecho, inventado; socialmente está impuesto lo que somos y es complejo y doloroso salirse de ese apartado. Hablo como contra saberes, porque es necesario acuerpar las experiencias invalidadas por la vulgar patologización de la gordura, porque hay historias geniales no contadas. Quizá este trabajo pueda contribuir a ello.

Para que esta realidad social que expongo sobre las mujeres gordas sea conocida, deber ser pensada como una totalidad compleja y ésta, para conocerla, se debe desestructurar. La descomposición o desestructuración es un rasgo caracte-

rístico del conocimiento, es sólo un paso, un momento que debe trascender para lograr una unidad interpretativa. De ahí la pertinencia de hablar en primera persona y desde experiencias concretas individuales, teniendo en cuenta que este es sólo un momento y que siempre se tiene en la mira la totalidad compleja. Para Osorio (2005), los elementos de desarticulación del conocimiento de la realidad social son capas o espesores, que a su vez tienen categorías particulares. Respecto a los primeros, van desde lo más visible (superficie) a lo oculto (estructura), si queremos analizar sólo lo visible (experiencias de vida de las mujeres gordas), entonces las ciencias sociales serían innecesarias.

El objetivo del conocimiento es asociar lo visible y lo oculto. Las posturas de superficie deben ser tomadas en cuenta, porque ahí se generan relaciones y conductas sociales que es necesario conocer, es decir, genera realidades. Por ejemplo, en ésta indagación sobre mujeres gordas, al relatar las experiencias, éstas pueden dar cuenta de las imbricaciones de ser tratadas como obesas. Aceptarlo sin más, sin tener en cuenta que la obesidad implica el empleo del discurso médico que patologiza y privilegia a quienes tienen cuerpos delgados, normalizándolos, no tiene tampoco en cuenta los condicionamientos de clase y alimenticios. Amparadas en estos conceptos, la gran mayoría de las personas impone realidades significantes que son incapacitantes sociales y opresoras a aquellas con gordura. Se dice, y se considera como hecho de facto, que las per-

sonas gordas son flojas, tontas, lentas, sin autoestima, indeseables, asunciones que hacen duro el estigma y lo perpetúan. Las capas profundas son las que permiten ordenar la dispersión y caos de la superficie. Son necesarios los conocimientos de la superficie (autopercepción social: qué dicen las mujeres gordas de sí mismas, incluida yo) como los de la ubicación real (capa profunda: a qué clase pertenecen, qué elementos de participación política, creencias, educativos, de control social integran, yo encuadrada) que confluyen y se imbrican para mostrar el conocimiento de la realidad social a analizar: el devenir gorda.

GUARNICIÓN. NO HABLO SÓLO DE MÍ. IDENTIFICACIONES GORDAS

La primera vez que fui a un taller sobre gordura aprendí que ninguna de las mujeres que estaban ahí podrían ser consideradas normales. Todas teníamos múltiples defectos a la luz de los convencionalismos estéticos y sociales sobre nuestros cuerpos, salud, intelecto y sexualidad. Sentí alivio. Fui consciente hasta hace poco, pero antes de ello jamás pude evitar que esa impuesta normalidad inalcanzable explicara, señalara y definiera mañosamente mi cuerpo. Hay múltiples maneras de ser gordas: nos reconocemos rechazadas, grasosas, inmensas pero invisibles. No hay una forma única de ser gorda, por eso no hablo de identidad, hablo de identi-

ficación. Toda gorda comprende lo que significa que no te consideren físicamente capaz de realizar ciertas actividades, estar pendiente de las partes de tu cuerpo a disimular, ser considerada la menos atractiva, sentir que no eres valiosa o suficiente, la angustia de comer en público, las miradas lesivas, batallar para encontrar ropa con la que te sientas cómoda, esconder tus deseos por temor a ser ridiculizada por ellos. Cada gorda es la excluida.

Las gordas somos las que desde el discurso hegemónico y cientifista de la salud excedemos en peso a los estándares impuestos desde el siglo XIX por Quetelet. Nuestro índice de masa corporal desborda el deber ser. Somos las incómodas y difíciles de ver. Nombrarnos gordas es instrumental, nos sirve para señalar una opresión, permite, además, ir aplanando el terreno para que, por un lado, quien nos hace gordas como oposición a la salud o la belleza, enfrenten su tiranía, y por otro, para que cada vez seamos más las que hablemos por nuestro cuerpo y de nuestra vida con él. Es fundamental la apropiación del término, dejar de obviarlo para que no lastime. Conviene traerlo en la frente, dejar su opacidad y conformismo permitiendo que otras personas le llenen de significados peyorativos.

Hoy hay algunas potentes voces de mujeres feministas gordas: Lucrecia Masson (2017) quien fue la primera que me invitó a rumiar juntas y confabular gordamente. *Epistemología rumiante* es un texto tremendamente significativo para mí.

Laura Contrera (2016) que desde *Gorda! Zine* me descubrió toda la potencia del activismo gorda. Magda Piñeyro (2016) y el entrañable *Stop Gordofobia y las panzas subversas*. constanza álvarez (2014) con su texto complejo y disruptivo *La cerda punk*. Finalmente, Charlotte Cooper (1998) ¿qué gorda activa políticamente no se siente agradecida con ella? Todas abonan a la historia de los cuerpos no normativos, hablan de la gordura y sus intersecciones. Imaginemos cuántas posibles configuraciones gordas podrían emerger si seguimos el camino del pronunciamiento, de la aceptación gozosa de nuestra existencia política, social, intelectual y erótica.

Soy gorda porque elijo nombrarme así y con rara rabia alegre salgo del closet de las tallas y de la tiranía del cuerpo-patrón, ese cuerpo inobjetable que sólo portarían algunxs pocxs: lxs que se se ejercitan, lxs que comen "bien", lxs que se "cuidan", lxs que se miden y miden al resto. Soy gorda así, en tiempo presente, porque no se nace gordx, sino que hay un devenir constante, que no se corresponde únicamente con una patología o desorden somático/psíquico o una relación desequilibrada con la comida y la posibilidad de hiper consumo en estas sociedades hetero-capitalistas. (Contrera, 2016, pp. 24-25)

Se debe admitir que es un largo y complejo proceso el de desmontar la opresión por gordura que tenemos internalizada, pero estamos comenzando a explicárnoslo, a tentar posibilidades, a ensayar y errar. Todavía faltan voces, pues a ratos pareciera más complicado resistir a la gordofobia que al machismo. Nos faltan estudios que realizar, evidencias empíricas que señalar, pero sobre todo es necesario hacernos presentes. Asumirte gorda junto a otras y sonreír como escarmiento a la opresión, es germinar una feminidad disidente. ¿No es este uno de los propósitos del feminismo? Carol Gilligan (2013) en su texto *La ética del cuidado*, expone de forma consistente que las voces de las mujeres, aunque silenciadas en la historia, son quienes lo han roto; abriendo debates éticos, manifestándose contra los abusos sexuales y violaciones, son quienes han puesto en marcha proyectos que salvan vidas y transforman la sociedad. Este feminismo gordo que se enuncia, es otro campo de saber, plagado de reivindicaciones sobre la corporalidad femenina.

**POSTRE. DEVENIR GORDA, PROCESO
DE AFECTACIONES DESEANTES**

— *Soy ancha* —
para los asientos del camión
los jeans y vestidos
para el abrazo de Jaime

*y las mentes pequeñas.
Soy desborde
como tesonera planta de asfalto
o un río generoso
como la Magdalena y sus partisanas,
la risa de Démeter y Baubo
como el eterno salvaje femenino
que atiza sólo a hogueras creativas.
Soy un cuerpo grave.*

Es probable que el mundo no entienda mi diferencia, por eso hablo en primera persona. Apropiarme mi cuerpo ha sido un largo proceso de cuestionamientos cada vez más complejo. Escribo desde mi experiencia amparada en la consigna “lo personal es político”. En el famoso fanzine *La cerda punk*, contanza

⁸ Ellx escribe su nombre en letras minúsculas. | alvarez⁸ (2014) expone que escribe como ejercicio de activismo político, porque hay una necesidad de “retratar nuestra propia historia y que no lo hagan otrxs que tienen el poder, el aparentemente ‘simple y neutral’ poder de escribir... Para construir historia, memorias, recuerdos desde otro lugar... Volver a armar nuestras cuerpas luego de escribirlas” (p. 20).

A los cinco años, en el jardín de infantes, sabía que mi cuerpo era más grande que el del resto. Recuerdo en un desfile de primavera, por primera vez fui consciente de mi cuerpo, me sentí avergonzada por mi volumen, no quería tomar de la mano

a Juanito, un compañerito que era de menor estatura y delgado. Caminé con la cabeza gacha todo el desfile, me sentía monstruosa a su lado. Tampoco mis pequeños brazos pudieron aguantar el peso de mi cuerpo cuando intenté colgarme en el patio de juegos simulando ser Chitara de los *Thundercats*; me dolieron y fingí estar aburrida como excusa para dejar de jugar. Creo que esa fue la primera vez que oculté la molestia de ser gorda. Para los seis sabía muy bien cómo esconder mi cuerpo; nuevamente en la escuela se organizó un festival para las madres y en mi salón se preparó un bailable donde simulábamos ser flores. Abochornada nuevamente por mis piernas, brazos y vientre grande, mi rostro hacía de centro para los pétalos y mi cuerpo de tallo. Le rogaba a mi madre no me obligara a salir al patio a bailar. Me gustaría haber sabido que las flores de tallo grueso son resistentes y mantienen la flor erguida. En otra ocasión, debido al fervor familiar religioso me vistieron de angelita para alguna de las tantas peregrinaciones católicas de la parroquia. Iba en un carro alegórico simulando orar detrás del niño Dios. Cuando terminó el trayecto, el joven que bajó a todos los niños y niñas que iban conmigo hizo un ruido de queja por mi peso cuando me cargó para bajarme del carro. Otro sonrojo público. No volví a ser angelito nunca más.

Así se fue configurando la vergüenza por mi cuerpo, demarcándose los límites de lo posible y de lo prohibido. También recuerdo desde siempre cuestionar secretamente esos límites

y sentirme incómoda aceptando simplemente que era por gorda. Creo que esta desazón estaba incitada por el trato familiar, no recuerdo a mis padres referirse a la gordura de forma negativa. Aunque me sabía gorda, no hablaba de ello, siempre intenté que no se notara mi gordura, que otros aspectos fueran más importantes que ella. Hacía todos los ejercicios en la clase de deportes, jamás me quejaba, participaba en las carreras y competencias. Aprendí a defenderme con palabras y a imponer control sobre otros antes de que me lo impusieran a mí. Recuerdo haber protegido y controlado tan bien mis relaciones sociales desde chica, que ni en la primaria ni secundaria viví ningún tipo de burla. A medida que crecí, mi mundo también se ensanchó y fue imposible mantener el control. Aparecieron las fiestas, los chicos y la pobreza. Luego de la crisis económica del 94, para mis padres fue complicado mantener el estado de tranquilidad económica en que vivíamos, si bien no éramos ricos, jamás habíamos pasado privaciones. Universitaria, hormonal y en apuros económicos, mi gordura, la eterna sombra obviada se hacía cada vez más presente. Por esos tiempos comenzó el peregrinar por dietas, médicos, pastillas, gimnasios, tés milagrosos y extenuantes periodos de hambre. La delgadez como tierra prometida. Recuerdo mis años de juventud malgastados en pos de tres objetivos: ser delgada, acumular dinero y ser sexualmente atractiva. Aunque realicé su persecución con ahínco, terminé desfallecida e insatisfecha: no era yo. El feminismo contribuyó a que comenzara a habitar mi

mundo hecho a medida. Luego de discurrir qué era ser mujer, de comprender mi posición de clase, de cuestionar mi heterosexualidad y racismo, llegó el turno para desmontar la opresión sobre mi cuerpo.

He comenzado a rescatar qué se siente ser gorda, pero desde mis circunstancias únicas. Aprendí la gordura desde la mirada ajena, desde la exigencia sociocultural maniqueada por los cánones estéticos imperantes. A comprender que soy gorda y otras muchas cosas más y lo importante, a resignificarla: a hacerme gorda.

Devenir gorda requiere desobediencia, creer al cuerpo gordo como posible para el amor, la belleza, el orgullo, la aceptación, el goce y la inteligencia. En no creerlo está el núcleo duro de la opresión. Devenir gorda apela a quitar capas y capas de prejuicios asumidos sobre nuestros cuerpos, de desaprender la infravaloración no cuestionada. Apremia identificar los patrones de normalidad y opresión, enfrentarlos con valentía cotidianamente, seguir los impulsos de nuestro corazón. Secretamente me preguntaba si ser gorda era lo peor que podía ser. Hacerse gorda interpela también a recuperar los deseos de "poder hacer" de cuando éramos niñas, de cuando nos hemos sentido capaces de crear, transformar, querer, realizar. Demanda hacer caso omiso del acecho de nuestros patrones de sometimiento. Reclama existir sin vergüenza. Gorda no es más un insulto para mí.

El tránsito no es tranquilo, hay poquísimos referentes. A ratos sólo me dejo ser gorda, hetera, femenina. Entiendo que los últimos dos son privilegios, y después de vigilarlos, he decidido usarlos para continuar la crítica. Por ahora es la única manera que conozco de posicionarme en el mundo. Pero subyace fuertemente el deseo por encontrar nuevas maneras de ser y apuesto a ello. Creo que por ahí hay mujeres gordas que se atreven a ser sin moldes o que se los inventan para sí mismas y me entusiasma encontrarlas, aprenderles. Me he topado ya con varias en el camino, las activistas gordas son esos referentes para mí: todas sabias y amorosas; todas escupen rubíes. Todas en pos de deshacer ser gorda como insulto y vergüenza, reclamando el espacio que siempre hemos ocupado y que se insiste en negarnos, haciendo real el deseo, volviendo la ternura hacia nosotras.

A ratos, cuando leo y veo las múltiples resistencias gordas de otras compañeras, me siento poco eficaz. Parece que lo que hago y mis aportes son limitados. Como si mi gordura cis hetera femenina fuera insuficiente para impulsar mi creatividad. Como feminista en ejercicio he aprendido a identificar opresiones, he indagado sobre las que me atraviesan, pero al no vivir directamente los efectos del lesbianismo, la negritud, la extrema pobreza, hay momentos en que he batallado para encontrar identificaciones, pero la opresión por ser mujer y gorda de clase trabajadora me ha permitido entender sus rabias y sus manifestaciones de desobediencia que son también

mías. Al final, de las gordas activistas he aprendido a vivir la ternura radicalmente. Este escrito es también para mí un ejercicio de posicionamiento y de vigilancia epistémica, de revisión a mis cuestionamientos y críticas.

Es tan duro el núcleo de la opresión que pasa desapercibido, como gorda, no pasa un día sin que escuche a alguien decir: Fulano me cae gordo. ¿En verdad ser gordo es lo más terrible que una persona pueda llegar a ser? Fulano me cae mal, las personas gordas ¿somos el mal? Responda primero: ¿conoce a alguien que admita abiertamente que le erotizan las personas gordas y que no sea como fetiche sexual? ¿Cuál es la alternativa de construcción para una feminidad disidente? Por el momento, tengo una certeza: estoy hilvanando mi gordura a medida, a mi tiempo, a mi modo, dijeran las compañeras zapatistas. La hechura de mi gordura, ella es mi eje rector, el elemento que traspasa todo lo demás. Poseo algunos saberes y muchas preguntas. Me encanta sentarme con las mujeres gordas a pensar el mundo y subvertirlo, aunque por el momento sea utópico. Quizá es lo único que puedo hacer con este cuerpo y en este tiempo. Sólo sé que cada cosa que hago viene desde la honestidad. Que me pida coherencia quién ya la ha conseguido en su totalidad.

“¡No diga que ama la vida quien no le haya hecho el amor a una gorda!” Dice la poeta Artemisa Téllez. Ahora cuando me dicen que odio porque soy feminista, callo. Que hable de odio quien lo conozca. Yo cuestiono opresiones, hablo del

goce por la recuperación de mi numinosidad, de mi mente y cuerpo. Hoy sé que se puede amar y disfrutar a esta gorda. El sistema no está diseñado para eso y nos llama enfermas, de ahí la necesidad y propuesta de que cada gorda vaya a su raíz; hacia dentro, profunda. Que se rescate, ahí en el pozo de sus experiencias, desde la fuente inagotable de saberes gordos hasta ahora no del todo enunciados. No podemos ser ni estar donde no nos advierten positivamente, donde la perenne invitación es a desaparecer. La contraparte es que nosotras gordas nos queremos vivas, libres y felices ¿no es ésta una consigna feminista? ¿No es obvio quién padece una enfermedad?

Pensar nuestra propia gordura visibilizará irremediablemente las infinitas posibilidades de placer de nuestros cuerpos gordos. El gustarme desenlaza bienestar, desearme el ser deseada. Podemos afectar a las demás. Por qué seguimos esperando a que otras personas externen abiertamente su deseo erótico por las gordas, que aplaudan nuestra existencia. En qué medida las mujeres gordas nos volvemos partícipes de hacer ostensibles nuestros propios deseos. Lo que no se ve, no existe. Encontremos cómo trabajar nuestra existencia, porque nuestro deseo, por muy escondido o negado, está. Debemos dejarnos ver posibles y deseantes. Soy una gorda que pasó del “quiero que me deseen” al “yo deseo”. Mi cuerpo gordo baila, se escribe, coge, anda y está. Eso es lo que por ahora mi cuerpo puede, intuyo que hay mucho más.

Tampoco creo en redenciones. Pienso al igual que Lucrecia Masson en su *Epistemología rumiante* (2017), que la rumiante (vaca/gorda) “rechaza los rígidos discursos de la salvación. Y cree que hay muchos relatos posibles. Hay tantos relatos gordos como gordas hay.” Aquí y ahora me toca cuestionar y alentar a hacer evidente que hay tantas posibilidades de goce gordo como gordas. Así como seguimos intentando aprender a aceptar las diferencias culturales, religiosas, de raza, de clase, es hora de cuestionar y aprender a aceptar las diferencias corporales. A lo largo de la historia, hemos venido desmontando el derecho divino de los reyes, la supremacía blanca europea, el poder religioso, el predominio capitalista, la hegemonía masculina. Estoy convencida que también conseguiremos dirigirnos a desarmar los derechos de los cuerpos normales contruidos desde parámetros científicas; a poner en tela de juicio sus índices de masa corporal, sus medicamentos y procedimientos invasivos. Seguramente sabremos desajustar todos los mecanismos de coerción impuestos socioculturalmente a nuestros cuerpos gordos. Inexorablemente podemos rescatar toda la poesía desmesurada de nuestras carnes trémulas de grasa. La gordura no puede ser sino abundancia.

Advierto en la gordura una potencia para cambiar el mundo, construyó el mío y lo está rediseñando. Devenir gorda no va de alentar estrategias excéntricas que alimenten productivamente al sistema, es sobre tejer creativamente una coherencia y soporte para andar más libres y alegres por la vida.

Devenir gorda implica un proceso que parte de la identificación de la opresión hasta urdir conscientemente una resignificación para la autodeterminación y el goce: edificación de erotismo puro.

Bibliografía

- AHMAD, A. (14 de julio de 2016). *Moving beyond body positivity*. <https://medium.com/@asamwrites/moving-beyond-body-positivity-81afb1322224>
- ALEGRE-AGIS, E. Y RICCÓ, I. (2017). Contribuciones literarias, biográficas autoetnográficas a la antropología médica en España: el caso catalán. *Salud colectiva*, 13(2), 279-293.
- ALVAREZ CASTILLO, C. (2014). *La cerda punk. Ensayos desde un feminismo gordo,lésbiko, antikapitalista & antiespecista*. Valparaíso: Trío editorial.
- BLANCO, M. (2012). ¿Autobiografía o autoetnografía?. *Desacatos*, (38), 169-178.
- BOCHNER, A. P. (2019). Ya es hora: narrativa y el yo dividido. En S. Bénard (Comp.), *Autoetnografía. Una metodología cualitativa* (pp. 95-121). México: Universidad Autónoma de Aguascalientes y El Colegio de San Luis, A.C.
- CONTRERA, L. Y CUELLO, N. (2016). *Cuerpos sin patrones. Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne*. Buenos Aires, Argentina: Madreselva.
- COOPER, C. (1998). *Fat & Proud: The Politics of Size*. London: The Women's Press.

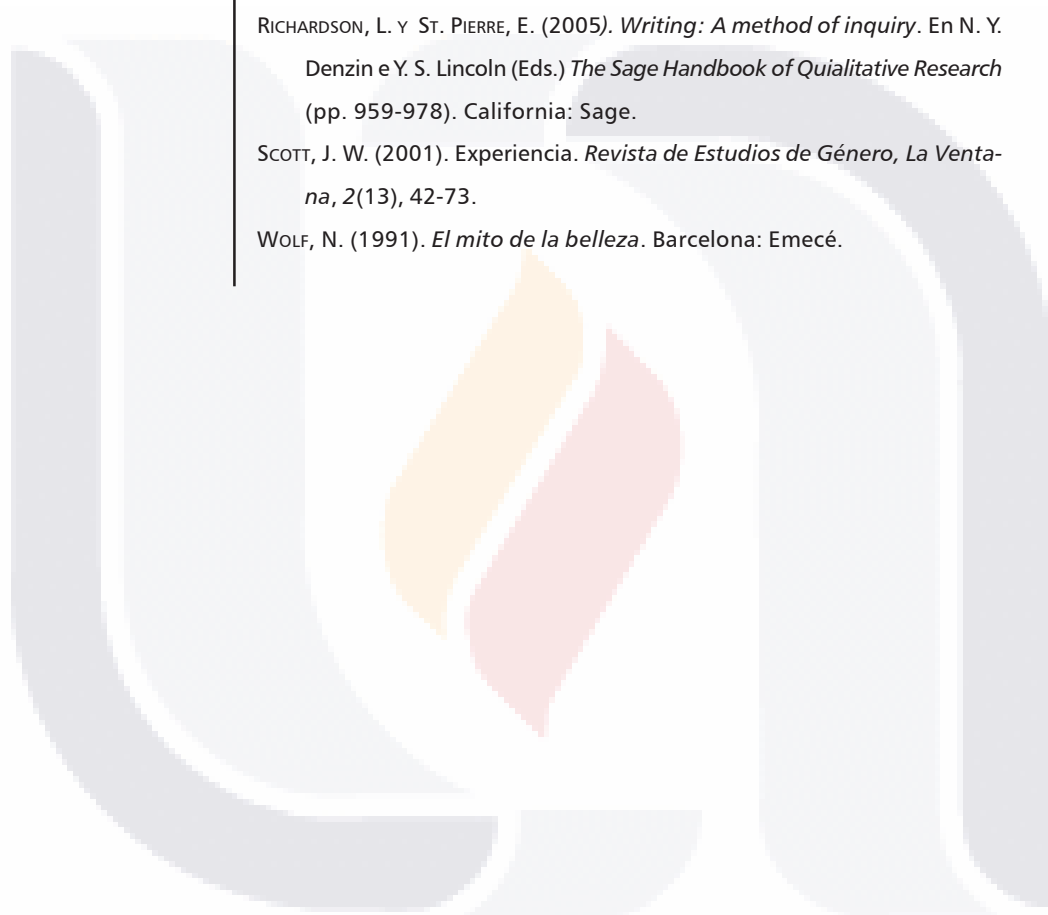
- DESPENTES, V. (2007). *Teoría King Kong*. España: Editorial Melusina.
- ELLIS, C., ADAMS, T. E. Y BOCHNER, A. P. (2010). Autoethnography: an overview. Forum: Qualitative Sozialforschung / Forum: *Qualitative Social Research*, 12(1). <http://www.qualitativeresearch.net/index.php/fqs/article/view/1589/3095>.
- ESTEBAN, M.L. (2013). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. España: Edicions Bellaterra, S. L.
- GILLIGAN, C. (2013). *La ética del cuidado*. Barcelona: Fundació Víctor Grífols i Lucas.
- LAGARDE, M. (1996). El género. En *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia* (pp. 13-38). España: Horas y Horas.
- LAMAS, M. (Comp.) (1996). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: Programa Universitario de Estudios de Género y Porrúa.
- LUCKETT, S. D. (2018). *Young, gifted an fat. An autoethnography of size, sexuality, and privilege*. New York: Routledge.
- MASSON, L. (2017). *Epistemología rumiante*. México: Pensaré cartoneras.
- OSORIO, J. (2005). *Fundamentos del análisis social. La realidad social y su conocimiento*. México: FCE.
- PIÑEYRO, M. (2016). *Stop Gordofobia y las panzas subversas*. España: BALADRE y ZAMBRA.
- PIÑEYRO, M. (2019). *10 gritos contra la gordofobia*. España: Penguin Random House Grupo Editorial.
- RAMBO RONAI, C. (2019). Múltiples reflexiones sobre el abuso sexual infantil: Un argumento para una narración en capas. En S. Bénard (Comp.), *Autoetnografía. Una metodología cualitativa* (pp. 123-152). México:

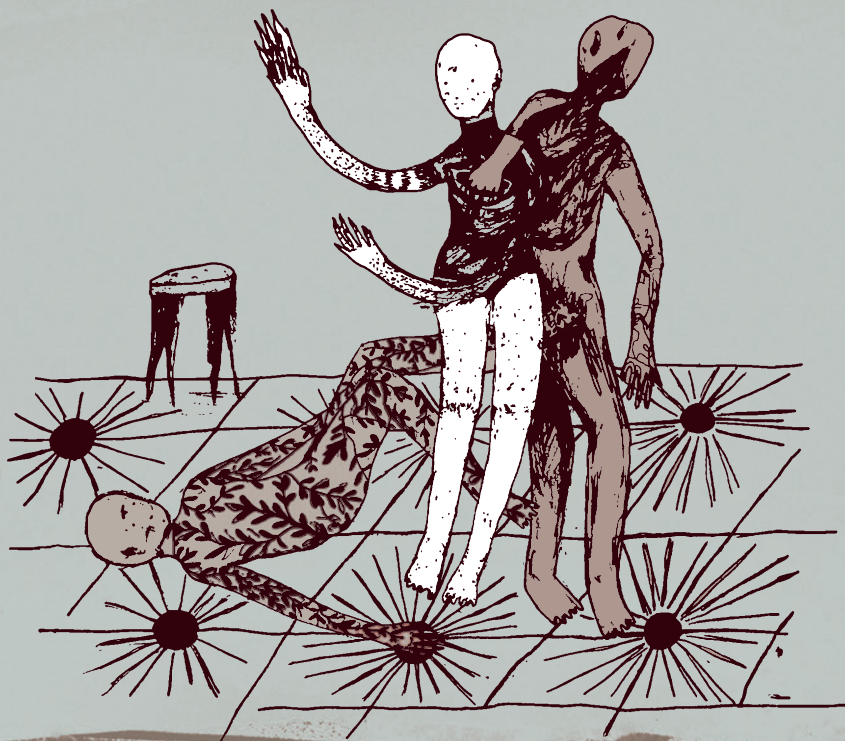
Universidad Autónoma de Aguascalientes y El Colegio de San Luis, A.C.

RICHARDSON, L. Y ST. PIERRE, E. (2005). *Writing: A method of inquiry*. En N. Y. Denzin e Y. S. Lincoln (Eds.) *The Sage Handbook of Qualitative Research* (pp. 959-978). California: Sage.

SCOTT, J. W. (2001). Experiencia. *Revista de Estudios de Género, La Ventana*, 2(13), 42-73.

WOLF, N. (1991). *El mito de la belleza*. Barcelona: Emecé.





Voces desde la diversidad

Silvia Marcela Bénard Calva
Coordinadora

Voces desde la diversidad

Primera edición 2020 (versión electrónica)

D.R. © Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940, Ciudad Universitaria
Aguascalientes, Ags., 20131
<https://editorial.uaa.mx>

© Silvia Marcela Bénard Calva
(COORDINADORA)

© Silvia Marcela Bénard Calva
María Magdalena Aranda Delgado
Arely Becerra Poblano
Blanca Berenice Cortés Campos
Xicoténcatl Domínguez Cornejo
Sarymer Echeverría Muñoz
Franca Félix
Silvia Susana Gutiérrez Macías
Leslie Jui González
Daniel López Romo
María de la Luz Luévano Martínez
Francisco Javier Ponce Orozco
Omar Zermeño Rodríguez

ISBN 978-607-8782-07-9

Hecho en México / *Made in Mexico*

Esta publicación contó con apoyo
de recursos PROFEXCE 2020.

Los contenidos fueron dictaminados
por investigadores de reconocida trayectoria
y especialistas en la temática en la modalidad
doble ciego.



Ilustración de portada basada en la obra
Fuerza de construcción de Aminta Espinoza

Soy las tres y la una, todas, todxs.

Dentro mío crece hiedra, mis manos se ahogan dentro de las aguas de mi pecho. El fuego en mi mano irá convirtiendo en brasas mis músculos.

En la habitación hay un banco para sentarse a esperar, a descansar después de crecer, ahogarme y crepitar.

La pintura amarilla de las paredes me hace chillar, con el llanto suelto la mugre encapsulada en los ojos.

Adentrarse en lo más profundo, de todas las que fuimos y somos. Sumergirse, quemarse, crecer.

Un cuerpo propio

María Magdalena Aranda Delgado

En uno de mis recuerdos más tempranos estoy frente al espejo largo del ropero de mi cuarto. Era una tarde de sábado en verano, hacía calor y estábamos solas mi madre y yo. Mi hermanita dormía en su cuna y mis cuatro hermanas y dos hermanos mayores habían ido al catecismo como cada semana. Era el día en que mi mamá lavaba y limpiaba la casa a profundidad, montones de ropa limpia en las camas esperaban ser doblados y acomodados. En el patio sonaba el *chaca chaca* de la lavadora y los tendederos rebosaban con ropa secándose al sol. Tengo unos tres años y mi madre acababa de bañarme. Encremada, me tenía descalza parada sobre la toalla en el piso, ya me había puesto también camiseta y calzones. Yo aguardaba mirándome el cabello largo y húmedo. Ella buscaba entre los ganchos el vestido que me pondría. Divertida con mi reflejo, se me ocurrió enroscar mi camiseta y calzones para que pareciera que usaba bikini, bai-

lé juguetona con todo el cuerpo, mi pelo ondeaba, sintiéndome toda a gusto. Me recuerdo embelesada, meneándome placentera y fresca. “A las niñas que hacen eso se les aparece el diablo”, mamá rompió el trance. Confundida y avergonzada, creí que había hecho algo muy malo. No sabía si lo decía por haberme enroscado la ropa y mostrar la panza o si mis movimientos eran los reprobables. No comprendí. Esa noche tuve pesadillas y varias veces después también. Me despertaba gritando porque creía haber visto al demonio y claramente lo relacionaba con ese episodio. Me sentía mal. Durante años evadí cualquier artefacto que me devolviera el reflejo de mi cuerpo entero, primero por el miedo judeocristiano impuesto, luego porque gracias a la socialización rápidamente mi vergüenza creció. Me enteré de que era gorda y de que mi panza no era digna de verse o apreciarse. Acallé el instintivo deleite de mis lonjas temblando al danzar.

Como toda familia tradicional y católica, mamá y papá procuraron exhaustivamente dar a sus descendientes una formación religiosa. De ahí que aprendí desde pequeña a relacionar libertad y goce corporal con maldad y pecado, a perseguir el pudor. Mi cuerpo no era mío, era el templo de dios. Así que mis referentes lúdicos los tomaba de mis lecciones de catecismo, ejercicios de acción católica para niñas o las clases de liturgia.

Jugaba a ser sacerdote, la madre de Lucifer, a ser actriz y tener mi propia casa. Hasta hace poco he podido recuperar algunos momentos de mi infancia. Los había mal editado por dolor de orfandad y por el bajo autoaprecio generado por la constante extracción de mi cuerpo, supongo. Tenía un cuerpo, pero no arbitrio sobre él. Sí recordaba los juegos donde me acicalaba preparándome para salir a escena; me colgaba todas las joyas de fantasía de mi madre. Mi favorita era un collar de pequeños corazones de plástico azul, era tan largo que podía darle cinco vueltas en mi cuello, formaba uno grueso y brillante ¡precioso! Además me maquillaba con los labiales café chocolate regalados por mi tía. Jamás olvidaba el perfume, mi madre tenía varios y en cada juego robaba un poco de algún frasco para que no se notara el gasto. Seguro mamá lo olía, curiosamente por ese cándido atrevimiento nunca fui reprendida. Yo escribía, dirigía y actuaba las obras, adoraba reproducir la escena en la que volvía al camerino a recibir muy cansada pero feliz todos los ramos de flores que me enviaban mis admiradores.

Por supuesto que me acuerdo de las casitas hechas con rejas, cartón y sábanas viejas que me construía mi hermana mayor cada vez que se lo pedía;

yo corría las cortinas para no ser vista, amaba esa sensación, eran esos los únicos momentos en que tenía un lugar para mí. Debían fingir el *toc toc* para que les dejara entrar. Crecí compartiendo habitación, en una casa con cuartos contiguos amplios sin puertas y un patio grande, la privacidad era para mí el paraíso prometido.

También estaba en mi memoria ser la madre de Lucifer. Mi hermana pequeña había escuchado en el catecismo ese nombre y parecía muy lindo para ponérselo al banco de junco que hacía de mi hijo cuando jugábamos un sábado por la mañana mientras mi madre lavaba. En el juego, yo lloraba amargamente porque Lucifer se había perdido y mi hermanita, que la hacía de vecina, me acompañaba por toda la casa gritando su nombre buscándolo. El agobio de mi madre se aprontó, con el rostro desencajado intentó regañarme. ¡Cómo no sabía que Lucifer era el demonio! No me atreví a decirle que mi hermana había propuesto el nombre, menos osé aceptar que no había aprendido eso en las numerosas clases de religión a las que me mandaba. Pobre, creo que varias veces puse su misericordia en serios aprietos. Sin nostalgia ni rencor tengo presente el momento en que, teniendo seis años, con tremenda bofetada me enseñó el significado de la palabra “sacrilegio”: un domingo a la salida del servicio religioso de las siete de la mañana del templo de San Marcos, cuando le dije molesta que “yo no quería ir a esa mugre misa”. –Eso es sacrilegio–, sonó discorde el choque de su palma extendida y pesada en mi boca. *Big word* para la pequeña.

Fue mi hermana y compinche infantil preferida quien me recordó que jugaba a ser sacerdote los días que mamá se dedicaba a planchar. Para llevar a cabo dicha labor, precisaba de una mesa amplia y la que estaba en la cocina era la ideal. Ahí planchaba un cúmulo infinito de ropa, paciente quitaba arrugas a cada prenda, incluso a las diez sábanas matrimoniales que mudaba cada semana. Mientras nadábamos entre el calorcito del vapor con olor a limpio, yo ponía un par de sillas de frente para simular la mesa del altar, lo cubría con un mantel improvisado hecho con servilletas para las tortillas, colocaba en el centro un vaso para emular el cáliz y una galleta María que la hacía de hostia. Oficiaba misa recitando de memoria pasajes del servicio, no me faltaban los ademanes del ritual que los curas recrean. Según ella, yo la obligaba a hincarse para darle la comunión y extendía mis brazos diciendo ¡Oremos!

Me alegra pensar que desde niña me salía el deseo por escribir una historia de reconocimiento social que yo dirigía y actuaba; por pedirle a mi hermana

mayor que me ayudara a construirme un lugar que sólo fuera mío. Me resultaba muy divertido que mi idea de maternidad era desde entonces dar a luz a la desobediencia y buscarla a gritos con mi hermanita: desacralicé el sacerdocio católico: ¡una niña en el púlpito consagrando galletas! Intuitivamente mi cuerpo, con todo su poder, era mío en mis juegos infantiles.

Hubo momentos lindos en mi niñez. Me encantaría decir que tuve una infancia feliz, pero, a decir verdad, vivía preocupada. Cuando hice la primera comunión recuerdo haber estado pensando que eso era un asunto muy importante. Me habían dicho que iba a recibir a dios, finalmente vendría a fundirse en comunión conmigo, en su templo, mi cuerpo, al que yo le daba raquíctico mantenimiento. El templo se mantenía digno, según aprendí, si me portaba bien, era obediente, no peleaba y me mantenía en silencio. Eso me angustiaba. Ideaba cómo apaciguar mis ganas irrefrenables de platicar lo que aprendía, ganas que luego me hacían sentir metiche y presumida; cómo ser dócil cuando me parecía tan difícil hacer comprender a mi familia que a veces creía que había otras formas para hacer las cosas; cómo hacerle para encontrar momentos en donde pudiera sumirme solita en mis divagaciones sin que me encontraran y me acusaran de floja; sentía imposible evitar reñir con mis hermanas. Cavilaba en que esos eran mis pecados: dar mi opinión, desobedecer, pensar. Qué feminista casualidad.

La primera vez que escuché la consigna “la revolución comienza en el propio cuerpo”, me pareció genial. Ya había iniciado intuitivamente el complejo proceso de expropiación corporal que las feministas, tarde o temprano, emprendemos para comprender y hacer frente a la violencia sistemática que vivimos. Había tanteado lecturas feministas con las que identifiqué que la condición de género sirve a las sociedades para estructurarlas y sabía del estatus de inferioridad de las mujeres. Un pero atribulado me atravesaba: ¿cuál revolución y con qué cuerpo si el mío no me pertenecía?

Sabía que no era dueña de mi cuerpo. Lo sometí durante años a dietas extenuantes e inanición para caber en un vestido, para gustar a otros, importaba más la prenda que el cuerpo que lo usaba. Durante años minimicé el disgusto que sentía cuando cualquier hombre conocido o extraño miraba lascivamente a otras mujeres o a mí, normalicé la intromisión violenta de sus opiniones públicas sobre nuestros cuerpos. Deseé, como la gran mayoría de las mujeres heterosexuales, tener atención masculina, creyendo que la forma de nuestras nalgas o pechos nos conferían algún tipo de valor. He caminado con miedo e inseguridad.

ridad en la calle por la noche. Por mucho tiempo procuré no provocar con mi atuendo las miradas ajenas. Acepté presionada acercamientos sexuales sin desearlos. Me tragué el cuento del instinto maternal creyéndome una aberración por no sentirlo. Malgasté durante mi juventud mucho tiempo pensando en lo que no comería, auspiciado por el taladreo social de los discursos ramplones de autoestima y salud. Un cuerpo para otros, para ser aceptado, elegido, usado; que entrara en la norma corporal y estética. Desde niña, mi gordura fue otra capa más de opresión. La sociedad sigue obsesionada con las dietas, ya lo dice Virgie Tovar (2018) en su libro *Tienes derecho a permanecer gorda*, en el que señala la relación intrínseca entre sexismo y gordofobia; es un texto delicioso donde activa el desmantelamiento de dicha cultura de la dieta. Antes que ella, Naomi Wolf (1991), en *El mito de la belleza*, señaló que el narcótico político que padecían profundamente las mujeres, inhibiéndolas para accionar en favor de sí mismas, era la dieta. Preocuparse por la dieta implicaba asumir cualquier consecuencia hasta obtener belleza, por tanto, estima social.

Tener un cuerpo propio continúa en proceso. El tiempo, la sociología y los feminismos me han ido nutriendo o desyerbando este itinerario no lineal. Me tocó usufructuar el cuerpo gordo con el que nací, como muchas mujeres: estoy haciéndolo completo otra vez. Alrededor de hace seis años me topé en las redes sociales con el feminismo gordo, un posicionamiento político que cuestionaba de frente el sexismo que soporta el odio a los cuerpos de las personas gordas. Un *post* me llevaba a otro, buscaba a las autoras, las leía, las seguía, ellas me llevaban a otras, ellas a más textos y así, aún ahora. Cada vez surgen más voces y cuestionamientos por atender.

De mis primeras fascinaciones gordas, atesoro las reflexiones y poemas de Magda Piñeyro y su activismo en la página de Facebook *Stop gordofobia*, desde ahí confirmaba mis intuiciones más tempranas: mi cuerpo tenía la potencia de ser mío. Cuando me llegó el artículo “Hacer cuerpo: gordura femenina y empoderamiento”, de Paz Moreno (2014), pude esbozar algunas articulaciones teóricas, imaginar cuál era el tipo de cuerpo que me quería hacer, sentí la urgencia de asumir mi gordura y apreciarla finalmente; ansiaba dejar de definirme por el cuerpo que la cultura de la dieta me prometía en el futuro. El artículo fue tremendamente revelador. De manera más rotunda caí deslumbrada por la propuesta rumiante de Lucrecia Masson (2017), me atrajo su desafío a los límites impuestos sobre su cuerpo, asumí su texto como una invitación a pensarnos juntas y construir herramientas colectivas que activan

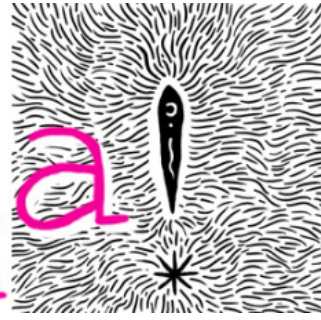
políticamente nuestros cuerpos no normativos; podía sentirme acompañada en este camino, otras también tentaban retozando nuevas maneras de ser y estar gordas en tiempo presente. Casi al mismo tiempo descubrí el *Manifiesto gordx* de Constanza Álvarez y Samuel Hidalgo (2014) y *La cerda punk. Ensayos desde un feminismo gordo, lésbiko, antikapitalista & antiespecista* también de Constanza Álvarez (2014). El *Manifiesto...* fue para mí el llamamiento a salir de mis lugares de silencio, la resistencia que alentó a apretar el paso para llegar a ser la gorda que finalmente dejaba ver sus incisivos cuando era necesario; desde ahí el pudor, el asco y los buenos modales perdieron su resonancia en mi cuerpo. Con *Cerda punk...* volví a arremangarme el calzón, a mostrar mi gran panza suave, me mostró que mi gordura tenía experiencias que escribir; de ahí podría concretar mi propiedad corporal. Esperé con muchas ganas tener en mis manos *Cuerpos sin patronos, resistencias desde la geografías desmesuradas de la carne*, un libro de textos sudacas y traducciones compilados por Laura Contrera y Nicolás Cuello (2016), lo leí de tirón y vuelvo recurrentemente a él, siento que no lo agoto, me continúa disparando preguntas o responde indirectamente otras planteadas con anterioridad. Puedo decir que lo hice mío con total deleite. Son muchos los textos sobre feminismo y activismo gordo que son significativos para mí, hasta aquí he mencionado los que considero son imprescindibles para comprender el proceso de creación de mi cuerpo propio. Es importante que retome *Tienes derecho a permanecer gorda*, de Virgie Tovar (2018), *fatshionista* chicana feminista gorda que acepta que ha abrevado del activismo *queer* para profundizar en la reflexión sobre los cuerpos gordos femeninos; a lo largo del libro hace un análisis de la cultura de la dieta y sus perversiones, es un texto que me interpeló y azuza al ingenio. Apunta experiencias que podría jurar son las mías; escribió mis pensamientos de niña gorda, inventamos artimañas similares para sobrellevar nuestra realidad inmediata repleta de personas gordo-odiadoras. Este texto de Virgie me trajo de vuelta el reflejo de mi cuerpo gordo en el remedo de bikini, mirando embelesada su panza, ha sido el dispositivo editor de la voz de mi madre: A las mujeres que hacen eso se les aparecen infinitas posibilidades de gozo, ¡baila!

Referencias

- Ahmad, A. (2016, julio, 14). *Moving beyond body positivity*. Recuperado de: <https://medium.com/@asamwrites/moving-beyond-body-positivity-81afb1322224>. Consultado: 30 de enero de 2020.
- Álvarez Castillo, C. (2014). *La cerda punk. Ensayos desde un feminismo gordo, lésbiko, antikapitalista & antiespecista*. Valparaíso: Trío editorial.
- Álvarez, C. e Hidalgo, S. (2014, octubre, 16). *Manifiesto Gordx*. Recuperado de: <https://hysteria.mx/manifiesto-gordx/>. Consultado: 12 de febrero de 2020.
- Contrera, L. y Cuello, N. (2016). *Cuerpos sin patrones. Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne*. Buenos Aires, Argentina: Madreselva.
- Cooper, C. (1998). *Fat & Proud: The Politics of Size*, London: The Women's Press.
- Esteban, M. L. (2013). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. España: Ediciones Bellaterra, S. L.
- Masson, L. (2017). *Epistemología rumiante*. México: Pensaré cartoneras.
- Moreno, P. (2014, septiembre, 15). *Hacer cuerpo: Gordura femenina y empoderamiento*. Recuperado de: <https://hysteria.mx/hacer-cuerpo-gordura-femenina-y-empoderamiento/>. Consultado: 12 de febrero de 2020.
- Piñeyro, M. (2016). *Stop gordofobia y las panzas subversivas*. España: Zambra-Baladre.
- _____. (2019). *10 gritos contra la gordofobia*. España: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Tovar, V. (2018). *Tienes derecho a permanecer gorda*. España: Editorial Melusina.
- Wolf, N. (1991). *El mito de la belleza*. Barcelona: Emecé.

hysteria

revista



LONJAS. MENEO AUTOETNOGRÁFICO/ MAGDA ARANDA



Imagen de Geo Vidiella. Muestra el fragmento del cuerpo de una persona de tez blanca con lunares. Se distinguen tres voluptuosidades, sobre estas, gotas de agua. El fondo es abstracto, un halo gris en movimiento.

Por María Magdalena Aranda Delgado

En mi memoria sexual más temprana estoy bailando frente al espejo, hacía calor y estaba recién bañada, embelesada miraba el reflejo del meneo de mi cuerpo. Me hacía gracia la sensación de temblor de mis carnes. Mi primer recuerdo relacionado al sexo es de goce y libertad, difícilmente había podido regresar sin culpa o vergüenza a esa fascinación. Soy gorda vitalicia y con este cuerpo estigmatizado voy examinando el mundo e intento subvertirlo. Entre tientos este cuerpo asumí durante un tiempo, que para fines sociales prácticos, paradójicamente era estorbo y empalpable.

Antes del bombardeo social para odiar mi gordura, no recuerdo que ésta me perturbara. Aún ahora puedo olvidar el acoso, pero luego me topo con miradas desaprobatorias, el chiste en la publicidad, la cultura de la dieta, el sexismo y misoginia. Terminó acordándose que se me desprecia.

El estigma, expone Goffman (2010) es un atributo profundamente desacreditador, que necesita de lenguaje de relaciones y cuyo rasgo central de la situación vital para quien lo ostenta es la no aceptación. La configuración del mí, está vinculado a los estereotipos de género y clase. A los seis en pleno recreo escolar su tentáculo me alcanzó. Jugaba con mis compañeritos y al niño que perdió le impusieron de castigo me besara, se echaron a reír. El chico se aprontó a simular una arcada. La confusión entre sonrojo y su desprecio entorpecieron por segundos a mi instinto más salvaje que se rehusaba a ser burlado: ¿no son los besos algo lindo? Suspiré altanera devolviéndole la mueca y huí. Callada pero insatisfecha, me enfoqué a buscar reconocimiento en los espacios que me eran comunes. Crecí en una colonia popular de una ciudad pequeña del interior del territorio mexicano, de familia tradicional y con rigurosa educación católica, temprano advertí que sacar buenas calificaciones y aprender rápido las oraciones en el catecismo, me confería de alguna clase de preferencia paternal y distinción social. Debía sobrevivir.

Mis flirteos adolescentes fueron platónicos y los remedos de poesía los desfogaron. Ya en la universidad asimilé otros credos, los aprendí para explicarme que la jerarquización inferior de mi sexo es efecto del sistema social; para comprender mi pertenencia a la clase trabajadora y esa desazón cansina por no tener los conocimientos acumulados y aspiraciones de consumo de las clases medias y altas. Para entender por qué, aun sintiendo deseo, en su construcción sociocultural, las personas gordas seguimos inadvertidas o fetichizadas. Llevo muchos años disimulando las potencias sexuales de mi cuerpo gordo. Apóstata quiero atinar: Déjenme excitarme tranquila. Porque la aspiración por recuperar ese placer primero ha estado ahí, subrepticamente haciéndome guiños, quiero deshilarlo, que desborde copioso, como es.

RECIBE LAS ACTUALIZACIONES DE HYSTERIA! EN TU CORREO ELECTRÓNICO

Suscribir

MENÚ / #33 «DESBORDANDO EL DESEO»

Convocatoria Cineminuto contra la Transfobia

#NoEnNuestroNombre: Pronunciamento de feministas cis en apoyo a las identidades trans

Sara/ Galería X

Bolsa Negra, Bolsa Roja/ Celeste Aída

Bob Flanagan debería estar muerto

Ejercicios de manipulación

Entre Metales y Nahuales

Junto-a Mar. Breves notas sobre el acompañamiento sexo-afectivo

La balada del aprendiz

La violencia sexual como discapacitante y limitante

El amor en tiempos de cuarentena

Yo no hablé, mi cuerpo sí

Placer infinito

¡LAS PERSONAS TRANS EXISTIMOS Y RESISTIMOS: JUSTICIA PARA ELIZABETH!

Editorial #33 Desbordando el deseo

Erotización y exploración del placer como acto político-amoroso/Bubilina Moreno

La herida que no sana. Sexo y trauma/ Esther Regina Neira C

Amar, querer, desear, cuidar, sentir(nos)... CON LOCURA/ Marta Plaza

Diarios de una sorda/Enory García

Foto[Zine] pornomaternal-tullido/ Diana Olaide y Vino Tirano

Obvio, fue una pesadilla/ Edgar Lacolz

Visceralidad trans/ Freyja Palau

Autorretrato de tullido confinado/ Xavier Duacastilla

Cuerpas Gordas: sexo, deseos y placeres revolucionarios/ Malu Jimenez

Lonjas. Meneo autoetnográfico/ Magda Aranda

Placer y dolor crónico. Habitar el infierno y encontrar tu paraíso/ Daniela Herrera

Notas sentidas de una imaginación erótica no ocularcéntrica/ Diana Vite

El deseo encarnado. Más allá de lo prohibido/ Sole Arnau y Promethea

[Inicio](#) | [Galería X](#) | [Arte »](#) | [Activismo](#) | [Ficciones »](#) | [Discusión »](#) | [Reseñas »](#) | [Glosario](#) | [Números anteriores](#)

(sacudimiento), un juego que se inventó para disfrute de las gordas y que apela a ese “algo muy viejo y juguetón dentro de nosotras, como la sensación de algo muy antiguo que se desata” (p. 96), es que revaloricé mi primera memoria.

Reivindicar el placer requiere una complejidad que trasciende a su enunciación, al menos yo he necesitado tesón, cabeza y admitir renunciaciones. Crecí sin tener prácticas sexuales de referencia, no veía gordas deseando y satisfechas, pero abundaban las representaciones mañosas de las que anhelaban, envidiaban o se conformaban. Y aborrecía pensarme en esas categorías. Me recuerdo adolescente enardecida por alguna escena vista en la televisión, por las compañeras de la secundaria que se escondían cachondas detrás del taller de electricidad para darse rienda suelta, o por la presencia del profe activista social; excitada, pero contenida. Frenando las reacciones físicas, sosteniéndolas rígidas hasta doler, me acostumbré a esa sensación porque no sabía cómo dejarla ser.

En mis fantasías nadie me cargaba en vilo, tampoco yo corría sonriendo por la playa perseguida para que me robaran un beso, ni nadie se enamoraba de mí con sólo mirarme. Pronto comprendí que mi cuerpo no estaba capacitado para las argucias del amor hetero romántico. Ojalá hubiera leído más temprano a la Despentas (2007) para no sentirme tan sola en el baile de las incogibles y cuando rechacé al mandato de entrar en la faja de chica buena.

La férrea educación religiosa, el estigma social de la gordura y sus consecuencias facilitaron que mi deseo se tornara en ser deseada. Pasé por peligrosas dietas; el feminicidio asistido –diría Virgie Tovar (Op. cit. p.16)- y leía textos intelectomachines para acceder a ese mundo que creía el único posible. Como muchas personas gordas esa trampa me llevó a perseguir el ideal corporal imperante y exagerar mis aptitudes académicas en aras de vivir experiencias sexuales que terminaron siendo inconvenientes y agresivos.

Ha pasado el tiempo y quiero rescatar esa memoria primera, porque aun acallada, ha estado resistiendo fuerte. Intuitivamente me ha orillado a declinar relaciones que no me satisfacen. He tanteado diversas prácticas sexuales para preservarla, pero continúa siendo complejo, de mis escarceos amorosos la mayoría terminan sesgados por la heteropatriarcalidad, desiguales, violentos o capacitistas. Explicar que aspiro a producir prácticas sexuales alternas termina siendo engorroso para las posibles parejas. ¿Tanta teoría para quién? Termino acallada por hartazgo, con montones de preguntas que me agobia contestar. La persona más anarca termina excusando al matrimonio, la más revolucionaria se ofende porque rechazo ser madreante; la lesbiana que de simpática se torna ofensiva porque no satisface sus intenciones posesivas; el joven celoso que se toma como afrenta mi soberanía corporal, el adúltero escamado que me apunta guerra y libertina, el chico trans que juzga por mi apariencia femenina, le chique gorda que no le ponen las gordas. Me faltan experiencias y mi ansia se acomoda a lo no resuelto ni reflexionado por otras personas. Elaborado discurso para acabar aceptando que también éstas prácticas fallan al procurar la satisfacción de alguien más que no soy yo. La resolución inmediata ha sido desembargar la vida solitaria que el contrato heterosexual prohíbe.

En redes sociales, veo algunas mujeres con las cuales comparto el estigma, defender que son deseadas, abanderan una sexualidad gorda consumible y que aspira a la valoración social. Resulta ineficaz exigir al patrón que públicamente acepte su consumo de gordas. Disto de reclamar que me desean, eso ya lo sé. Lo raro del asunto es que usen ese deseo para agregar capas de opresión a las ya existentes. Ninguna persona gorda debería esforzarse por entrar en un sistema donde no es llamada a existir. Juego pensando en que una gorda que se precia genera un sistema propio, rompe con las violentas proyecciones de otras personas sobre su cuerpo, se fuga de lo establecido.

Aún continúa el bombardeo social para odiar mi gordura, ahora que lo comprendo ha disminuido su efecto en mí, por eso escribo, porque puedo hacerle frente. Pretendo recordar como gorda y a todas las personas gordas que la sexualidad que vale es la de una. Que si bien, creo que nuestras prácticas y comportamientos relacionados con nuestra sexualidad deben ser profundamente cuestionados y subvertidos, hay que volver una y otra vez a nosotras. Sí, desconfiar del deseo que hemos aprendido pero hurgar también en la memoria, encontrar esa conexión sexual placentera primera, si no tenemos, inventárnosla.

Me encantaría que cada gorda supiera que puede disfrutar del placer sin cuestionárselo; que merece que la traten con ternura, que la cuiden y acompañen. Que no es condición estricta sólo para ciertos cuerpos buscar conexiones afectivas. Que sin dudar sepa que alguien se masturba pensándola. Que manifieste, eso sí, abiertamente su inclinación por las personas gordas. Que aprenda rápido a advertir el deseo del otro por ellas y lo corresponda como le parezca sin miedos, prejuicios ni vacilaciones.

En la memoria corporal placentera está el indicio de lo posible, aguardando. Por el momento, me basta con recuperar lo que por el estigma edité. Descongelar la rigidez del cuerpo a la que nos confinó el prejuicio y la falta de referentes. Creo impostergable volver a mi panza que aloja impresiones siendo besada con frenesí, sin que sea significativo quién lo hizo sino cómo lo hizo y la sensación de placer libertario que ahí emergió. Traer la primera vez que atisé lascivia en quien me miró desnuda. Evocar continuo el preámbulo lujurioso de dos mujeres sobándose sus lonjas. El dolor de la primera mordida en el pliegue de mi ombligo. El ansia por la verga que asoma bajo una lorza prominente. Los ardores labiales por la salsita de molcajete. Los poemas de Gloria, Audre y Artemisa. La plenitud de las carcajadas con las amigas.

[Lo +](#) | [Nuevos](#) | [Comentarios](#) | [Temas](#)



Hacer cuerpo: gordura femenina y empoderamiento
septiembre 15, 2014



Consejos para practicar el Beso Negro
septiembre 16, 2013



La sed de la eternidad: Desafiar el tabú del envejecimiento
enero 15, 2018



Editorial #0 «En el principio...»
mayo 15, 2013



Nuestro Mito * Lado B
diciembre 15, 2014

ARCHIVO

Elegir el mes

SECCIONES

Elegir la categoría

esponja empapada en agua, donde quiera que la carne se comprima, se estruje e incluso se roce ligeramente, el recuerdo puede surgir como un manantial.” (Pinkola, 2005, p. 281)

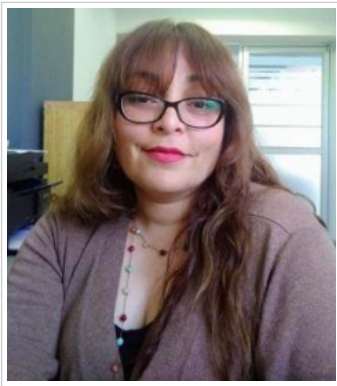
Un *mmm* que afine el meneo de mis lonjas jubilosas.

Referencias.

- Despentes, V. (2007) *Teoría King Kong*. España: Editorial Melusina.
- Ellis, C., Adams, T. y Bochner, A. (2010). Autoethnography: an overview. *Forum: Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 12(1). Extraído de la página: <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1589/3095>.
- Goffman, E. (2010). *Estigma. La identidad deteriorada*. 2ª. ed., 1ª. reimp. Buenos Aires: Amorrortu/editores.
- Preciado, B. (2002). *Manifiesto Contrasexual*. España: Editorial Opera

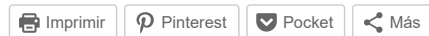
Prima.

- Pinkola Estés, C. (2005). *Mujeres que corren con los lobos*. España: Zeta Bolsillo.
- Tovar, V. (2018). *Tienes derecho a permanecer gorda*. España: Editorial Melusina.



María Magdalena Aranda Delgado. Buscadora de saberes que le permitan profundizar, ampliar o desechar los que ya tiene. Cercana a los feminismos, especialmente al gordx; por supuesto es y está gorda. También es profesora que activa políticamente en sus sesiones de historia, conversas sobre feminismos y socioantropología del cuerpo. Tallera según se requiera. Ha colaborado con instituciones públicas y organizaciones de la sociedad civil. Actualmente cursa un posgrado donde indaga sobre la opresión por cuestiones de gordura.

Comparte esto:



COMPARTIR !

Tweet

Me gusta 777

« Previo:
Placer y dolor crónico. Habitar el
infierno y encontrar tu paraíso/
Daniela Herrera

Siguiente:
Cuerpas Gordas: sexo, deseos y
placeres revolucionarios/ Malu
Jimenez »

ARTÍCULOS RELACIONADOS



Sara/ Galería X
agosto 1, 2020



Bolsa Negra, Bolsa Roja/
Celeste Aída
julio 28, 2020



Bob Flanagan debería estar
muerto
julio 23, 2020



Ejercicios de manipulación
julio 22, 2020




Entre Metales y Nahuales
julio 12, 2020

3 years ago · 1 comment

Encanecer en el país de los tintes

a year ago · 1 cor

Cuerpas desnudas al lente. ..

[Comments](#) [Community](#)  [Login](#) ▾

 1

 [Recommend](#)  [Tweet](#)  [Share](#)

[Sort by Best](#) ▾

Start the discussion...

LOG IN WITH

OR SIGN UP WITH DISQUS 

Name

La licencia de utilización de todo el contenido de Hysteria! es Creative Commons. No se permite el uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.



 **FUNDACIÓN JUMEX**
ARTE CONTEMPORÁNEO

TESIS

TESIS

ECOS DEL CARACOL

Textos de La Cofradía

Salvador Camacho Sandoval / Mario Cruz Palomino
Gustavo Meza Medina / Juan Carlos Delgado López
(Coordinadores)



TESIS

TESIS

TESIS

TESIS



AGUASCALIENTES
GOBIERNO DEL ESTADO
Contigo al 100

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

MARÍA MAGDALENA ARANDA DELGADO

“Socióloga, feminista en deconstrucción, gorda, docente de preparatoria y a veces en la universidad, participante política desde la academia activa”, con estas palabras se autopresenta Magda Aranda. Ella también da clases, talleres y conversaciones de historia, economía, feminismos y sociología del cuerpo. Actualmente hace investigación sociocultural sobre las mujeres gordas y pobres de Aguascalientes, y es una estudiante destacada del Doctorado en Estudios Socioculturales de la UAA, además de autora de *Un cuerpo propio*.

Hay quien no quiere mi realidad pobre
mi ternura de barrio
mi abrazo tosco
mi sexo malandra.

Y no está bien... para ellos.

Malandra

*

Alguna vez quise escribirte un soneto tempestuoso, pero me salió uno plano y aciago; de catorce tibios versos, con dificultad endecasílabos, brusco ritmo y asonante rima. Cariño, o careces de arte o me apagas el arrebato.

Soneto tibio

*

Un tipo que me gusta me cree pasiva agresiva. Lo adoro, cultito maricón pero no cobarde. Yo, que siempre peso ternura y arrebato, quiero gritarle: ¡Mírame, que yo soy gorda, bebé; siempre grave! Cállate y bésame.

Divagación en jueves ocupado

*

No hay delirio que valgas
tampoco baile que sacies
o soledad mía que te elija
menos alguna refracción nocturna
ni una sola banca de parque en la que te piense.
Sin colores por suprimir
u ostentosas palabras que evacuar
miro sucio, abúlica
sólo tengo una poeta vacía.

Sin poesía, Sr.

TESIS * TESIS TESIS TESIS TESIS

Conocí a un tipo. Con el poder mágico que nacen los machos, realizó el análisis de mi personalidad en segundos. Explicó mi comportamiento, deseos profundos y aspiraciones. Comenzó a compararme con otras mujeres y destacar mis virtudes diferenciadas. Ahh, esas manías de coquetería anacrónica. Todavía no sé si eso es seducción en algún país lejano. A veces soy medio lenta y me tardé tres tristes tigres en desear huir. Pedí una cheve y tragué espuma, lastimosamente sin albur. Fingí tragos largos, aspiraba profundo; uno avinagrado, otra exhalación. Desde el catecismo suelo escuchar con atención, más aún ahora, cuando esnifo cebada. Así fue que comprendí, a esta edad, no tan temprana, los costos del psicoanálisis y por qué algunas mujeres prefieren que les paguen. Me sentí descachondada.

Con auto indulgencia me receté *Me gusta ser una zorra* de Vulpes y *Born to be cheap* de Divine. Me siento mejor.

Devaneo bisutero

*

No iba a escribirte un poema
sé que te importa poco
que tu poesía no es la mía.
Quise hacer una carta
para obligarte a leerla
decir en ella:
Corazón, revientas mi luz
deseo habitarte toda.
Y que luego hicieras con ella
lo que hace cualquier hombre que no ama.
Pero no lo hice
te escribí un poema
para que veas que me vale gorro
de cualquier forma lo leerías.

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

Intuyo que ahora
harás con él lo que hace cualquier hombre que no ama.

Jimmy Bombón

*

Fallé. Sólo quise saber quién es, rastrearlo profundo antes de tantos libros. Habló de citas y autores, del *mainstream* emocional y *lifting* de ideas. Callé. No comprendo a los escritores en serie. Tiene todos sus versos ordenados alfanuméricamente, para hacerse el importante. Hay teas en las que una no se enciende; aunque tengan barba, piernas largas y simulen ser poetas.

Fallé

*

El silencio no me protege
vivo injusticias
tengo ideas
dolor físico y urgencia de amor
como tú.

Pasa el tiempo
quiero hablar de ti
alejarme de tu mirada baja
contarte mi soberanía
medir este cariño profundo
que insiste y brota
gritar que me duelen los brazos
pero ya no eres necesario
y cosas así.

Cosas así

*

Lloro por las lágrimas que usé. Ahora en desgaste sin razón ni sujeto. Se aprontan a la memoria vaga como denuncia; desde el

pequeño punto de fuga de un sueño impuesto; hacen lodo los versos ceniza de un poema abrasado. Gruesas como su año, curadas al olvido reclaman acogida.

Lágrimas I

*

A los hombres que me amaron
con candor
en lujuria breve
ríos de palabras
ternura viva
siendo refugio
y laberintos de éxtasis
hoy
finalmente honro.

Exvoto

*

Una cree que el recuerdo sisa los amores. Después de los juegos de miedo, la cumbre lujuriosa y el armisticio, algunas optamos por plegarlos aún estén calientitos y continuar. Los años ocurren con suerte si el olvido es aliado. Incondicional los alisa a la sombra, sosegado. Los reduce hasta lo imperceptible. Pero –como el más cansado de los peros– algún jueves venturoso revuelve sus notas y tristemente los repite.

Ese amor es mío

El mago

Siempre volvemos después del punto final, decía en tono burión Cecil cada vez que nos veíamos. Si el tiempo nos procuraba algo de suerte, nuestros encuentros duraban toda la noche.

Cuando nos daba la espalda, él salía temprano y me dejaba recogiendo pedazos de luna.

Esta historia había sido preñada con algún *blues* cuando caminamos el desierto siendo jóvenes. Ha crecido lineal, jugando al orden; saltó de un año al otro, hasta que nos hicimos adultos. Tengo la esperanza que en un próximo encuentro, finalmente le demos a luz y nos deje correr sobre el cielo nocturno.

Él es mago, de los que visten capa negra y sacan conejos del sombrero en las fiestas infantiles. Estos trucos prodigiosos los vende para comprarle a su madre carne, jitomates y cebollas los domingos en el mercado. Debido a su oficio, aparece y desaparece cartas de póker o palomas blancas. Sus hechizos hacen brotar caritas de asombro en cada niño que lo ve actuar.

También en mí, Cecil emerge la maravilla, aun cuando se rehúsa a ser el mago de mi poesía. De vez en vez, yo le canto algo que dice: con sólo recordarte me crecen helechos en los versos. Él, que muere de risa cuando me escucha, conjura la magia verdadera, la que deja sólo para mí. Mientras la busca en sus bolsillos, me cuenta que la guarda en su caja de Marlboro, apretadita, pues tiene que doblarla firmemente porque crece cada vez que me piensa. Yo, ansiosa espero a que la encuentre y la abra para fumárnosla completa.

Aún recuerdo la ocasión que reveló mi primer beso en el balcón de un hotel en la capital. Me dejó tiritando. Desde entonces mis besos son azules. O la vez que tiñó mis sábanas para que nunca me faltara el placer, juguetón las revolcó y escribió el conjuro: *Niña, niña buena, siempre regresa a mí*. Desde entonces mi lecho tiene alas.

Hace poco me enteré que su madre emigró a la casa del abarrotero viudo de la tienda de la esquina, ya no necesita más las viandas dominicales. Orillado a guardar su magia para ocasiones especiales, quizá acceda a ser un hombre excéntrico, que ose desarmar esta historia y me deje aparecerle, sin truco, todas las flores que tengo guardadas bajo la manga.

Un taxi para Martha

Parecía una noche cualquiera, cansada halaba mis libros, la computadora y mis ganas. Rumbo a casa, ahí me esperaba mi cama, un regalo cada día después del trabajo. Imaginaba cómo sería tener una vida corriente, con marido, auto y montones de sueños abandonados en el cajón que aseguré, no sería de pandora, de sólo pensarlo, se me erizaba la piel. Preferí el orgullo de estar conmigo misma y mis planes limpios acomodados para cuando llegara el verano. Sin verlo venir, un chubasco apagó mis divagaciones. Precisaba un taxi.

Para no mojarme me quedé pegada a la pared de un local de fotocopias, que tenía una especie de balcón en el segundo piso. Pensé que me vendría bien la lluvia, me gusta bautizarme en ella cada vez que mis pecados se acumulan, y ese parecía un buen momento. Pero el costo de mis pertenencias me quitó el deseo, ¿desde cuándo preferí la computadora a redimirme? En fin, tenía que conseguir un taxi.

Esa noche hice tantas señales de parada, que perdí la cuenta. Ninguno atendió, todos iban ocupados. Mientras saboreaba el tabaco que según yo amortiguaría el cansancio y la espera, no pude evitar mirar hacia la ventana del edificio situado cruzando la calle. Dentro, libres del aguacero, una pareja se disfrutaba golosamente. Seguro escucharían algo de Billie Holiday y después de unos tragos, acabarían trenzados cimbrando su universo, gocé construyendo la historia.

Después del cigarro y otras tantas señales de parada, caminé. No podía hacer más. Luego de unas cuadras, llegué a aquel barecito que nunca intenté conocer. Daba la impresión de que sólo era frecuentado por algunos anhelosos de un destello de esperanza, que les permitiera revivir lo que alguna vez fuera la aventura. Decidí guardarme allí, pedir un café y entretenerme trabajando. En algún momento pasaría la tormenta.

Entré cabizbaja, no atiné siquiera a mirar alrededor. Pasé de largo sin detenerme en ningún rostro. Ordené un americano y me dispuse a acomodar mis cosas. Al traérmelo llegó con él un hombre que aseguré sería extranjero, pues calzaba unos botines rojos y un saco de gamuza azul marino, ¿quién usa botines y gamuza en primavera? Poco atractivo a primera vista, pero con la barba de días que siempre me hace volver la cabeza para detenerme en la boca y los ojos de quien la lleva. Me habló, su acento lo convirtió en un fruto digno de explorar. No sería mesero –pensé–, quizá el dueño. En automático, mis instintos de conquista se deshicieron del uniforme, la cara de cansancio y los documentos por revisar. Atiné a preguntar si podía pedir desde ahí un taxi para llevarme a casa, con esa miradita de desolada que las mustias usamos para conseguir la protección del macho y, como en muchas culturas de todos los tiempos, dio resultado.

Probablemente persuadido por mi desamparo se presentó: “Soy Fernando, ayudo aquí en el local de vez en cuando, me agrada, pues hay noches que me permiten despachar sorpresas. Espera que pase la lluvia y te consigo un taxi”. Su larga introducción y promesa avivaron mi feminidad y las mariposas en mi plexo que no dejaba revolotear hacia tiempo.

Mientras conversábamos, descubrí que era chileno, que no probaba el picante y que silbaba un poco al pronunciar la “s”. Si ése era un defecto del habla, lo ejecutaba virtuosamente.

Charlamos sobre música, su carrera trunca de arquitecto y cómo reclamaba suya esta ciudad desde que en su juventud leyó en alguna enciclopedia de geografía que existía un lugar llamado Aguascalientes. Se desvivió describiendo lo poético del nombre. Al principio, sin compartir mucho su idea, terminé convencida de lo bellas que eran aquí las bancas de parque no usadas. Tendría unos treinta y tantos años, los perfectos en mis fantasías.

Al término del americano, descubrí que había contado sus sonrisas y juré por la santísima Virgen que me había despachado ciento diez razones imprevistas para volver a ese bar... olvidé mis redenciones de lluvia y si en realidad necesitaba un taxi.

